

J. H. ROSNY

LA
CONQUISTA
DEL FUEGO



12
C-1 his
47



00040687





LA CONQUISTA DEL FUEGO

OBRAS PUBLICADAS

LAS MINAS DE SALOMÓN, por
Rider Haggard.

EL OJO DE GUATAMA, por el
Capitán Gilson.

LA GOLONDRINA, por el Capitán
Gilson.

LA CONQUISTA DEL FUEGO, por
J. H. Rosny.

EN PREPARACIÓN

LA ISLA DEL TESORO, por R. L.
Stevenson.

LAS INCOMPARABLES AVENTURAS DE
ROBINSON, por D. de Foe.

& &

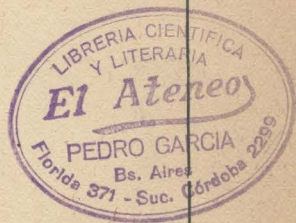
*Todas las obras maestras
de los primeros escritores
del mundo*

45.
J. H. ROSNY X

LA CONQUISTA DEL FUEGO

VERSIÓN ESPAÑOLA DE A. RUIZ Y PABLO
ILUSTRACIONES DE J. SERRA Y MASANA

20.094



135 X 149
I. G. SEIX & BARRAL HERMS., S. A. - EDITORES
Provenza, 219 - BARCELONA
1923

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT. 1923, by I. G. Seix & Barral Herms., S. A. - Barcelona



Hacia el amanecer, se acercaron a la sabana, al inmenso arenal. (Pág. 6.)

PRIMERA PARTE

I

LA MUERTE DEL FUEGO

Los Ulhamr huían en medio de la noche espantosa. Enloquecidos por los padecimientos y el cansancio, todo les parecía inútil ante la calamidad suprema: el Fuego había muerto.

Lo habían criado en el interior de tres jaulas, desde el origen de la Horda; cuatro mujeres y dos guerreros lo alimentaban día y noche, y aun en los tiempos más duros, recibía el alimento que le daba vida. Al abrigo de la lluvia, de las tempestades y de la inundación, había franqueado ríos y pantanos, azulándose al despertar la aurora y ensangrentándose al anochecer. Su faz poderosa alejaba al León Negro y al León Amarillo, al Oso de las Cavernas y al Oso Gris, al Mamut, al Tigre, al Leopardo; sus rojos dientes protegían al hombre contra el vasto mundo. A su lado habitaba la alegría. Sacaba de los manjares aromas sabrosos, endurecía la punta de los venablos, hacía estallar la piedra; daba a los miembros un vigoroso bienestar y aseguraba contra todo peligro a la Horda en el corazón de los bosques poblados de rumores, en el páramo sin fin y en el fondo de las cavernas. Era el Padre, el Guar-

dián, el Salvador; y cuando escapándose de su jaula devoraba los árboles, era más feroz y temible que el mismo Mamut.

¡Y había muerto! El enemigo destruyó dos de las jaulas; encerrado en la otra, durante la fuga, se le había visto desfallecer, palideciendo y menguando. Tan débil estaba, que no podía morder las hierbas del pantano; palpataba como un animal enfermo, y al fin llegó a ser como un insecto rojizo que las ráfagas del viento abatían sin cesar... Y se desvaneció. Los Ulhamr huían desamparados en medio de las tinieblas de la noche otoñal.

No lucía en lo alto ni una estrella. El cielo aplastaba la densidad de las aguas. Las plantas acuáticas tendían sus fibras heladas; se oía el chapaletear de los reptiles; hombres, mujeres y niños se hundían, tragados por el fango, en la obscuridad; y en cuanto era posible, orientados por la voz de los guías, los Ulhamr seguían una faja de tierra más elevada y más firme, tan pronto con agua hasta el pecho, como saltando sobre hileras de islotes. Tres generaciones habían franqueado aquel camino; mas para seguirlo ahora, hubiera sido precisa la claridad de los astros. Hacia el amanecer, se acercaron a la sabana, al inmenso arenal.

Una turbia claridad se filtró entre las nubes de yeso y esquistos. El viento rodaba sobre las aguas densas y betuminosas; las algas se hinchaban como pústulas; los saurios, entumecidos, vagaban arrastrándose entre ninfeas y sagitarias. Una garza se elevó sobre un árbol ceniciento, y la sabana apareció con sus plantas temblorosas de frío, sumida en la rojiza niebla, hasta perderse de vista. Los hombres, sobreponiéndose al can-

sancio, se animaron, y atravesando los cañaverales, irrumpieron entre la hierba, sobre la tierra firme.

Entonces, vencida la fiebre mortal, muchos se convirtieron en bestias inertes: tendiéronse en el suelo y se hundieron en el



reposo. Las mujeres resistían mejor que los hombres; las que habían perdido algún hijo en el pantano, aullaban como lobas; todas ellas presentían la decadencia de la raza y los días sombríos; algunas, que habían salvado a sus pequeñuelos, los levantaban en sus brazos hacia las nubes.

Faúhm, a la claridad del nuevo día, con ayuda de los dedos de ramas, enumeró la tribu. Cada rama representaba los dedos de dos manos. Contaba mal; pero, aun así, vió que le restaban cuatro ramas de guerreros, más de seis ramas de mujeres, cerca de tres ramas de niños y algunos ancianos.

Y el viejo Gun, que contaba mejor que ningún nacido, dijo que no quedaban de cada cinco hombres más que uno, de cada tres mujeres una, y un niño por cada rama. Enton-



ces, los que velaban sintieron la inmensidad del desastre. Conocieron que su descendencia estaba amenazada en sus raíces, y que las fuerzas malignas del mundo se habían vuelto más formidables. En adelante, estarían condenados a vagar, desnudos y miserables, sobre la tierra.

A despecho de su fuerza, Faúhm perdió la esperanza. No fiaba ya en su alta estatura ni en sus enormes brazos; su ancho rostro, donde se arremolinaba el pelo hirsuto, y sus ojos, amarillos como los del leopardo, mostraban un cansancio abrumador; examinaba las heridas que habían abierto en su carne la lanza y las flechas enemigas, y de vez en cuando se chupaba la sangre

que todavía manaba de su antebrazo.

Como todos los vencidos, evocaba el instante en que estuvo a punto de vencer. Los Ulhamr se precipitaban a la matanza; él, Faúhm, aplastaba cabezas bajo su maza. Estaban a punto de aniquilar a los hombres, arrebatar las mujeres, matar

el Fuego del enemigo, y cazar en nuevas llanuras y abundantes selvas. Pero, ¿qué había ocurrido? ¿Por qué los Ulhamr pasaron del furor al espanto? ¿Cómo fué que sus huesos fueron los que se quebraron, sus cuerpos los que perdieron las entrañas, sus pechos los que roncaron de agonía, mientras el enemigo, invadiendo el campamento, esparcía por el suelo los Fuegos Sagrados? Así se interrogaba el alma de Faúhm, lenta y espesa, encarnizándose en este recuerdo como la hiena en los muertos, no queriendo declararse vencida, ni menos enérgica, ni menos valerosa, ni menos feroz.

La luz se levantó en todo su poder, invadiendo el páramo, revolviendo el limo y secando la sabana. La alegría matutina, la pulpa, la carne fresca de las plantas, aparecía con ella. El agua semejaba más ligera, menos pérfida y turbia. La luz movía argentinos destellos, entre las islas de un verde grisáceo; lanzaba largos temblores de malaquita y perlas, desplegaba pálidos azufres y escamas de mica, y su olor era más grato a través de los sauces y los alisos. Según el juego de las adaptaciones y las circunstancias, triunfaban las algas, relucía el lirio de los estanques o el nenúfar amarillo, surgían el iris acuático, las euforbias palustres, los lisímacos, las sagitarias; desplegábanse las matas de ranúnculos con sus hojas de acónito, los meandros de teleño, de linarias, de epílobes rosados, de mastuerzo amargo, de rosolis, de cañaverales, de mimbreras donde pululaban las pollas acuáticas, la piendilla negra, las cercetas, el chorlito real, el ave fría de reflejos de jade, y la pesada avutarda. Algunas garzas acechaban al borde de las pequeñas ensenadas rojizas; las grullas se aba-

tían ruidosamente sobre un promontorio; el lucio barbado se precipitaba sobre las tencas, y las últimas libélulas volaban trazando líneas de fuego verde, relámpagos de lapislázuli.

Faúhm contemplaba a su tribu. El desastre había dejado sus huellas en los fugitivos, semejantes a una camada de reptiles: amarillos de fango, rojos de sangre, verdes de las algas adheridas, exhalaban olor de fiebre y de carne enfermiza. Unos dormían hechos un ovillo, como grandes culebras, otros estirados como saurios, y algunos, en el estertor de la agonía, se estaban muriendo. Las heridas se volvían negras y horrosas, en el vientre, y más aún en la cabeza, donde las ensanchaba la esponja enrojecida de los cabellos. Casi todos debían sanar, pues los peor heridos habían sucumbido ya en la otra orilla, o se habían hundido al atravesar el pantano.

Faúhm, apartando sus ojos de los que dormían, contempló a los que experimentaban más amargamente la derrota que el cansancio. Muchos de ellos atestiguaban la hermosa estructura de los Ulhamr: rostros macizos, cráneos aplastados, mandíbulas violentas. Eran de piel leonada, no negra; casi todos velludos de pies a cabeza. La finura de sus sentidos se extendía al olfato, que podía competir con el de las bestias. La belleza de sus grandes ojos, a menudo feroces, otras veces huraños, se revelaba viva y entera en los niños y en algunas muchachas. Aunque su tipo les acercaba a las razas inferiores actuales, toda comparación sería vana. Las tribus paleolíticas vivían en una atmósfera densa; sus carnes estaban dotadas de una juventud que no volverá nunca más, flor de una existencia

cuya energía y cuya vehemencia sólo muy imperfectamente podemos imaginarnos.

Faúhm levantó los brazos al sol, lanzando un largo alarido.

— ¿Qué harán los Ulhamr sin el fuego? — gritó —.

¿Cómo vivirán en la sabana y en la selva; quién les defenderá

contra las tinieblas y el viento invernal? Tendrán que comer la carne cruda y la hierba amarga;

no podrán volver a calentar sus miembros, y la punta de sus venablos no se endurecerá.

El León, la Bestia-de-los-Dientes-Desgarradores, el Oso, el Tigre, la Gran Hiena, los devorarán durante la noche.

¿Quién volverá a traernos el Fuego? El que lo haga será hermano de Faúhm: tendrá tres partes en la caza, cuatro partes en el botín; recibirá como recompensa a Gamla,

hija de mi hermana; y si yo muero, empuñará el cayado de mando.

Entonces Naóh, Hijo del Leopardo, se puso en pie y dijo:

— Denme dos guerreros de piernas veloces, y yo iré a coger el Fuego de los Hijos del Mamut o en el campamento de



los Devoradores de Hombres, que cazan a orillas del Río Doble.

La mirada de Faúhm no le fué favorable. Naóh, por su estatura, era el más grande de los Ulhamr, y sus hombros se ensanchaban aún. Ningún guerrero podía competir con él en agilidad, ni era más resistente en la carrera. Naóh había derribado a Moúh, Hijo del Uro, cuyas fuerzas se acercaban a las de Faúhm. Pero Faúhm le temía, y le encomendaba tareas ingratas, le alejaba de la tribu, le exponía a la muerte.

Naóh no quería a su jefe; pero se exaltaba a la vista de aquella Gamla esbelta, flexible y misteriosa, cuya cabellera parecía un follaje. De haberla tenido por mujer, la hubiera tratado sin rudeza, porque no era amigo de ver agrandarse en los rostros el temor que los hace enemigos.

En otros tiempos, Faúhm hubiera acogido mal las palabras de Naóh. Pero estaba hundido en la derrota, y quizá la alianza con el Hijo del Leopardo le sería ventajosa; en caso contrario, bien sabría condenarle a muerte. Así, volviéndose al joven, le dijo:

— Faúhm sólo tiene una lengua. Si tú nos traes el Fuego, tendrás a Gamla y serás el hijo de Faúhm.

Hablaba lentamente, levantando la mano, con rudeza y desdén. Luego hizo una seña a Gamla, que avanzó temblorosa, levantando los ojos de pupilas cambiantes, llenos del húmedo fulgor de los ríos.

La ruda mano de Faúhm cayó sobre el hombro de la joven, mientras su voz gritaba con salvaje orgullo:

— ¿Dónde hay una mujer como esta entre las hijas de los hombres? Puede cargar una cierva sobre sus espaldas, andar sin desfallecer desde el sol de la mañana al sol de la noche, soportar el hambre y la sed, curtir la piel de las bestias y atravesar un lago a nado: sus hijos serán indestructibles. ¡Si Naóh vuelve con el Fuego, podrá tomarla sin dar por ella ni hachas ni cuernos, ni conchas, ni pieles!...

Entonces Aghoo, Hijo del Auroch, el más velludo de los Ulhamr, avanzó lleno de codicia:

— Aghoo quiere conquistar el Fuego. Irá con sus hermanos a acechar al enemigo más allá del río, y morirá bajo el hacha, la lanza, el diente del Tigre y la zarpa del León Gigante, o devolverá a los Ulhamr el Fuego, sin el cual son tan débiles como el saigá o el ciervo.

Del rostro de Aghoo no se percibía otra cosa que una boca de labios carnosos y un mirar homicida. Su cuerpo achaparrado hacía parecer aún más largos los brazos y más enormes los hombros; todo su ser demostraba un vigor áspero, inagotable y feroz. Se ignoraba hasta donde podían llegar sus fuerzas, pues no las había ejercitado ni contra Faúhm, ni contra Moúh



ni contra Naóh; pero se sabía que eran descomunales. Jamás las puso a prueba en luchas pacíficas; y cuantos se habían interpuesto en su camino, sucumbieron, ya sea que Aghoo se limitara a mutilarlos, ya que los exterminara para reunir un cráneo más a sus trofeos. Vivía a cierta distancia de los demás Ulhamr, con sus dos hermanos, velludos como él, y varias mujeres, reducidas a una esclavitud espantosa. Y aunque los Ulhamr practicasen naturalmente la dureza consigo mismos y la ferocidad con los demás, veían en los Hijos del Auroch el exceso de tales virtudes. Una reprobación latente se elevaba contra ellos, primera alianza de la muchedumbre contra la inseguridad excesiva.

Un grupo de Ulhamr se estrechaba alrededor de Naóh, a quien la mayoría reprochaba cierta falta de aspereza en la venganza. Pero este vicio, por encontrarse en un guerrero tan temible, complacía a los que no recibieron en suerte ni músculos duros ni miembros veloces.

Faúhm no detestaba menos a Aghoo que al Hijo del Leopardo, y aun le temía más. La fuerza velluda y taimada de los tres hermanos parecía invulnerable. Si uno de ellos quería la muerte de un hombre, queríanla los tres; quien les declarara la guerra, debía perecer o exterminarlos.

El jefe procuraba atraérselos; pero ellos se le escurrían, parapetados en su desconfianza, incapaces de creer ni en la palabra ni en los actos ajenos, llenos de irritación ante la benevolencia y no comprendiendo más halago que el seco terror. Faúhm, tan desconfiado y sin entrañas como ellos, tenía, no obstante, cualidades de jefe, que comportaban la indulgencia

con sus adeptos, la necesidad de elogios, cierta sociabilidad estrecha, rara, exclusiva y tenaz.

Así, respondió con brutal deferencia:

— Si el Hijo del Auroch devuelve el Fuego a los Ulhamr, podrá tomar a Gamla sin ofrecer rescate, y será el segundo en la tribu, a quien todos los guerreros obedecerán en ausencia del jefe.

Aghoo escuchaba en actitud brutal. Volviendo el rostro velludo hacia Gamla, la contempló codiciosamente, y sus redondos ojos se endurecieron, amenazadores.

— La Hija del Pantano — dijo — pertenecerá al Hijo del Auroch; cualquier otro hombre que ponga la mano sobre ella, será destruído.

Estas palabras irritaron a Naóh. Y aceptando violentamente el reto, gritó estas palabras:

— ¡Gamla pertenecerá a quien traiga el Fuego!

— ¡Aghoo lo traerá!

Los dos se miraban. Hasta aquel instante, no había existido entre ellos motivo alguno de lucha. Conscientes de su mutua fuerza, sin gustos comunes ni rivalidad inmediata, no se encontraban jamás, nunca cazaban juntos. El discurso de Faúhm había sembrado entre ellos el odio.

Aghoo, que hasta aquel día ni siquiera se había fijado en Gamla, cuando ésta pasaba furtivamente por la sabana, en un instante condenó a muerte a todo rival que pretendiese disputársela. Ni siquiera tuvo que tomar una resolución; su resolución anidaba en cada una de sus fibras.

Naóh lo sabía; apretó el hacha en la mano izquierda y el

venablo en la diestra. Los hermanos de Aghoo surgieron en silencio, taimados y formidables. Se le parecían extrañamente, más leonados aún, con grandes mechones de pelo rojizo y los ojos veteados como los élitros del cárabo. Su agilidad era tan inquietante como su fuerza misma.

Los tres, prontos a la matanza, acechaban a Naóh. Pero entre los guerreros se levantó un gran murmullo; aun aquellos que censuraban en Naóh la debilidad de sus odios, no querían verle perecer después de la destrucción de tantos vigorosos Ulhamr, y menos aún cuando ese prometía llevarles el Fuego. Se sabía que era fértil en estratagemas, infatigable, hábil en entretener las más débiles llamas y hacerlas renacer de entre las cenizas; y muchos creían en su buena estrella.

Como Aghoo poseía también la paciencia y la astucia que llevan a buen término las empresas, los Ulhamr, confiando en la utilidad que ofrecía aquella doble tentativa, se levantaron en tumulto. Y los partidarios de Naóh, envalentonados al oír los clamores, se alinearon prontos al combate.

Aunque extraño al miedo, el Hijo del Auroch no despreciaba la prudencia, y dejó la querella para luego. Entonces Goun, el de los Huesos Secos, resumió las brumosas ideas de la multitud:

— ¿Quieren los Ulhamr desaparecer del mundo? ¿Olvidan que los enemigos y las aguas han destruído ya tantos guerreros que de cada cuatro sólo queda uno? Todos los que pueden manejar el hacha, el venablo o la maza, deben vivir. Naóh y Aghoo son fuertes entre los hombres que cazan en la selva y en la sabana; si uno de ellos muere, los Ulhamr

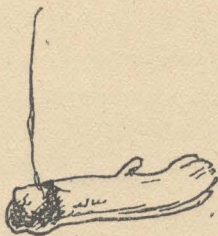
serán más débiles que si perciesen cuatro de los demás...
La Hija del Pantano servirá a aquel que nos traiga el Fuego.
¡La Horda lo quiere así!

— ¡Que sea así! — afirmaron ásperas voces.

Y las mujeres, temibles por su número, por su fuerza casi intacta y por la unanimidad de sus sentimientos, clamaron:

— ¡Gamla pertenecerá al que nos traiga el Fuego!

Aghoo levantó los velludos hombros y execró a la multitud; pero no creyó conveniente desafiarla. Seguro de adelantarse a Naóh, se reservó el recurso de combatir a su rival y hacerle desaparecer cuando le conviniese. Y su pecho se hinchó de confianza.



II

UN COMBATE COLOSAL

Había aparecido el alba del día siguiente. El viento de las alturas empujaba las nubes, mientras que al ras de tierra y del agua el aire denso era torpe, cálido y oloroso. El cielo entero vibraba como un lago, agitando algas, nínfeas y pálidos cañaverales. La aurora hizo rodar sobre él sus espumas, extendiéndose, desbordando en lagunas azufradas, en golfos de esmeraldas y en ríos de nácar rosado.

Los Ulhamr, vuelto el rostro hacia aquel fuego inmenso, sentían en el fondo del alma agrandarse algo que era casi un culto y que henchía también las pequeñas gaitas de los pájaros, entre la hierba de la sabana y las mimbreras del pantano. Pero unos heridos gimieron, pidiendo agua, y el cadáver de un guerrero extendía los miembros lívidos: un animal nocturno le había comido el rostro.

Goún balbuceó vagas quejas, casi rítmicas, como preces fúnebres, y Faúhm mandó echar a las aguas el cadáver.

Después, la atención de la tribu se fijó en los conquistadores del Fuego, Aghoo y Naóh, prontos ya a partir. Los velludos iban armados de maza, hacha, venablo y azagaya de punta de sílex o de nefrita. Naóh, fiando más en la astucia que en la fuerza, había preferido, en vez de guerreros vigorosos, llevar consigo dos jóvenes ágiles y capaces de una larga carre-

ra. Cada uno de ellos iba armado de hacha, venablo y azagayas. Naóh añadía a estas armas su maza de roble, una rama apenas desbastada y endurecida al fuego. Prefería esta arma a todas las demás y combatía con ella hasta a los grandes carnívoros.

Faúhm se dirigió primeramente al Auroch:

— Aghoo vino a la luz antes que el Hijo del Leopardo, y por tanto escogerá su ruta. Si Aghoo se encamina a los Dos-Ríos, Naóh rodeará los pantanos, hacia el Sol poniente; y si Aghoo rodea los pantanos, Naóh irá hacia los Dos-Ríos.

— ¡Aghoo no conoce todavía su ruta! — protestó el Velludo —. Va en busca del Fuego; puede ir por la mañana hacia el río, y por la tarde hacia el pantano. El cazador que persigue al jabalí, ¿sabe acaso dónde lo matará?

— Aghoo cambiará de ruta más tarde — intervino Goún, apoyado por los murmullos de la Horda —. No puede partir a la vez para el Sol poniente y para los Dos-Ríos. ¡Que escoja!

En la obscuridad de su entendimiento, el Hijo del Auroch comprendió que no le convenía, no ya desafiar al jefe, sino despertar la desconfianza de Naóh; y dirigiendo su mirada de lobo a la multitud, exclamó:

— Aghoo partirá hacia el Sol poniente.

Y haciendo una brusca seña a sus hermanos, se puso en camino a lo largo de las aguas pantanosas.

Naóh no se decidió tan pronto. Deseaba sentir todavía en el fondo de sus ojos la imagen de Gamla, que estaba sentada bajo un fresno, detrás del grupo formado por el jefe, Goún y

otros ancianos. Naóh avanzó; la vió inmóvil, vuelto el rostro a la sabana. Había entrelazado en sus cabellos flores de sagitaria y una nínfea de color de luna; de su piel parecía salir una claridad más viva que la de los frescos ríos y de la verde carne de las plantas.

Naóh respiró el ansia de vivir, el inquieto e inextinguible deseo, el arrollador anhelo que renueva las bestias y las plantas. Su corazón se ensanchó de tal manera, que parecía ahogarle, lleno de ternura y de cólera; todos los que le separaban de Gamla le fueron tan odiosos como los mismos Hijos del Mamut y los Devoradores de Hombres.

Levantó el brazo armado del hacha y gritó:

— Hija del Pantano, Naóh no volverá; desaparecerá de la tierra, en las aguas, en el vientre de las hienas, o devolverá el Fuego a los Ulhamr y traerá a Gamla conchas, piedras azules, dientes de leopardo y cuernos de auroch.

Al oír estas palabras, Gamla posó en el guerrero una mirada palpitante de alegría infantil. Pero Faúhm, agitándose con impaciencia, exclamó:

— Los Hijos del Auroch han desaparecido ya detrás de los álamos.

Entonces Naóh se dirigió hacia el Sur.

Naóh, Gau y Nam anduvieron todo el día por la sabana, que se hallaba todavía en su pleno vigor. Las hierbas seguían a las hierbas, como las olas se siguen unas a otras en el mar. La llanura se doblegaba al sople de la brisa, crugía bajo el

sol, sembraba en el espacio el alma innumerable de los aromas; era amenazadora y fecunda, monótona en su conjunto, variada en los detalles y produciendo tantos animales como flores, tantos huevos como semillas. Entre las florestas de césped, las islas de retama y las penínsulas de brezo, se deslizaban el llantén, el corazoncillo, la salvia, los renúnculos, los milenrama, los mastuerzos y las siléneas. A trechos, la tierra desnuda vivía la lenta vida del mineral, superficie árida donde la planta no había podido fijar sus incansables columnas. Luego volvían las malvas y el gavanzo, la centaurea, el trébol rojo y los matorrales floridos.

Aquí se elevaba una colina, allí se abría un vallejo; una charca se estancaba, pululante de reptiles e insectos; y algún peñasco errático levantaba su perfil de mastodonte. Se veía correr a los antílopes, liebres y saigáes; surgir lobos o perros, levantarse avutardas o perdices, cernerse palomas torcaces, grullas y cuervos; galopar en manadas caballos, hemionos y alces. Un oso gris, con movimientos a la vez de mono y de rinoceronte, más fuerte que el tigre y casi tan temible como el león gigante, parecía ir rodando sobre el verdor de la tierra. Algunos aurochs aparecieron en el horizonte.

Naóh, Nam y Gau acamparon, al anoecer, al pie de un cerro; apenas habían recorrido la décima parte de la llanura, y no divisaban otra cosa que el despliegue incesante de las olas de hierba. La tierra era llana, uniforme y melancólica. Todos los aspectos del mundo se formaban y se deshacían en las inmensas nubes del crepúsculo. Ante aquellos fuegos innúmeros, Naóh pensaba en la pequeña llama que iba a conquistar. Di-

riase que no había más que trepar a una colina y tender una rama de pino, para coger una chispa de los braseros que devoraban el Occidente.

Las nubes se ennegrecieron. Un abismo de púrpura permaneció largo rato en el fondo del espacio; las piedrecitas brillantes de las estrellas surgían una tras otra; el aliento de la noche sopló.

Naóh, acostumbrado a la hoguera de las veladas, clara barrera puesta delante del mar de las tinieblas, sintió su propia pequeñez. Podían presentarse el oso gris, el leopardo, el tigre, el león, aunque rara vez penetrasen en la sabana; un rebaño de aurochs podía hundir bajo sus olas de carne la fragilidad humana; el número daba a las manadas de lobos el poder de las grandes fieras, y el hambre les infundía valor.

Los tres guerreros se alimentaron de carne cruda. Fué una comida triste, pues gustaban del sabor y el aroma de la carne asada. Después, Naóh se dispuso a velar. Todo su ser aspiraba la noche, como una forma maravillosa en la cual penetraban los influjos sutiles del Universo. Con la vista recogía las fosforescencias, las siluetas pálidas, los desplazamientos de las sombras y se remontaba hasta los astros. Con el oído conocía las voces de la brisa, el crugir de los vegetales, el vuelo de los insectos y de las aves de rapiña, el paso y arrastramiento de las bestias; distinguía a lo lejos el gruñido del chacal, la risa de la hiena, el aullido del lobo, el grito del quebrantahuesos, el chirriar de la langosta. Por su nariz penetraba el amoroso soplo de las flores, la grata fragancia de las hierbas, el hedor de las fieras, el olor soso o almizclado

de los reptiles. Estremecían su epidermis las mil tenues variaciones del frío y el calor, la humedad y la sequedad, y todos los matices de la brisa. Así vivía de todo lo que llenaba el Espacio y el Tiempo.

Su existencia no era ciertamente fácil, sino dura y siempre amenazada. Todo lo que la formaba podía también destruirla, y no persistía sino a costa de vigilancia, de fuerza, de astucia, y de un combate incesante contra las cosas.

Naóh acechaba en las tinieblas los dientes que cortan, las uñas que desgarran, el ojo de fuego de los comedores de carne. Muchos de ellos consideraban a los hombres como bestias poderosas, y no se les acercaban siquiera. Pasaron hienas de mandíbulas más terribles que las de los leones; pero no gustaban de la lucha y preferían la carne ya muerta. Pasó una manada de lobos y se detuvieron: conocedores del poder del número, se consideraban casi tan fuertes como los tres Ulhamr. Sin embargo, no siendo su hambre excesiva, prefirieron seguir el rastro de los antílopes. Pasaron perros, comparables a los lobos, y aullaron largo rato alrededor del cerro. Tan pronto amenazaban; tan pronto, uno u otro, taimadamente, se acercaba; pero nunca embestían gustosos a la bestia vertical. En otro tiempo, habían acampado en gran número cerca de la Horda; devoraban los restos de la comida y tomaban parte en la caza. Goún hizo alianza con dos perros a los cuales abandonaba tripas y huesos; pero habían perecido en una cacería de jabalíes. Y la alianza con los demás se hizo imposible, porque Faúhm, al tomar el mando de la Horda, mandó hacer entre ellos una gran matanza.

Aquella alianza atraía a Naóh, porque en ella adivinaba una nueva fuerza, un acrecentamiento de seguridad y poder. Pero en la sabana, solo con dos guerreros, más bien concebía el peligro que semejante alianza representaría. La hubiera intentado con unos pocos perros, mas no con toda una manada.

Sin embargo, los perros estrechaban el círculo; sus alaridos se volvían más escasos y su respiración más viva. Naóh se impresionó. Tomó un puñado de tierra y la lanzó sobre el más audaz, gritando:

— ¡Tenemos venablos y mazas que destruyen al Oso, al Auroch y al León!...

El perro, alcanzado en la garganta y sorprendido por las inflexiones de la palabra, huyó. Los demás se agruparon y pareció que deliberaban. Naóh les echó otro puñado de tierra:

— Sois demasiado débiles para combatir con los Ulhamr. Id en busca de los saigás y exterminad a los lobos. El Perro que se atreva a acercarse, verá esparcidas sus entrañas.

Despertados por la voz de Naóh, Nam y Gau se pusieron en pie; aquellas inesperadas figuras determinaron la retirada de los perros.

Naóh anduvo siete días evitando toda clase de peligros y acechanzas, que aumentaban a medida que iban acercándose al bosque. Aunque la selva se hallaba aún a varias jornadas de distancia, se anunciaba ya por islotes de árboles y por la aparición de grandes fieras. Los Ulhamr vieron al tigre y a la pantera gigante. Las noches se hicieron penosas: mucho antes

del crepúsculo, los tres hombres trabajaban con ahinco para rodearse de obstáculos; buscaban las grietas de los montículos, las rocas, las espesuras; pero huían de los árboles. El día octavo y el noveno padecieron sed. La tierra no ofrecía fuentes ni lagunas; el desierto de las hierbas amarilleaba; secos reptiles relucían entre las piedras; los insectos esparcían en la llanura una palpitación inquietante, volando en espirales de cobre, de jade y de nácar; se abalanzaban a la piel de los guerreros y les asestaban las acres picadas de sus trompas minúsculas.

Cuando la sombra del noveno día se alargó, la tierra se presentó tierna y jugosa. Un olor de agua bajaba de las colinas, y vieron dirigirse hacia el Sur una manada de aurochs. Entonces Naóh dijo a sus compañeros:

— ¡Beberemos antes de que se ponga el Sol!... Los aurochs van al abrevadero.

Nam, Hijo del Álamo, y Gau, Hijo del Saigá, enderezaron sus cuerpos desecados. Eran hombres ágiles e indecisos. Había que infundirles el ánimo, la resignación, la resistencia al dolor,



la confianza. En cambio, ofrecían su docilidad, maleables como la arcilla, inclinados al entusiasmo, prontos a olvidar el padecimiento y a gustar la alegría. Y por lo mismo que solos se desconcertaban en seguida, ante la dureza de la tierra y la ferocidad de los animales, se plegaban mejor a la asociación; así fué que Naóh sentía en ellos como unas prolongaciones de su propia energía. Sus manos eran diestras, sus pies ligeros, sus ojos tenían largo alcance y sus oídos eran sutiles. Un buen jefe podía obtener de ambos seguros servicios, pues les bastaba conocer la voluntad de aquél y su valor. Así, una vez puestos en camino, sus corazones se adhirieron a Naóh; Naóh era la encarnación de la raza, el poder humano enfrente del misterio cruel del Universo, el refugio que les ampararía mientras ellos lanzasen el harpón o descargasen el hacha. Y alguna vez, cuando Naóh caminaba delante de ellos, en la embriaguez de la mañana, gozoso de su alta estatura y de su ancho pecho, los dos jóvenes se estremecían con una exaltación feroz y casi tierna, dilatado todo su instinto hacia el jefe, como el haya hacia la luz.

Naóh lo sentía mejor que lo comprendía, y acrecentaba su ser con aquellos dos hombres ligados a su suerte en una individualidad múltiple, más complicada, más segura del triunfo y de salvar los peligros.

Largas sombras se destacaban de la base de los árboles; las hierbas rebosaban de savia abundante, y el sol, más amarillento y más grande a medida que resbalaba hacia el abismo, hacía brillar el rebaño de aurochs como un río de aguas leonadas.

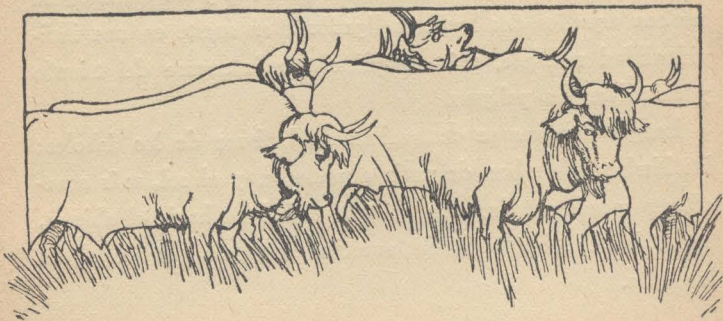
Las últimas dudas de Naóh se disiparon: más allá de la cortadura que separaba las colinas, debía hallarse el abrevadero; su instinto se lo aseguraba, así como el número de bestias furtivas que seguían la ruta de los aurochs. Nam y Gau lo habían adivinado también, con las ventanillas de la nariz dilatadas a las frescas emanaciones del crepúsculo.

— Es necesario adelantarnos a los aurochs — dijo Naóh.

Temía que el abrevadero fuese estrecho y que los colosos obstruyeran las orillas. Y a fin de llegar antes que las bestias al estrecho paso, aceleraron la marcha.

A causa de su número, de la prudencia de los toros viejos y del cansancio de los más jóvenes, los aurochs avanzaban lentamente. Los Ulhamr ganaron terreno. Otros animales seguían la misma táctica, y así vieron desfilar ligeros saigáes, cabras silvestres, carneros montaraces, hemionos y, transversalmente, un tropel de caballos. Varios de ellos franqueaban ya el desfiladero.

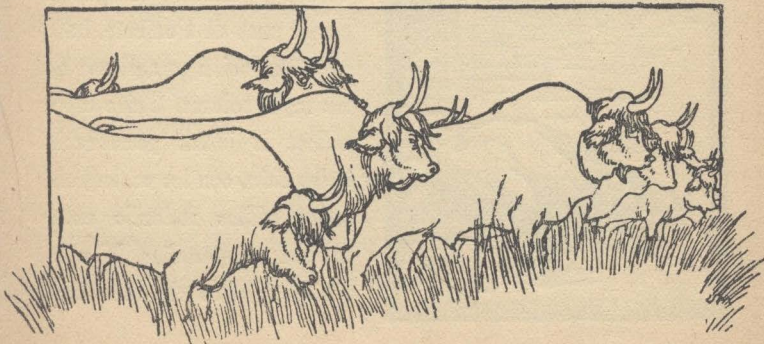
Naóh y los suyos se adelantaron considerablemente a los aurochs, para poder beber sin prisa. Y cuando los hombres



llegaron al pie de la colina más alta, los grandes mamíferos estaban todavía mil codos atrás.

Apresuraron aún más la carrera, espoleados por la sed, que cada vez era más viva. Rodearon la colina, se metieron por la cortadura; y entonces apareció a su vista el agua, madre fecunda, más bienhechora que el mismo fuego, y menos cruel. Era casi un lago, extendido al pie de una cadena de rocas, cortado por estrechas penínsulas, alimentado a la derecha por el canal de un río y despeñándose en un precipicio a la izquierda. Podíase llegar al lago por tres caminos: por el río mismo, por la cortadura que habían franqueado los Ulhamr y por otro paso abierto entre las rocas y una de las colinas; el resto estaba cerrado por peñas basálticas.

Los guerreros aclamaron el agua. Anaranjada por el sol moribundo, apaciguaba la sed de los delgados saigáes, de los caballitos achaparrados, de los onagros de finos cascós, de los carneros montaraces de faz barbuda, de algunos corzos más





furtivos que los cuernos de un viejo anta cuya frente parecía soportar un árbol. Un jabalí hosco, pendenciero y brutal, era el único que bebía sin miedo. Los demás animales, la oreja inquieta, las pupilas azoradas, iniciando continuos movimientos de fuga, revelaban la ley de la vida, el interminable alerta de los débiles.

De repente, todas las orejas se enderezaron y las miradas escrutaron lo desconocido. Fué un impulso rápido, exacto, con apariencia de desorden: caballos, onagros, saigáes, carneros montaraces, corzos y ciervos, escapaban por el paso de Poniente, bajo la inundación escarlata de los rayos solares. Único entre todos, el jabalí permaneció en su sitio, con los ensangrentados ojillos rodando entre las sedosas pestañas. Y aparecieron lobos de raza cor-

pulenta, lobos de bosque y a la vez de sabana, de altas patas, sólido cuello, juntos los ojos, cuyas pupilas amarillas, en lugar de desplegarse como las de los herbívoros, convergían hacia la presa. Naóh, Nam y Gau aprestaron venablos y azagayas, mientras el jabalí levantaba sus torcidos colmillos y resoplaba formidablemente. Con sus ojos llenos de astucia y sus inteligentes narices, los lobos midieron al enemigo; juzgándole temible, y emprendieron la caza de los que huían.

Su partida produjo una gran calma, y los Ulhamr, apaciguada la sed, deliberaron. El crepúsculo se acercaba; el sol se hundía detrás de las rocas; era demasiado tarde para proseguir la ruta. ¿Dónde escoger un abrigo?

— ¡Los aurochs se acercan! — dijo Naóh.

Pero, en el mismo instante, volvió la vista hacia el paso del Oeste; los tres guerreros escucharon, tendiéndose en el suelo.

— ¡Los que vienen por allí no son aurochs! — murmuró Gau.

Y afirmó Naóh:

— ¡Son mamuts!

Examinaron apresuradamente el sitio: el río surgía entre la colina basáltica y un muro de pórvido rojo, donde había un saliente capaz de dar paso a cualquier cuadrúpedo corpulento. Los Ulhamr lo escalaron.

Por la gola que formaba el precipicio, el agua caía en la sombra y la penumbra eternas; árboles derribados por los derrumbamientos o desgajados por su propio peso, se tendían horizontalmente sobre el abismo; otros se levantaban de la profundidad, delgados y extraordinariamente altos, puesta

toda su energía en izar un ramo de hojas hacia la región de las pálidas claridades; y todos ellos devorados por el musgo, espeso como el pelaje del oso, estrangulados por los bejucos, podridos por los hongos, desplegando la indestructible paciencia de los vencidos.

Nam fué el primero que descubrió una caverna baja, poco profunda y de hueco irregular. Los Ulhamr no penetraron en ella en seguida, sino después de examinarla cuidadosamente con la vista. Al cabo, Naóh se adelantó a sus compañeros, baja la cabeza y dilatadas las narices: había allí esqueletos con fragmentos de piel, cuernos, enramadas de anta, mandíbulas. El huésped debía de ser un cazador poderoso y temible; Naóh no cesaba de olfatear sus efluvios.

— Es la caverna del Oso Gris — exclamó —. Está vacía desde hace más de una luna.

Nam y Gau conocían sólo de oídas a la formidable fiera, pues los Ulhamr merodeaban por regiones frecuentadas por el tigre, el león, el auroch, el mamut mismo, pero donde el oso gris rara vez se mostraba. Naóh lo había encontrado en sus expediciones lejanas y conocía su ferocidad, ciega como la del rinoceronte, su fuerza casi igual a la del león gigante, y su furioso e inextinguible valor.

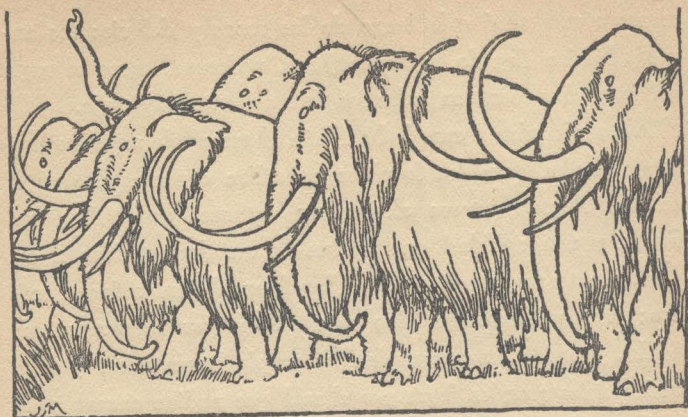
La caverna estaba abandonada, ya porque el oso hubiera preferido otra, ya por haberse alejado de aquel paraje durante algunas semanas o por toda la estación, o bien porque se hubiese ahogado al atravesar el río. Persuadido de que la fiera no volvería aquella noche, Naóh se resolvió a ocupar la morada. Mientras así lo declaraba a sus compañeros, un in-

menso rumor sonó a lo largo de las rocas y del río: los aurochs habían llegado, y sus mujidos, poderosos como el rugir del león, chocaban con todos los ecos del extraño paraje.

No sin inquietud escuchaba Naóh el rumor de aquellas bestias colosales, pues los hombres no solían cazar el uro ni el auroch. Aquellos toros alcanzaban entonces una talla, una fuerza y una agilidad que habían de ser desconocidas a sus descendientes; sus pulmones se henchían de un oxígeno más rico; sus instintos eran, sino más sutiles, por lo menos más lúcidos y más vivos; conocían su propia importancia y sólo temían a las grandes fieras por el mal que podían causar a los débiles, a los rezagados o a los que se aventurasen solos por la llanura.

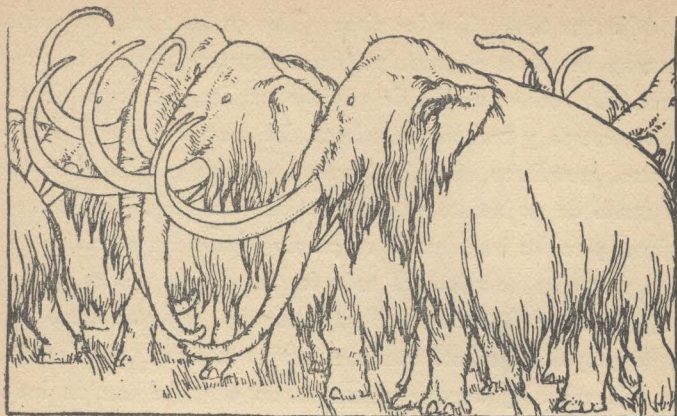
Los tres Ulhamr salieron de la caverna, y sus pechos se estremecieron a la vista del gran espectáculo, pues sus corazones sentían hondamente aquel salvaje esplendor; su obscura mentalidad hallaba en él, sin necesidad de palabras ni ideas, la enérgica belleza que se agitaba en el fondo de su propio ser. Y barruntaban el temblor trágico de donde había de salir, después de siglos de siglos, la poesía de los grandes bárbaros.

Apenas hubieron salido de la penumbra, oyeron elevarse un nuevo clamor que traspasó el bramar de los aurochs como el filo del hacha hiende la carne de un antílope. Era un grito membranoso, menos grave, menos rítmico, más débil que el de los aurochs; y sin embargo, anunciaba la presencia de la más fuerte de las criaturas que pisaban la faz de la tierra. En aquel tiempo, el mamut pasaba por todas partes como un ser invencible. Su sola estatura alejaba al tigre y al león, y amedren-



taba al oso gris; el hombre no intentó medirse con él sino al cabo de largo tiempo, y únicamente el rinoceronte, ciego y estúpido, osaba atacarle. Era ligero, rápido, infatigable, apto para subir a las montañas, reflexivo y de memoria tenaz; cogía, trabajaba y medía la materia con su trompa, surcaba la tierra con sus enormes colmillos, llevaba a cabo con prudencia sus expediciones y se daba cuenta de su supremacía. La vida, para él, era bella; su sangre circulaba con vigor, y es indudable que su instinto era más lúcido y su sentido de las cosas más sutil que en los elefantes actuales, envilecidos por una larga victoria del hombre.

Ocurrió que los jefes de ambos rebaños, de aurochs y mamuts, se acercaron a un tiempo mismo al borde de las aguas. Los mamuts, según su costumbre, pretendieron pasar los primeros, pues esta regla no encontraba jamás ni la oposición de los uros ni la de los aurochs. Sin embargo, algunos de estos



se irritaban, acostumbrados a que ante ellos cediesen todos los demás herbívoros; y la irritación crecía cuando los guiaban toros que conocían mal al mamut.

Los ocho que guiaban la manada eran gigantescos — el mayor alcanzaba la corpulencia del rinoceronte —; su paciencia era escasa y su sed ardiente. Y viendo que los mamuts iban a pasar antes, lanzaron su amplio grito de guerra, levantando el belfo y con la garganta hinchada a guisa de cornamusa.

Los mamuts barritaron. Eran cinco viejos machos; sus torsos parecían montículos, sus patas troncos de árboles; mostraban unos colmillos de diez codos de longitud, capaces de traspasar encinas; sus trompas parecían monstruosas serpientes negras, sus cabezas semejabán rocas, y movíanse dentro de una piel gruesa como la corteza de los olmos centenarios. Detrás de ellos seguía el largo rebaño de color de arcilla...

Mientras tanto, fijos los vivos ojillos en los toros, los viejos mamuts cerraban el paso, pacíficos, imperturbables y meditativos. Los ocho aurochs de pesadas pupilas, de dorso abombado, crespas y barbuda la cabeza, los cuernos curvos y divergentes, sacudieron sus crines grasas, espesas y enlodadas: en el fondo de su instinto se daban cuenta del poder de los enemigos, pero los mujidos de su propio rebaño los envolvían en una vibración belicosa. El más fuerte, el jefe de los guías, bajó la densa frente de brillantes cuernos, se lanzó como un vasto proyectil y rebotó contra el mamut más cercano. Tocado en el hombro, y aunque amortiguando el golpe con un latigazo de su trompa, el coloso dobló las rodillas. El auroch prosiguió el combate con la tenacidad de su raza. La ventaja era suya: su acerado cuerno redobló el ataque, mientras el mamut sólo podía servirse, muy imperfectamente, de la trompa. En aquella gran lucha de músculos, el auroch representaba el furor arriesgado y los tempestuosos instintos, puestos en evidencia por los grandes ojos turbios, la cerviz palpitante, el belfo cargado de espuma y los movimientos seguros, certeros, veloces, pero monótonos. Si lograba derribar al adversario y abrirle el vientre, donde la piel era menos gruesa y la carne más sensible, podía vencer.

El mamut lo comprendía e ingeniábase para no caer del todo; y el peligro le daba serenidad. Un solo esfuerzo le hubiera bastado para incorporarse, mas para ello era preciso que el auroch amenguase la rapidez de sus embestidas.

Al principio, el combate sorprendió a los demás guías. Los cuatro mamuts y los siete toros se mantenían frente a frente, en

una espera formidable. Pero ninguno de ellos dió señales de intervenir, porque todos se sentían amenazados en sí mismos. Los mamuts dieron los primeros signos de impaciencia. El más alto lanzó un resoplido, agitó las membranosas orejas, semejantes a gigantescos murciélagos, y avanzó. Casi en el mismo instante, el que combatía con el toro asestó un violento trompazo a las piernas de su enemigo; al vacilar éste, el mamut se incorporó. Los colosales brutos se encontraron frente a frente. El furor se arremolinaba en el cráneo del mamut. Lanzando un barrito metálico, levantó la trompa y empezó el ataque. Los curvos colmillos arrojaron al aire al auroch, y le crugieron los huesos; después, cargando de soslayo, descargó la trompa. Con rabia cada vez mayor, abrió el vientre de su adversario, pateó sus entrañas y, roto el costillaje, bañó en sangre, hasta el pecho, sus patas monstruosas. La horrible agonía se perdió en un inmenso clamoreo: la batalla entre los grandes machos había comenzado. Los siete aurochs y los cuatro mamuts se empeñaban en un combate ciego, presas de uno de esos pánicos en que las bestias pierden el dominio sobre sí mismas. El vértigo se apoderó de ambos rebaños; el profundo bramido de los aurochs chocaba con el estridente barrito de los mamuts; el odio levantaba amplias oleadas de cuerpos, y torrentes de cabezas, cuernos, colmillos y trompas.

Los grandes machos habían empeñado todo su ser en el combate: sus formas se mezclaban en un hervidero informe, en una inmensa molienda de carnes, amasada de dolor y de rabia. Al primer choque, la inferioridad del número había dado la desventaja a los mamuts. Uno de ellos fué derribado por tres

toros, otro quedó inmobilizado en la defensiva; mas los dos restantes consiguieron rápida victoria. Precipitados en bloque sobre sus adversarios, los habían traspasado, asfixiado, dislocado; perdieron más tiempo en patear a sus víctimas que el que habían necesitado para vencerlas. Después, dándose cuenta del peligro que corrían sus compañeros, acometieron a sus contrarios: los tres aurochs, encarnizándose en el coloso derribado, fueron cogidos de improviso y rodaron por el suelo como una sola masa; dos fueron hechos papilla bajo las enormes patas; el otro pudo escapar. Su fuga arrastró la de los toros que todavía luchaban, y los aurochs conocieron el inmenso contagio del terror. Primero fué un malestar tempestuoso, un silencio, una inmovilidad extraña, que parecían propagarse a través de la multitud; después una vacilación en los ojos, que miraban vagamente, un pataleo semejante a la caída de un chaparrón; y al fin, la fuga torrencial, una huída que se convertía en batalla al llegar al paso, demasiado estrecho, de las colinas; transformado cada uno de los brutos en energía escapada, en proyectil de pánico, vencidos los débiles por los fuertes y los veloces saltando por encima de los más pesados, mientras los huesos crugían como las ramas de los árboles derribados por el huracán.

Los mamuts no pensaron siquiera en la persecución: una vez más habían dado la medida de su fuerza; una vez más se veían dueños de la tierra. Y la columna de los gigantes de color de arcilla y duros pelos y rudas melenas, se alineó junto a la orilla del abrevadero y se puso a beber tan formidablemente, que el agua bajó de nivel en las ensenadas.

En los flancos de las colinas, una oleada de ligeros brutos, todavía horrorizados de la lucha, miraban como se abrevaban los mamuts. Los Ulhamr los contemplaban también, invadidos por el estupor de uno de los grandes episodios de la naturaleza. Y Naóh, comparando las bestias soberanas con Nam y Gau; los brazos delgados, las piernas largas, descarnadas, y los torsos estrechos, con las patas rudas y altas como encinas, y los cuerpos enormes como cerros, concebía la pequeñez y la fragilidad humana, la humilde existencia errante que representaba el hombre sobre la faz de las sabanas. Pensaba igualmente en los leones amarillentos, en los leones gigantes y en los tigres que encontrarían él y sus compañeros en la cercana selva, y bajo cuya zarpa el hombre y el ciervo eran tan débiles como la paloma torcaz entre las garras del águila.



III

EN LA CAVERNA

Iba a pasar el primer tercio de la noche. Una luna blanca, como la flor del albolol, surcaba a lo largo de una nube, vertiendo su claridad sobre el río y las rocas taciturnas, y disipando, una tras otra, las sombras del abrevadero. Los mamuts se habían alejado; de cuando en cuando, veíase algún animal rastrero, o algún antillo volando con sus silenciosas alas. Y Gau, que se había encargado de la guardia, vigilaba a la entrada de la caverna. Estaba cansado; su pensamiento, escaso y fugitivo, no se despertaba sino para atender a los ruidos repentinos, a los olores aumentados o nuevos, a las caídas o a las ráfagas del viento. Estaba invadido de una somnolencia que le embotaba totalmente, salvo el sentido del peligro y de la necesidad.

La brusca huída de un antílope le hizo levantar la cabeza. Entonces entrevió, al otro lado del río, sobre la cima abrupta de una colina, una silueta maciza que avanzaba oscilando. Los miembros pesados y ligeros a la vez; la cabeza grande y fuerte, de afilado hocico, y cierta extraña apariencia humana, descubrían en aquel ser viviente un oso. Gau conocía al oso de las cavernas, coloso de frente abombada que vivía pacíficamente en sus refugios y en sus tierras de pasto, plantívoro al cual el hambre únicamente inducía alguna vez a buscar la carne. El

que Gau veía avanzar no parecía de esta clase; y estuvo seguro de ello cuando el bruto destacó su silueta al claro de luna: tenía el cráneo aplastado y el pelo grisáceo; en sus movimientos reconoció el Ulhamr el aplomo, la amenaza y la ferocidad de las bestias carnívoras: era el oso gris, rival de los grandes felinos.

Gau se acordó de las leyendas contadas en el seno de la tribu, por los que habían viajado por las tierras altas. El oso gris derriba al auroch y al uro y los arrastra más fácilmente que el leopardo al antílope. Sus zarpas pueden abrir en canal, de un solo golpe, el pecho y el vientre de un hombre; ahoga al caballo entre sus brazos; desafía al tigre y al león amarillento; y según el viejo Goún creía, no cede más que al león gigante, al mamut y al rinoceronte.

El Hijo del Saigá no sintió el súbito miedo que hubiera experimentado ante el tigre, pues habiendo encontrado una vez al oso de las cavernas, le había parecido indiferente y benévolo. Este recuerdo le tranquilizó en seguida; pero el andar de la fiera le pareció más equívoco a medida que se precisaba su silueta, de tal modo que el joven acudió a su jefe.

No tuvo que hacer más que tocarle la mano; el alto cuerpo se levantó en la sombra.

— ¿Qué quiere Gau? — preguntó Naóh saliendo a la boca de la caverna.

El joven nómada tendió la mano hacia la cumbre de la colina, y en el rostro del jefe se pintó la consternación:

— ¡El Oso Gris!

Volvió la vista a la caverna. Había tenido cuidado de reunir grandes piedras y ramaje; a mano había algunos bloques,



que podían hacer muy difícil la entrada. Pero Naóh pensaba en huir, y ello no era posible sino hacia el lado del abrevadero. Si el animal, veloz, infatigable y tozudo, se decidía por la persecución, alcanzaría casi con seguridad a los fugitivos. El único recurso consistiría en trepar a un árbol, pues el oso gris no era trepador; pero, en cambio, era capaz de esperar su presa por tiempo indefinido, y además sólo había en las inmediaciones árboles de delgadas ramas.

¿Es que la fiera había visto a Gau agachado, confundido con los pedruscos, atento a no hacer ningún movimiento inútil? ¿O bien era el habitante de la caverna, de vuelta a ella tras un largo viaje? Mientras Naóh pensaba en esto, el bruto se puso a descender la rápida pendiente. Apenas hubo llegado a un terreno menos incómodo, levantó la cabeza, olfateó la húmeda atmósfera y tomó el trote. Por un instante, los dos Ulhamr creyeron que se alejaba; pero se detuvo en el sitio



por donde el saliente era accesible: así la retirada de los hombres se hacía impracticable. Hacia arriba, aquella especie de cornisa se interrumpía, cortada a pico como estaba la roca; hacia abajo, hubiera sido preciso huir ante las miradas del oso,



el cual tendría tiempo de pasar el estrecho río y cerrar el paso a los fugitivos. No había más remedio que aguardar o la partida del oso o el ataque a la caverna.

Naóh despertó a Nam y los tres se pusieron a la obra de acercar bloques a la entrada de la cueva.

Después de vacilar un poco, el oso se resolvió a pasar el río. Llegó calmamente a la orilla opuesta y trepó a la cornisa. A medida que se acercaba, los Ulhamr vieron mejor su musculosa estructura; alguna vez sus dientes relucían a la luz de la luna. Nam y Gau tiritaban. El amor a la vida hinchaba su pecho; el instinto de la debilidad humana oprimía su aliento; su juventud palpité, como palpita en el temeroso corazón

de los pájaros. Ni Naóh mismo estaba tranquilo. Conocía al adversario y sabía que no necesitaría mucho tiempo para dar la muerte a tres hombres. Y su gruesa piel, sus huesos de granito, eran casi invulnerables a la azagaya, al hacha y al venablo.

Entretanto, los nómadas acababan de acarrear los bloques, y muy pronto a la entrada de la cueva sólo quedó un agujero, a la derecha y a la altura de un hombre. Cuando el oso estuvo cerca, sacudió la cabeza gruñendo y miró asombrado: había oído a los hombres y oyó el rumor de su tarea, pero no había pensado en hallar obstruido el refugio donde pasara tantas estaciones; una oscura asociación se hizo en su cerebro entre el cierre de la guarida y los que la ocupaban. Por otra parte, como reconocía el olor de animales débiles, con los cuales contaba saciarse, no mostró la menor prudencia. Pero estaba perplejo.

Se desperezaba a la luz de la luna, cómodamente abrigado en su piel, mostrando el pecho argentado y balanceando sus cónicas fauces. Después se irritó repentinamente, porque era de humor huraño y brutal, casi del todo ajeno a la alegría; y lanzó roncós gruñidos. Entonces, lleno de impaciencia, se levantó sobre sus patas traseras y pareció un hombre inmenso y velludo, de piernas excesivamente cortas y de torso desmesurado. Y se inclinó hacia el agujero que permanecía abierto.

En la penumbra, Gau y Nam tenían prontas las hachas; el Hijo del Leopardo levantaba la maza, esperando que la fiera metiera adentro las patas, para destrozárselas. Mas lo que asomó fué el cráneo enorme, la frente forrada, el hocico baboso y los dientes como puntas de harpón. Las hachas se abatieron, la maza volteó impotente, a causa de los cantos de

la abertura; el oso, rugiendo, retrocedió. No estaba herido: ninguna traza de sangre enrojecía su cuello; sólo la agitación de sus mandíbulas y la fosforescencia de sus pupilas, anunciaban la indignación de la fuerza ofendida.

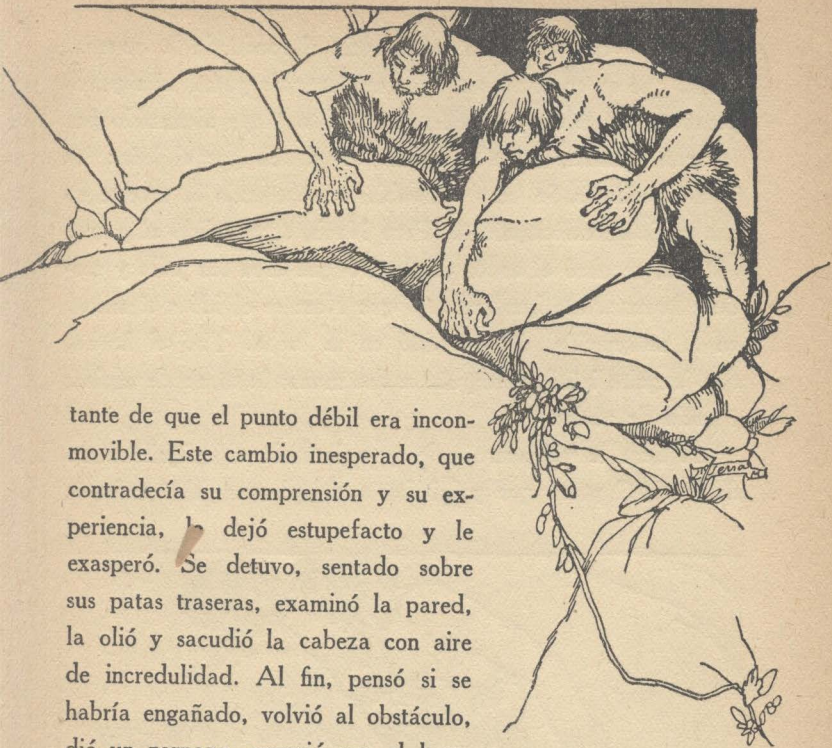
Sin embargo, no desdeñó la lección y cambió de táctica. Animal escarbador, dotado de un afinado sentido de los obstáculos, sabía que a veces es mejor derribarlos que afrontar un pasaje peligroso. Tentó el parapeto, lo empujó, y vió que vibraba a sus encontronazos.

La fiera, aumentando su esfuerzo y empleando las patas, el hombro y el cráneo, tan pronto embestía contra la barrera, como tiraba de las piedras con las zarpas. Así consiguió descubrir un punto flaco en el parapeto, y lo hizo oscilar. Entonces se encarnizó en el mismo sitio, más favorable para él cuanto que los brazos de los hombres eran demasiado cortos para alcanzarlo. Por su parte, los nómadas no se entretuvieron en esfuerzos inútiles: Gau y Naóh, apuntalando con sus cuerpos

la peña, consiguieron contener su oscilación, mientras Nam, asomándose por la abertura, acechaba el ojo de la fiera, con intención de clavarle una azagaya.

Muy pronto se dió cuenta el asal-



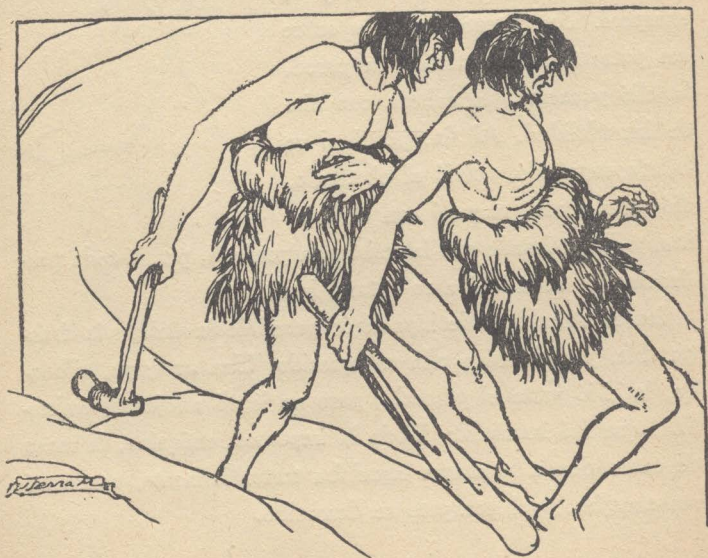


tante de que el punto débil era inmovible. Este cambio inesperado, que contradecía su comprensión y su experiencia, le dejó estupefacto y le exasperó. Se detuvo, sentado sobre sus patas traseras, examinó la pared, la olió y sacudió la cabeza con aire de incredulidad. Al fin, pensó si se habría engañado, volvió al obstáculo, dió un zarpazo, empujó con el hombro, y comprobando que la resistencia persistía, perdió toda prudencia y se abandonó a su natural brutalidad.

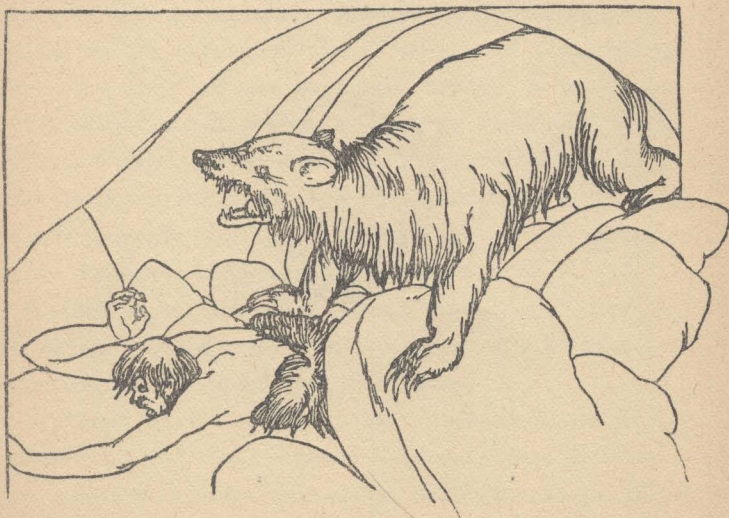
La abertura libre le hipnotizó; parecióle la única vía franqueable, y se lanzó a ella enloquecido. Una azagaya, silbando, le hirió junto al párpado; pero no logró aflojar la embestida, que fué irresistible. Toda la impetuosa máquina, la masa de carne donde la sangre circulaba torrencialmente, concentró sus energías, y el parapeto se derrumbó.

Naóh y Gau habían saltado hacia el fondo de la caverna. Nam, que se encontró entre las monstruosas patas, ni siquiera pensó en defenderse; quedóse como el antílope alcanzado por la gran pantera, como el caballo derribado por el león: los brazos tendidos, la boca entreabierta, esperando la muerte en una crisis de embotamiento. Pero Naóh, sorprendido al primer instante, recobró el ardor combativo que crea los jefes y sostiene la raza. De igual manera que Nam se olvidó a sí mismo en la resignación, él se olvidó en la lucha. Tiró el hacha, que juzgaba inútil, y empuñó a dos manos la maza de encina, erizada de nudos.

La fiera le vio acercársele, y aplazando el aniquilamiento de la débil presa que palpitaba a sus plantas, alzó toda su



fuerza contra el adversario, garras y dientes en ristre, mientras el Ulhamr descargaba la terrible maza. El arma dió primero, chocando contra la mandíbula del oso, y uno de los nudos le tocó en el hocico. El golpe, dado de través y poco eficaz, fué tan doloroso, que la fiera se dobló sobre sí misma. El segundo mazazo del nómada rebotó sobre un cráneo indestructible. Y ya el coloso gris se revolvía y se abalanzaba frenético, cuando el Ulhamr corrió a refugiarse en la oscuridad, en un saliente de la roca. Al ver la embestida del oso, esquivó el cuerpo, y el bruto dió furiosamente contra el granito. Mientras caía al suelo, Naóh le atacó de costado, y lanzando un grito de guerra, descargó la maza sobre la espalda del animal. Las vértebras crugieron; debilitado por el choque contra la roca, osciló sobre



sus patas, y Naóh, ebrio de coraje, aplastó sucesivamente el hocico, las patas y las mandíbulas del oso, mientras Nam y Gau le abrían a hachazos el vientre.

Cuando al fin la enorme masa cesó de resollar, los nómadas se miraron en silencio. Fué aquel un momento prodigioso. Naóh pareció ante sus compañeros como el más temible de los Ulhamr, pues ni Faúhm ni Noo, Hijo del Tigre, ni ninguno de los misteriosos guerreros cuyas hazañas recordaba Goún, el de los Huesos Secos, habían derribado al oso gris, a mazazos. Y la leyenda se grabó en el cráneo de los jóvenes, para transmitirse a las generaciones y agrandar sus esperanzas, si Nam, Gau y Naóh no perecían en la conquista del Fuego.



IV

LA NOCHE EN LA SELVA

Una luna había pasado. Desde muchos días atrás, Naóh y sus compañeros, avanzando siempre hacia el Sur, habían llegado al confín de la sabana y atravesaban la selva, que parecía interminable, cortada por islas de hierbas y piedras, lagos, pantanos y hondonadas. La selva descendía lentamente, con inesperados repechos, de manera que producía plantas de toda especie y todas las variedades de animales. Podían encontrarse en ella el tigre, el león amarillo, el leopardo; el chimpancé gigante, que vivía solitario con algunas hembras y cuyas fuerzas sobrepasaban a las del hombre ordinario; la hiena, el jabalí, el lobo, el gamo, el ciervo, el corzo y el carnero montaraz. El rinoceronte paseaba por ella su espesa coraza; e incluso, tal vez, se mostraría el león gigante, ya raro, pues su extinción había comenzado desde centenares de siglos atrás.

Se hallaba también allí el mamut, devastador de bosques, triturador de ramas y desenterrador de raíces, cuyo paso era más asolador que los ciclones y trombas.

En aquel temible paraje, los nómadas hallaron comida en abundancia; pero ellos mismos se consideraban una presa para los comedores de carne. Avanzaban prudentemente, en triángulo, de manera que abarcaran el mayor espacio posible. Sus

afinados sentidos podían, durante el día, preservarles de emboscadas, ya que sus peores enemigos no solían cazar más que de noche. Los grandes felinos, en efecto, no tenían, a la luz del sol, la vista tan rápida como los hombres, y su olfato tampoco era comparable con el de los lobos. Estos hubieran sido más difíciles de despistar; pero en el corazón del bosque no se atrevían a acosar a unos seres tan amenazadores como los Ulhamr. Entre los osos, el más potente, el coloso de las cavernas, no cazaba nunca, a menos que le forzara el hambre, ya que en el bosque hallaba, pacíficamente, las plantas necesarias para satisfacer su voracidad. Y en cuanto al oso gris, que no merodeaba sino accidentalmente fuera de los parajes húmedos, se descubría a distancia.

No obstante, los días estaban cargados de alarmas y las noches eran aterradoras. Los Ulhamr escogían cuidadosamente los sitios de refugio, haciendo alto mucho antes de anoecer. Con frecuencia se refugiaban en algún hoyo o cueva; otras veces se encaramaban a un cercado formado por ellos mismos con grandes pedruscos; o bien, metidos en algún profundo



matorral, sembraban de obstáculos las cercanías y alguna vez escogían un espeso grupo de árboles donde fortificarse.

Pero lo que más les hacía padecer era la ausencia del fuego. Al llegar las noches sin luna, les parecía entrar para siempre en las tinieblas: esas tinieblas que pesaban sobre sus hombros y les engullían. Todas las noches acechaban los matorrales, como si fueran a ver centellear y agrandarse la perdida llama de su jaula; pero sólo distinguían las altas y lejanas chispas de las estrellas o los ojos de una fiera. Hundidos en la cruel inmensidad, su propia flaqueza les abrumaba. Quizá hubieran padecido menos en



la Horda, sintiendo la multitud de los suyos en torno; en la interminable soledad, se les oprimía el pecho.

La selva se abrió. En tanto que el país de los árboles continuaban llenando el Poniente, hacia Levante se extendió la llanura, parte sabana y parte maleza, con algunos dispersos islotes de árboles. La hierba defendía sus dominios contra los grandes vegetales, ayudada por los uros, los aurochs, los ciervos, los saigás, los hemionos y los caballos, todos los cuales ramoneaban los tiernos brotes. Rodeado de álamos negros, de cenicientos sauces, de álamos temblones, de alisos, de juncos y cañas, un río se deslizaba hacia Oriente. Algunas piedras erráticas se destacaban en masas rojizas; y aunque todavía estaban en pleno día, las largas sombras dominaban los rayos del sol. Los nómadas contemplaron con recelo el paisaje: debían pasar por allí muchas fieras, a la hora en que se extingue la luz. Por lo tanto, se apresuraron a beber, y luego exploraron el terreno. Como la mayoría de las piedras erráticas eran solitarias, no podían servirles; otras, en grupos, exigían un largo trabajo de fortificación. Y ya se descorazonaban, dispuestos a volver al bosque, cuando Nam divisó unos bloques enormes, muy juntos, dos de los cuales, juntándose en lo alto, formaban una cavidad con cuatro aberturas. Tres de ellas permitían la entrada a animales más pequeños que el hombre: lobos, perros, panteras. La otra sólo podía dar paso a un guerrero de fuerte contextura, a condición de que entrara arrastrándose, pecho a tierra: era sin duda impracticable para osos, tigres y leones.

A la seña que les hizo su compañero, acudieron Gau y Naóh. Al principio dudaron de que éste pudiera deslizarse en el refugio, por su mayor corpulencia; pero Naóh, tendiéndose en el suelo y ladeando la cabeza, entró sin dificultad y salió luego de la misma manera; de suerte que se encontraron en un cobijo más seguro que todos los que habían tenido hasta entonces, pues las piedras eran tan grandes y estaban tan firmemente empotradas, que ni un rebaño de mamuts hubiera podido apartarlas. Tampoco faltaba espacio, pues hubieran cabido en él, cómodamente, diez hombres.

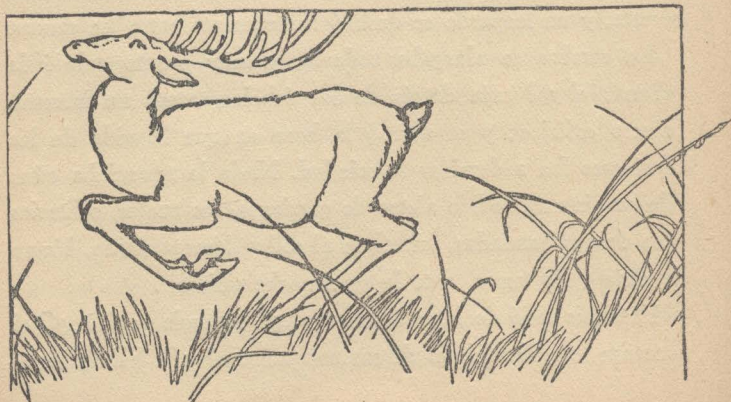
La perspectiva de una noche tranquila regocijó a los nómadas. Por primera vez, desde su partida, podían reírse de todos los carnívoros de la selva. Comieron la carne cruda de un cervatillo, acompañada de nueces que habían cogido en el bosque, y luego fueron a examinar el terreno. Algún ciervo, algún corzo, desfilaban en busca del agua; unos cuervos alzaron el vuelo lanzando gritos de guerra; un águila se cernía en las nubes. Luego, un lince dió un salto, persiguiendo a una cerceta, y un leopardo se deslizó furtivamente entre los sauces.

La sombra se alargaba todavía, y muy pronto cubrió la sabana; el sol caía detrás de los árboles, como un inmenso brasero esférico; y se acercó la hora en que la vida de los carnívoros iba a dominar la soledad. Nada la anunciaba aún; sólo se oía un cándido aleteo de gorriones, los cuales, solitarios o en densas bandadas, lanzaban al sol su himno rápido, himno de pena y de temor, ante la gran noche siniestra.

Entonces salió de la selva un uro. ¿De dónde venía? ¿Qué aventura le tenía aislado de sus compañeros? ¿Se habría reza-

gado? ¿Habiendo, por el contrario, avanzado en exceso, y amenazado luego por los meteoros o los enemigos, había huído al azar? Los nómadas no se lo preguntaron siquiera, asaltados únicamente por la pasión de la presa; pues si los cazadores de su tribu no atacaban a los grandes herbívoros cuando iban en manadas, en cambio acechaban a los solitarios, sobre todo a los débiles y a los heridos. La bravura y le tenacidad del uro se encuentra en la raza de los toros actuales, pero la cabeza del uro era más inteligente. La especie se hallaba en su apogeo. Ágiles, con una respiración viva, un claro sentido del peligro y una maravillosa astucia, esos fuertes organismos circulaban magníficamente por el planeta.

Naóh lanzó un sordo alarido y se puso en pie. Después de la victoria sobre una fiera, nada más glorioso que derribar a un gran herbívoro. El Ulhamr sintió en su corazón el instinto que sostiene todo lo que fué necesario para el desenvolvimiento del hombre; y su ardor aumentaba a medida que veía acercarse



el ancho pecho y los lucientes cuernos. Pero a la vez sentía la voz de otro instinto: no destruir en vano la carne que sirve para el alimento, ya que tenía carne fresca, pues la caza abundaba, acordándose de su triunfo contra el oso, Naóh juzgó menos meritorio derribar un uro. Bajó la azagaya que iba a lanzar y renunció a una caza en la cual podía estropear sus armas, mientras el uro, avanzando lentamente, se dirigía hacia el río.

De pronto, los tres hombres levantaron la cabeza, dilatados los sentidos por la inminencia del peligro. La duda fué corta: Nam y Gau, a una seña del jefe, se deslizaron bajo las piedras de su refugio. Y él mismo les seguía, cuando un megaceros salió de la selva. Todo el animal era un vértigo de fuga. La cabeza echada hacia atrás, vertiendo por las fauces espuma teñida de sangre, y con las patas rebotando como ramas de árbol tronchadas por el huracán, había dado cosa de treinta saltos, cuando a su vez apareció su enemigo. Era un tigre de



miembros achaparrados y de elásticas vértebras, cuyo cuerpo a cada empuje franqueaba veinte codos de distancia. Al ver sus flexibles saltos, hubiérase dicho que se deslizaba por el aire; y cada vez que tocaba el suelo, hacía una pausa breve, como una reconcentración de energía.

El megaceros no se paraba un punto; cada salto suyo era la continuación acelerada del salto precedente. En aquel instante perdía terreno, pues para el tigre la carrera sólo acababa de empezar, mientras que el perseguido la había iniciado desde muy lejos.

— ¡El Tigre alcanzará al Gran Ciervo! — dijo Nam con voz temblorosa.

Naóh, que contemplaba apasionadamente aquella caza, respondió:

— ¡El Gran Ciervo es infatigable!

No lejos del río, la ventaja que llevaba el megaceros quedó reducida a la mitad, y en una tensión suprema aumentó su empuje. Los dos cuerpos se proyectaron con una rapidez igual, pues los saltos del tigre se hicieron más cortos. Y sin duda éste hubiera renunciado a la persecución, a no haber estado tan cerca el río, donde esperaba ganar terreno a nado, ya que su largo y sinuoso cuerpo aventajaba en el agua a cualquier otro animal. Al llegar el tigre a la orilla, se deslizó con extraordinaria velocidad en la corriente; pero el perseguido, que avanzaba no menos rápidamente, se hallaba a unos cincuenta codos de distancia. Fué aquel un momento crítico entre la vida y la muerte. Como el río no era muy ancho, el megaceros debía llegar a la otra márgen guardando alguna ventaja: si

vacilaba tentando el suelo, al salir del agua, estaría perdido. Él lo sabía e incluso arriesgó un rodeo para escoger el punto de abordaje: un pequeño promontorio guijarroso de suave pendiente. Mas aunque hubiese calculado con exactitud su salida del río, tuvo el gran ciervo una breve vacilación, durante la cual el tigre se le acercó. Finalmente, el herbívoro se alzó fuera del agua; y estaba a veinte codos tierra adentro, cuando el tigre llegó a la orilla y dió su primer salto, que fué corto e inhábil. El felino se enredó en sus propias patas, tropezó y rodó por el suelo; el megaceros había ganado la partida; debía abandonarse la persecución. El tigre lo comprendió así, y acordándose de una alta silueta entrevista durante la carrera, se apresuró a volver atrás, cruzando a nado el río. El uro estaba aún a la vista...

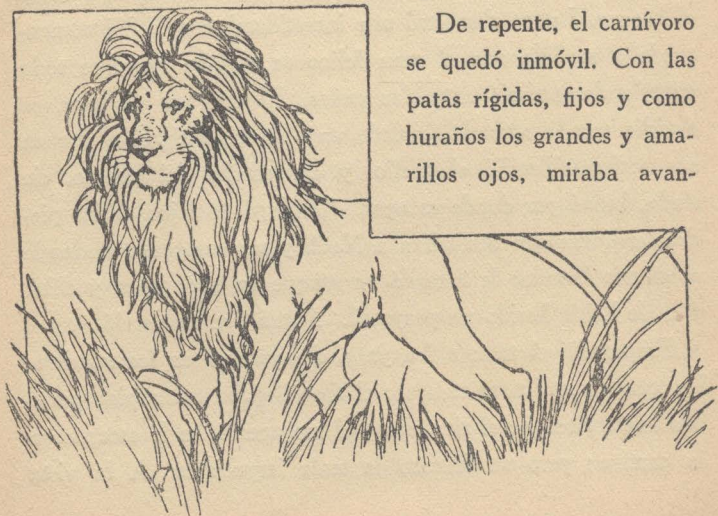
Al paso del tigre y el megaceros, había retrocedido hasta el bosque. Luego demostró una incertidumbre que fué aumentando a medida que el gran felino se alejaba, y sobre todo cuando desapareció entre las cañas. El uro, no obstante, se decidía por la retirada, cuando un olor temible fué a dar en sus narices. Tendió el cuello, y convencido del peligro, sin duda, buscó por donde escapar. Así llegó no lejos de las piedras erráticas que ocultaban a Naóh y sus compañeros, donde el effluvio humano le recordó un ataque en que, joven y débil aún, le había herido un proyectil. Y otra vez se desvió.

Emprendió el trote e iba ya a desaparecer en los matorrales, cuando se detuvo en seco: el tigre llegaba con rápido paso. No temía éste que el uro, como el megaceros, se le escapase a la carrera; pero su fracaso le tenía impaciente. A la vista

de la fiera, el toro salió de su incertidumbre, y no ignorando que no podía esperar salvación en las piernas, hizo frente al peligro. Baja la cabeza, escarbando la tierra, se mostró, con su ancho pecho rojizo y sus encendidos ojos violáceos, un hermoso guerrero de la selva y de la llanura; una rabia sombría aventó sus temores; la sangre que se le agolpaba al pecho, era la sangre del combate; el instinto de conservación se transformó en bravura.

El tigre, reconociendo la valía de su adversario, no le atacó bruscamente, antes voltejeó con sinuosidades de reptil, en espera del movimiento precipitado o desconcertado que le permitiera cabalgar a la grupa del toro y romperle las vértebras o la yugular. Pero el uro, atento siempre a las evoluciones del agresor, presentaba cada vez la maciza frente y los cuernos agudos...

De repente, el carnívoro se quedó inmóvil. Con las patas rígidas, fijos y como huraños los grandes y amarillos ojos, miraba avan-



zar un bruto monstruoso. Parecía un tigre; pero su talla era más alta y compacta, y recordaba también al león por su melena, su profundo pecho y la gravedad de su apostura. Aunque avanzaba sin detenerse, con la sensación de su supremacía, mostraba la incertidumbre del animal que no está en su propio cazadero. ¡El tigre, en cambio, se hallaba en su casa! Desde hacía diez estaciones dominaba el paraje; y las otras fieras, como el leopardo, la pantera o la hiena, vivían a su sombra. Toda presa era suya, desde el momento en que él la había escogido; ninguna criatura se levantaba ante él cuando, al azar de los encuentros, degollaba al ciervo, al gamo, al megaceros, al uro, al auroch o al antílope. El oso gris pasó, quizá, en la estación fría, por sus reales dominios; otros tigres vivían al Norte, y los leones, en las inmediaciones del río. Pero ninguno se había presentado a probar su pujanza, y él sólo había debido apartarse al paso del invulnerable rinoceronte o del mamut de macizas patas, estimando demasiado ruda la tarea de combatirlos. Así, desconocía la extraña forma que acababa de aparecer, y sus sentidos se asombraban.

Era una bestia rarísima, un animal de las antiguas edades, cuya especie iba extinguiéndose desde milenios atrás. Con su instinto se dió cuenta el tigre de que aquel ser era más fuerte y tan ágil como él, y estaba mejor armado; mas por larga costumbre, por sus victorias incesantes, se revolvía contra el miedo. Su actitud tradujo esta doble tendencia. A medida que se acercaba el enemigo, más bien que retroceder, el tigre se iba apartando, pero sin abandonar por ello su expresión de amenaza. Cuando la distancia entre ambos fué lo bastante corta, el león-

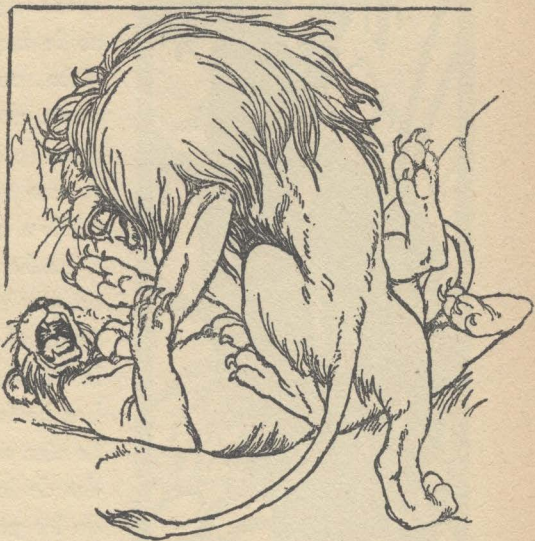
tigre, hinchando el vasto pecho, rugió; y luego, alargando el cuerpo hasta rozar la tierra con el vientre, dió su primer salto de ataque, un salto de veinticinco codos. El tigre retrocedió; y al segundo salto del coloso, se volvió para retirarse. Sin embargo, este movimiento apenas fué apuntado, porque el furor le hizo afirmarse en su punto; sus amarillos ojos verdearon; aceptaba el combate. Y era que no estaba ya solo. La hembra acababa de saltar sobre la hierba y acudía brillante, impetuosa y magnífica en socorro de su macho.

El león gigante vaciló a su vez, dudando de su fuerza. Quizá en aquel momento se hubiera retirado, dejando libre el campo a los tigres, si el adversario, sobreexcitado por los maulidos de la cercana hembra, no hubiese demostrado el intento de tomar la ofensiva. El enorme felino podía resignarse a ceder el terreno; pero su terrible musculatura, el recuerdo de todo lo que había desgarrado y triturado en cien combates, le obligaron a castigar la agresión. El espacio de un solo salto le separaba del tigre; y lo salvó, aunque sin lograr su objeto, pues aquél, echándose a un lado, le atacaba de flanco. El león de las cavernas se detuvo para recibir la embestida. Garras y mandíbulas se mezclaron; se oyó el crugir de los dientes devoradores y los roncros resuellos. Como era más bajo, el tigre procuraba agarrar la garganta del enemigo, y poco le faltó para lograrlo. Pero unas sacudidas bruscas, precisas, le rechazaron; se encontró derribado bajo una pata soberana, y el león gigante empezó a abrirle el vientre. Sus azuladas entrañas saltaron, la sangre tiñó de escarlata las hierbas, un espantoso clamor hizo temblar la sabana, y el león-tigre empe-

zaba a quebrantar los huesos de su víctima, cuando la hembra se acercó, vacilante, olfateó la carne caliente, la derrota de su macho, y lanzó un maullido llamándole.

A este grito, el tigre se incorporó y una suprema onda belicosa atravesó el cráneo; mas, al primer paso, sus propias en-

trañas le detuvieron y se quedó inmóvil, desfallecidos los miembros y los ojos aún llenos de vida. La hembra midió instintivamente lo que de energía restaba al que durante tan largo tiempo había compartido con ella las palpitantes pres-



sus crías y defendido la especie contra los innumerables peligros. Una misteriosa ternura sacudió sus rudos nervios; recordó, de golpe, la comunidad de sus luchas, goces y padecimientos. Y luego la ley de la naturaleza la ablandó: se dió cuenta de que una fuerza más terrible que la de los tigres se levantaba frente a ella; y, estremecida por la necesidad de vivir, lanzando una sorda queja y una larga mirada a sus espaldas, huyó a esconderse en el matorral.



El león gigante no quiso seguirla. Saboreaba la supremacía de sus músculos, aspiraba la atmósfera del anochecer, esa atmósfera de aventura y de caza. El tigre no le inquietaba ya; le espiaba, no obstante, vacilando en exterminarle por completo, porque era prudente y, una vez vencedor, tenía miedo a las heridas inútiles...

La hora roja había llegado, deslizándose por la profundidad de los bosques, lenta, variable e insidiosa. Las bestias diurnas callaron. Se oían a intervalos los aullidos de los lobos, el ladrido de los perros, la risa de la hiena, el suspiro de un ave de rapiña, el croar de las ranas, o el leve chirriar de algún tardío saltamontes. Mientras el sol moría detrás de un océano de frondas, la luna inmensa se vió en Oriente.

No se veía a otros animales que a las dos fieras: el uro había desaparecido durante la lucha; ocultos en la penumbra, mil hocicos sutiles olfateaban la terrible presencia. El león gigante sentía una vez más la debilidad de su poder. Presas sin número palpitaban en el fondo de la espesura y en los claros de la selva; y, sin embargo, cada día le acechaba el hambre. Su propia aureola le traicionaba más infaliblemente que su misma apostura, que el crugir de la tierra, de las hierbas, hojas y ramas a su paso. Este ambiente se extendía acre y feroz, y se hacía palpable en las tinieblas y hasta sobre la superficie de las aguas, constituyendo el terror y la salvaguardia de los débiles. Entonces, todo huía, ocultándose y desvaneciéndose. La tierra quedaba desierta; no había ya vida; no había caza. Y el gran felino parecía solo en el mundo.

Mientras cerraba la noche, el coloso tenía hambre. Arrojado de su territorio por un cataclismo, había pasado grandes y pequeños ríos y vagado por desconocidos horizontes. Y ahora, en un aire nuevo, conquistado por la derrota del tigre, aguzaba el olfato y buscaba en la brisa el olor de carnes vivientes. Todas las presas le parecieron lejanas; percibía apenas el roce de los animalitos ocultos entre la hierba, algunos nidos de pájaros, dos garzas posadas en la horquilla de un álamo negro, cuya vigilancia no se habría dejado sorprender, aún cuando el felino hubiera podido trepar al árbol. Mas ni aun esto podía, pues desde que alcanzó toda su corpulencia, ya no escalaba sino troncos bajos y a lo sumo llegaba a las ramas más gruesas.

El hambre le hizo volverse hacia aquella onda tibia que emanaba de las entrañas del vencido. Se acercó a ella y la

olfateó; pero le repugnaba como un veneno. Entonces, impaciente, saltó sobre el tigre, le rompió las vértebras, y luego se puso a merodear.

El perfil de las piedras erráticas llamó su atención. Como estaban a contra viento y su olfato no era tan sutil como el de los lobos, no se había dado cuenta de la presencia de los hombres. Al acercarse, adivinó que la presa estaba allí; y la esperanza aceleró su aliento.

Los Ulhamr, con el corazón palpitante, contemplaban la elevada silueta del carnívoro. Desde la huída del megaceros, toda la siniestra leyenda, todo lo que hace temblar a los vivientes, había pasado ante sus ojos. A la cárdena claridad del crepúsculo veían al león-tigre dar vueltas en torno de su refugio; su hocico hozaba los intersticios; sus ojos lanzaban fulgores de estrellas verdes; todo su ser respiraba la impaciencia y el hambre.

Al llegar delante del orificio por donde se habían deslizado los hombres, se estiró, intentando introducir la cabeza y los hombros. Los nómadas llegaron a dudar de la estabilidad de las piedras: a cada ondulación del gran cuerpo, Nam y Gau se encogían con un suspiro de horror. La rabia animaba a Naóh, rabia de presa codiciada, de inteligencia nueva contra el antiguo instinto y su pujanza excesiva. Esta cólera aumentó cuando la fiera se puso a escarbar la tierra. Aunque el león gigante no fuese un animal cavador, sabía ensanchar una salida o derribar un obstáculo. Su tentativa consternó a los hombres;

tanto, que Naóh, agachándose, asestó un harponazo al león. La fiera, herida en la cabeza, lanzó un gruñido feroz y cesó de escarbar. Sus fosforescentes ojos registraban la penumbra; nictálope, distinguía claramente las tres siluetas, más irritantes cuanto más cercanas.

Se puso a dar vueltas en acecho, tanteando las aberturas; y cada vez volvía a la mayor por la cual habían entrado los hombres. Púsose otra vez a escarbar el suelo; y otra vez el venablo interrumpió su trabajo y le obligó a retroceder, pero con menos sorpresa. En su opaco cerebro concibió que la entrada en aquel refugio era imposible; mas no abandonaba la presa, con la esperanza de que estando tan próxima, no podría escapar. Después de un último olfateo y una mirada, hizo como si olvidara la existencia de aquellos hombres, y se dirigió a la selva.

Los tres nómadas exultaron: el refugio les pareció más seguro, y más deliciosa la noche. Fué uno de aquellos instantes en que los nervios se afinan y los músculos rebosan energía. Un tropel de sentimientos levantaba sus almas indecisas, evocándoles la belleza primordial. Amaban la vida y lo que la rodeaba, gustaban un raro placer compuesto de todas las cosas, una felicidad creada fuera y por encima de la acción inmediata. Y como no podían comunicarse tal impresión, ni siquiera pensar en comunicársela, mirábanse uno a otro riendo, con esa alegría contagiosa que sólo resplandece en el rostro del hombre. Sin duda esperaban que el león gigante volvería; pero, no teniendo una noción precisa del tiempo — que les hubiera sido funesta —, gozaban el presente en su plenitud. La duración

que separa el crepúsculo de la noche del crepúsculo matutino, les parecía inagotable.

Según su costumbre, Naóh se había encargado de la primera vela. No tenía sueño. Excitado por la batalla entre el tigre y el león gigante, en cuanto Gau y Nam se hubieron acostado en el suelo, sintió agitarse las nociones que la tradición y la experiencia habían acumulado en su intelecto. Extinguidas en su mente de salvaje degradado las luces de la revelación primitiva, estas nociones se ligaban de manera confusa, formando la leyenda del Mundo; y ya el mundo era vasto en la inteligencia de los Ulhamr. Conocían el camino del sol y de la luna; el ciclo de las tinieblas siguiendo a la luz, y de la luz siguiendo a las tinieblas; el de la estación fría alternando con la cálida; el curso de los pequeños y los grandes ríos; el nacimiento, la vejez y la muerte de los hombres; la forma, los hábitos y la fuerza de los innumerables brutos; el crecimiento de hierbas y árboles; el arte de fabricar el venablo, el hacha, la maza, el rascador, el harpón, y el de servirse de ellos; el curso del viento y de las nubes; el capricho de la lluvia y la ferocidad del rayo. Finalmente, conocían el Fuego — la más terrible y la más suave de las cosas creadas —, bastante fuerte para destruir toda una sabana y toda una selva, con sus mamuts, sus rinocerontes, sus leones, tigres y osos, sus aurochs y sus uros.

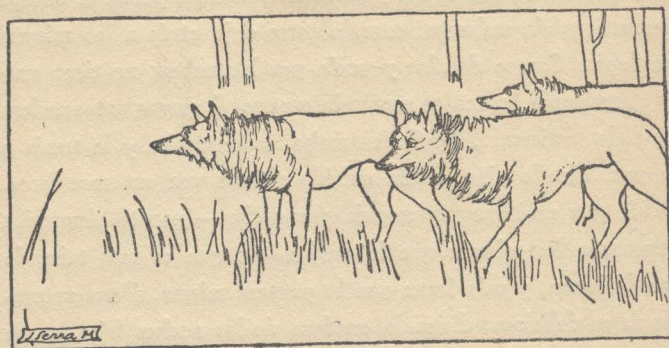
La vida del Fuego había fascinado siempre a Naóh. Como los animales, el fuego necesita una presa: se alimenta de ramas, hierbas secas y grasa; crece; cada fuego nace de otro fuego, y

cada fuego puede morir. Pero el tamaño de todo fuego es ilimitado y, por otra parte, permite ser dividido sin limitación; cada pedazo puede vivir de por sí. Disminuye cuando se le priva de alimento; entonces se empequeñece hasta ser como una abeja, como una mosca; y ello no obstante, podrá renacer a lo largo de una brizna de hierba y hacerse grande como un pantano. Es una bestia y no lo es. No tiene patas, ni cuerpo rastrero; y sin embargo, cuando corre deja atrás a los mismos antílopes. Carece de alas y vuela por las nubes; no tiene garganta y sopla, ronca y ruge; sin manos ni garras, se apodera de toda la tierra... Naóh le amaba, le detestaba y le temía a la vez. Siendo niño, había sufrido alguna vez sus mordiscos. Sabía que no tiene preferencia por nadie — pronto siempre a devorar a los mismos que lo cuidan —; que es más taimado que la hiena, y más feroz que la pantera misma. Pero su presencia es deliciosa; disipa la crudeza de las noches frías, es un descanso en la fatiga y convierte en invencible la debilidad de los hombres.

En la penumbra de las piedras basálticas, Naóh, lleno de un suave deseo, veía el hogar del campamento y los fulgores que rozaban el semblante de Gamla. La luna ascendente le recordaba la remota llama. ¿De qué lugar de la tierra salía la luna, y por qué, como el sol mismo, no se extinguía? Amenguaba, es verdad; noches había en que no era más que un fuego ruín, como el que corre a lo largo de una ramita; y después se reanimaba. Sin duda, Hombres-Ocultos debían de cuidarla y alimentarla según las épocas... Aquella noche estaba en toda su fuerza: alta como los árboles, al principio, disminuyó luego

de tamaño, aunque brillaba más, a medida que subía. Los Hombres-Ocultos le habrían dado leña seca en abundancia.

Mientras el Hijo del Leopardo sueña en estas cosas, las bestias nocturnas corren a sus aventuras. Furtivas siluetas resbalan sobre las hierbas. Naóh divisa musarañas, gerbos, hutías, ligeras garduñas, comadrejas de cuerpo de reptil; después un



ciervo de diez cuernos pasa a contraluz, como una flecha. Naóh distingue sus secas piernas, su cuerpo de color de tierra y de encina, y la cornamenta doblada sobre el pescuezo. Pasa y desaparece. Luego unos lobos muestran el redondo cráneo, los finos hocicos, las patas firmes y vivas; tienen pálido el vientre, rojizos los flancos y el dorso, y una banda negruzca que les dibuja el espinazo. Fuertes músculos hinchan su pescuezo; toda su apostura revela algo taimado, juicioso y complejo, subrayado además por la oblicua mirada. Ventean el ciervo; pero éste también, en la humedad de las penumbras, se ha dado cuenta de sus buscadores, y ha tomado un avance consi-

derable. Los inteligentes olfatos distinguen el decrecimiento continuo de los efluvios: los lobos saben que el herbívoro gana terreno. Sin embargo, atraviesan la sabana hasta el bosque, donde los más veloces penetran. La persecución parece inútil. Vuelven todos lentamente, desilusionados; algunos aúllan y gimen. Después, los olfatos vuelven a explorar el aire. No des-



cubren cercano sino el cadáver del tigre y los hombres escondidos entre las piedras; es decir, una caza demasiado temible y una comida que, a despecho de su glotonería, los lobos hallan repugnante.

Sin embargo, se acercan al cadáver del tigre, después de haber pasado rozando el escondrijo humano.

Al principio, los lobos rodearon el cadáver del tigre con esa prudencia excesiva que nada deja al azar. Por último, los impacientes se arriesgaron, acercando el hocico a la cabeza del

tigre, junto a las fauces entreabiertas por donde alentaba poco antes una vida mortífera y formidable. Y una vez explorado el cuerpo, le lamieron las llagas sangrientas. Sin embargo, ninguno se decidía a clavar el diente en la carne áspera y venenosa, soportada tan sólo por los estómagos del buitre y la hiena.

Un gran clamor aumentó su incertidumbre: eran quejas, aullidos, risotadas burlonas. Y seis hienas surgieron al claro de luna. Avanzaban con paso equívoco, alto el robusto cuarto delantero, y el torso rebajado y estrecho hasta acabar en unas frágiles patas. Zambas, con corta mandíbula capaz de triturar los huesos leoninos, con la pupila triangular, la oreja puntiaguda y áspera la melena, las hienas se revolvían, soslayaban o brincaban como saltamontes. Los lobos sintieron aumentarse el espantoso hedor que despiden sus glándulas.

Las hienas eran merodeadoras de gran tamaño, que por la fuerza enorme de sus mandíbulas hubieran podido hacer frente al tigre mismo. Pero no se batían jamás, sino al verse acorraladas; esto ocurría pocas veces, pues ningún vagabundo cazador apreciaba su carne fétida, y los demás comedores de carroñas eran más débiles que ellas. A pesar de conocer su superioridad sobre los lobos, vacilaban, daban vueltas sobre la luz lunar, acercándose y retrocediendo, lanzando a intervalos desgarradores quejidos. Al fin entraron al asalto las seis a la vez.

No intentaron los lobos resistencia alguna; pero, seguros de su superior agilidad, permanecieron a corta distancia. Por lo mismo que se les iba de las manos, echaron de menos la

presa desdeñada; y daban vueltas en torno de las hienas, lanzando repentinos aullidos, con escarceos de ataque y maliciosos gestos, contentos de inquietar con ellos a sus enemigos.

Las hienas, gruñendo sombríamente, se cebaban en el cadáver del tigre. Lo hubieran preferido putrefacto y cubierto de gusanos; pero sus últimas comidas habían sido escasas y la presencia de los lobos excitaba su voracidad. Saborearon



primeramente las entrañas; después de triturar las costillas con sus indestructibles dientes, extirparon el corazón, los pulmones, el hígado, la lengua rasposa, que la agonía había sacado afuera, gozando la voluptuosidad de rehacer la carne viva con la carne muerta, y el placer de hartarse en lugar de ir de merodeo, con el vientre vacío e inquieta la vista. Los lobos, que desde el crepúsculo perseguían en vano las emanaciones esparcidas por el suelo y el aire, sentían hambre y envidia.

Enfurecidos y desengañados, varios de ellos fueron a olfatear las piedras erráticas, y uno metió la cabeza por una abertura. Naóh, desdeñosamente, le asestó un puntazo con el venablo. Alcanzada en el hombro, la bestia se puso a brincar

con sólo tres patas, lanzando un lastimero aullido. Entonces aullaron todos a la vez, escandalosa y fuertemente; pero su amenaza no era más que un simulacro. Sus cuerpos rojizos oscilaban a la luz de la luna, sus ojos relucían con el ardor y el temor de vivir, sus dientes lanzaban fulgores de espuma, mientras sus finas patas sacudían el suelo con un leve ruido tembloroso o se envaraban en la rigidez de la espera. El deseo de comer se les hacía insoportable. Pero sabiendo que detrás de las rocas se ocultaban unos seres fuertes y astutos, que únicamente por sorpresa podrían sucumbir, cesaron sus rondas y se aglomeraron en consejo de caza, cambiando gestos y gruñidos: unos, sentados sobre el cuarto trasero, las fauces alerta; otros, agitados, frotándose mutuamente los espinazos. Los viejos se destacaban, sobre todo uno grande, de pelaje pálido y amarillos dientes: los demás le escuchaban, le contemplaban, le olían con deferencia.

No dudaba Naóh de que los lobos debían de tener un lenguaje, pues se entienden para organizar las emboscadas, cercar la caza, relevarse durante la persecución y repartir el botín; y los contemplaba con interés, como lo hubiera hecho ante un grupo de hombres, procurando adivinar sus proyectos.

Un grupo pasó el río a nado, los restantes lobos se despararon bajo la espesura; y no se oyó más que a las hienas encarnizadas en los restos del tigre.

La luna, menos ancha y más luminosa, amortiguaba la luz de las estrellas; las más débiles permanecían invisibles, las más brillantes parecían mal encendidas y como anegadas bajo una onda luminosa. Una somnolencia equívoca cubría el bosque y

la sabana. A veces, una lechuza surcaba la atmósfera azul, con el extraordinario silencio de sus alas fofas; a ratos croaban coros de ranas, posadas sobre las hojas de nínfeas o izadas en lo alto de un junco. Las noctuelas se lanzaban a sus temblorosas carreras, chocando con algún murciélago que brujuleaba a través de las sombras.

Al fin sonaron aullidos que se respondían a lo largo del río y en las profundidades del matorral: Naóh adivinó que los lobos habían cercado una presa, y no tuvo que esperar mucho para cerciorarse de ello. Un animal salió al llano; un animal semejante a un caballo, de tórax estrecho; su espinazo estaba señalado por una raya oscura. Corría con la velocidad del ciervo e iba seguido de tres lobos, mucho menos veloces, que sólo podían contar con su resistencia, o un accidente, para atraparlo. Desde luego no corrían a toda velocidad, y continuaban respondiendo a los aullidos de sus compañeros ocultos. Al poco rato salieron éstos: el hemiono, al verse rodeado, se detuvo temblando y exploró el horizonte, antes de tomar un partido. Todas las salidas estaban cerradas, salvo hacia el Norte, donde sólo se divisaba a un lobo viejo y grisáceo. El acosado hemiono escogió aquel camino. El viejo lobo le dejó adelantarse; y cuando el animal perseguido estuvo cerca y se disponía ya a dar un rodeo, el lobo lanzó un grave aullido. Y entonces, sobre un montículo, otros tres lobos aparecieron.

El hemiono se detuvo, y arrojó un largo gemido, al sentir en torno de él el dolor y la muerte. La llanura, donde su ágil cuerpo había sabido frustrar tantas codicias, estaba cerrada; su astucia, sus pies ligeros, su fuerza, todo, a la vez, desfallecía.



Volvió los ojos hacia aquellos seres que no viven de las hierbas ni de las hojas de los árboles, sino de carne viviente; y pareció implorar su compasión. Ellos, aullando, estrechaban el círculo; sus ojos apestaban treinta rayos de muerte; y procuraban enloquecer a su presa, temerosos de sus duros cascos. Los de enfrente simulaban ataques, a fin de que la víctima dejase de vigilar sus flancos... Los más próximos estaban ya a algunos codos de distancia. Entonces, en un sobresalto, recurriendo una vez más a sus libertadoras piernas, el vencido animal se lanzó ciegamente a romper el cerco y traspasarlo. Derribó al primer lobo, hizo rodar al segundo: el embriagador espacio se abrió delante de él. Otro lobo, saliendo de improviso, sal-

tó sobre el costado del fugitivo; otros hundieron en él los afilados dientes. Desesperadamente, el hemiono empezó a cocear: un lobo, rota la mandíbula, rodó por la hierba; pero la garganta del herbívoro se abrió, sus flancos se ensangrentaron; dos de sus corvejones se rompieron al choque de los caninos, y cayó al suelo bajo un racimo de fauces que lo devoraban vivo.

Naóh contempló un rato aquel cuerpo del cual salían aún resuellos, quejidos, signos de rebelión contra la muerte. Con gruñidos de gozo, los lobos arrancaban la tibia carne y bebían la sangre caliente; la vida entraba raudamente en sus vientres insaciables. De vez en cuando, algún lobo viejo volvía con inquietud la cabeza hacia el grupo de las hienas. Éstas hubieran preferido aquella carne más tierna y menos ponzoñosa; pero no ignoraban que los animales tímidos se vuelven fieros cuando se trata de defender lo que ganaron con su esfuerzo, y ellas habían presenciado la persecución del hemiono y la victoria de los lobos. Así, se resignaron a seguir royendo el duro esqueleto del tigre.

La luna estaba a medio camino del cenit. Habiendo entrado Naóh en somnolencia, Nam le relevó en la guardia. Se entreveía confusamente el río deslizándose en el vasto silencio. Pero volvió el espanto: los oquedales rugieron, se troncharon los arbustos, lobos y hienas levantaron, todos a la vez, los ensangrentados hocicos; y Gau, alargando el cuello en la sombra de las piedras, aguzó el oído, la vista y el olfato... Resonó un grito de agonía, tras un breve gruñido; después, las ramas se apartaron: el león gigante salió del bosque llevando un gamo entre los dientes. Junto a él, humilde todavía, pero ya fami-

liar, la hembra del tigre se deslizaba como un reptil gigantesco. Los dos avanzaron hacia el refugio de los hombres.

Lleno de temor, Gau tocó el hombro de Naóh, y ambos espieron largo tiempo a las dos fieras: el león desgarraba su presa, con movimientos amplios y continuos; la hembra, presa de incertidumbre y bruscos sobresaltos, miraba de soslayo al que había vencido a su macho. Y Naóh sintió que una honda aprensión le oprimía el pecho y le cortaba el aliento.



V

EN LA PRADERA

Cuando la aurora hubo asomado sobre la tierra, el león gigante y la hembra del tigre continuaban junto al esqueleto del gamo, dormitando a la pálida luz del sol naciente. Los tres



hombres, enterrados en su pétreo refugio, no podían apartar los ojos de aquellos espantosos vecinos.

Una clara alegría palpitaba sobre la sabana, el bosque y el río. Las garzas conducían sus garcetas a la pesca; un relámpago de nácar precedía la zambullida de los somorgujos; en todos los matojos y sobre las ramas merodeaban los pajarillos. Una brusca reverberación señalaba al martín pescador; el

arrendajo desplegaba sus alas azules, plateadas y rojas; y de cuando en cuando la burlona urraca, chillando desde la horquilla de una rama, balanceaba la cola, de la cual parecían saltar alternativamente la luz y la sombra. Entretanto, grajos y cornejas graznaban sobre los esqueletos del tigre y el hemiono y contrariados ante aquellas osamentas donde no quedaba una hilacha de carne, partían en vuelo oblícuo hacia los restos del gamo.

Allí, dos grandes buitres cenicientos cerraban el paso. Estas aves de calvo cuello, y ojos de agua pantanosa, no se atrevían a tocar la caza de los felinos. Daban vueltas, se ponían de lado, blandían el pico de hediondas narices y lo retiraban, con un contoneo estúpido o dando bruscos vuelos. Luego se quedaban inmóviles, como sumergidos en un sueño, inopinadamente roto por un sobresalto. Salvo la mancha rojiza y móvil de una ardilla, pronto anegada entre las hojas, no se entreveía mamífero alguno: el olor de los dos grandes felinos los mantenía en la penumbra o agazapados en el fondo de sus madrigueras.

Creía Naóh que el recuerdo de los pinchazos recibidos había hecho volver al león gigante; y lamentaba su inútil acción, pues no dudaba el Ulhamr que las dos fieras sabrían entenderse y velarían por turno junto a las piedras protectoras. Por su cerebro rodaban los relatos en que se demostraban el rencor y la tenacidad de las fieras ofendidas por el hombre. Unas veces, el furor le hinchaba el pecho, y entonces se levantaba blandiendo la maza o el hacha; pero esta cólera se apaciguaba pronto, pues a despecho de su victoria sobre el

oso gris, Naóh consideraba al hombre inferior a los grandes carnívoros. La astucia, que le había valido en la penumbra de la caverna, no tendría éxito con la hembra del tigre ni con el león gigante. Sin embargo, no entreveía otro recurso que el combate; y habrían de resignarse a morir de hambre entre las piedras, o aprovechar el momento en que la hembra estuviese sola. ¿Podría él contar en absoluto con sus jóvenes compañeros?

Se sacudió como si tuviese frío, y vió fijos en él los ojos de Gau y Nam. Su fuerza experimentó la necesidad de animarlos:

— Nam y Gau han escapado de los dientes del Oso. ¡También escaparán de las garras del León Gigante!

Los jóvenes Ulhamr volvieron la cara hacia la espantosa pareja dormida.

Naóh respondió a sus pensamientos:

— El León Gigante y la hembra no estarán siempre juntos. El hambre los separará. Cuando el León esté en la selva, nosotros peharemos; pero Nam y Gau obedecerán a mis mandatos.

La palabra del jefe hinchó de esperanza el pecho de los dos jóvenes; y la muerte misma, combatiendo con Naóh, les pareció menos temible.

El Hijo del Álamo, más rápido en la expresión, exclamó:

— ¡Nam obedecerá hasta la muerte!

El otro levantó los brazos:

— ¡Gau no teme nada al lado de Naóh!

El jefe les miraba con dulzura; aquello fué como si toda la energía del mundo descendiera a sus pechos en innumerables

sensaciones, ninguna de las cuales hallaba palabras con que expresarse; y, lanzando el grito de guerra, Nam y Gau blandieron las hachas.

Al oír el grito, los felinos se sobresaltaron; los nómadas, en señal de desafío, redoblaron sus alaridos, y entonces las fieras lanzaron resoplidos de cólera... Todo volvió a calmarse. La luz dió la vuelta sobre el bosque; el sueño de los felinos tranquilizaba a los ágiles brutos, que pasaban furtivamente a lo largo del río; los buitres, a largos intervalos, pillaban algunas tiras de carne del gamo muerto; la corola de las flores se levantaba hacia el sol; la vida se exhalaba tan densa y tenaz, que parecía tener que apoderarse del firmamento.

Los tres hombres esperaban con la misma paciencia que los animales. Nam y Gau se adormecían a ratos. Naóh, hilvanaba y deshilvanaba en su mente proyectos fugaces y monótonos, como los que hubiera hecho un mamut, un lobo o un perro. Quedábales aún carne para una comida; pero la sed empezaba a atormentarles, aunque no se haría insoportable, seguramente, sino varios días después.

Hacia el crepúsculo, el león gigante se incorporó. Lanzando una mirada de fuego sobre las piedras erráticas, se aseguró de la presencia de los enemigos. No tenía en realidad un recuerdo exacto de los acontecimientos, pero su instinto de venganza volvía a encenderse y se aumentaba al olor de los Ulhamr; resopló de cólera e hizo su ronda ante los intersticios del refugio. Acordándose al fin de que eran inabordables y lanzaban dardos, cesó de rondar y se detuvo junto a los restos del gamo, de donde los buitres no habían sacado gran cosa.

La hembra ya estaba allí. No tardaron mucho en devorar lo que quedaba; después, el gran león volvió hacia su pareja la rojiza testa. Ella huyó, retozando alegremente a la luz del crepúsculo, como una llama danzante, y desapareció en la espesura de un bosquecillo de fresnos. El gran león la siguió lentamente.

Nam, al ver que las fieras habían desaparecido, exclamó:
— ¡Se han marchado!... ¡Hay que pasar el río!

— ¿Es que Nam no tiene ya oídos ni olfato? — replicó Naóh —. ¿Acaso cree poder saltar más rápidamente que el León Gigante?

Nam inclinó la cabeza: un resplido cavernoso se levantaba de entre los fresnos, dando a las palabras del jefe un significado evidente. El joven guerrero reconoció que el peligro estaba tan próximo como antes, cuando los carnívoros dormitaban junto a las piedras basálticas.

Sin embargo, alguna esperanza había en el corazón de los Ulhamr. El león-tigre y su hembra experimentarían forzosamente la necesidad de una guarida, pues las grandes fieras duermen rara vez sobre el suelo, al aire libre, y menos en la estación de las lluvias.

Cuando los tres hombres vieron la hoguera del sol descender hacia las tinieblas, experimentaron la misma secreta angustia que, en el vasto país de los árboles y las hierbas, agita en aquellas horas a los herbívoros. Esta angustia aumentó al ver que los enemigos regresaban y volvían a olfatear la presencia

de los hombres, en el momento en que se hundía el astro rojo y un inmenso escalofrío de voces hambrientas se elevaba sobre la llanura. Las fauces monstruosas pasaban y repasaban delante de los Ulhamr y los ojos verdes danzaban como fuegos fátuos sobre un pantano. Finalmente, el león-tigre se agachó, mientras su compañera se deslizaba entre las hierbas, para ir a acechar la caza oculta entre los matorrales, a la orilla del agua.

Grandes estrellas se encendieron en las aguas del firmamento. Después, en el espacio entero tembló la palpitación de aquellas luces inmutables, y el archipiélago de la vía láctea mostró sus golfos, sus estrechos y sus claras islas.

Gau y Nam no solían contemplar los astros, pero Naóh no era insensible a ellos. Su alma confusa sacaba de las estrellas un sentido más penetrante acerca de la noche, de las tinieblas y del espacio. Creía que la mayor parte aparecían solamente como polvo de hoguera, variables todas las noches, pero que algunas volvían con persistencia. La inactividad en que vivía desde la víspera, infiltraba en su alma cierta perdida energía, que le hacía soñar ante la negra masa de los árboles y las finas luces del cielo. Y dentro de su corazón se exaltaba algo extraño que le unía más estrechamente a la tierra.

La luna se filtró por la enramada, iluminando al león gigante, agazapado entre las altas hierbas, y a la hembra, la cual, vagando de la sabana al bosque, procuraba cobrar alguna pieza. Esta maniobra inquietaba a Naóh.

Sin embargo, la hembra acabó por meterse tan adentro en la espesura, que se hubiera podido combatir a su compañero.

Si las fuerzas de Nam y Gau hubieran sido comparables a las suyas, Naóh quizá habría arriesgado la empresa. Padecía de sed, y Nam más todavía; tanto, que a pesar de no haberle llegado aún su turno en la vela, no podía dormir. El joven Ulhamr abría en la penumbra sus ojos febriles y el mismo Naóh estaba triste: jamás había sentido tan grande la distancia que le separaba de la Horda, de aquella pequeña isla de seres, fuera de la cual se perdía en la cruel inmensidad.

En medio de sus pensamientos se quedó adormecido, con ese sueño de vela que el más leve roce disipa. El tiempo pasaba debajo de las estrellas, y Naóh sólo se despertó al regresar de caza la hembra. No traía pieza alguna y parecía cansada. Levantándose, el león-tigre la olfateó profundamente, y se fué de caza, a su vez, siguiendo también la orilla del río, agazapándose en los matorrales y prolongando su camino hasta el bosque. Naóh le espiaba ávidamente. Muchas veces estuvo por despertar a sus compañeros, pues Nam había sucumbido al sueño; pero un seguro instinto le advertía que la bestia se hallaba aún demasiado cerca. Al cabo, se decidió; tocó ligeramente en el hombro a sus compañeros y, cuando estuvieron en pie, murmuró:

— Nam y Gau ¿están prontos a combatir?

Ellos respondieron:

— El Hijo del Saigá seguirá a Naóh.

— Nam combatirá con el harpón y con el venablo.

Los jóvenes guerreros contemplaron a la hembra. Aunque

estuviera acostada a alguna distancia, no dormía, sino que acechaba, vuelto el dorso a las piedras basálticas. Durante la vela, Naóh había desembarazado silenciosamente la salida. Si la atención de la fiera se despertaba en seguida, uno solo de ellos, a lo más dos, tendría tiempo de salir del refugio. Habiendo examinado las armas, Naóh empezó por sacar afuera su harpón y su maza; y después se arrastró él, con infinita prudencia. La suerte le favoreció: aullidos de lobos y gritos de antillo apagaron el ligero rumor de su cuerpo rozando la tierra. Apenas Naóh estuvo en la pradera, ya la cabeza de Gau salía del escondrijo: el joven guerrero sacó todo el cuerpo con un brusco impulso. La fiera volvió la cabeza y miró fijamente a los nómadas. Sorprendida, no atacó inmediatamente, dando tiempo a Nam para salir a su vez. Sólo entonces el



felino dió un salto y un gran maullido de alerta; después, siguió acercándose a los hombres, sin prisa, segura de que no podían escapársele. Ellos, entretanto, habían levantado sus azagayas. Nam debía lanzar la suya el primero, después Gau, y los dos apuntando a las patas. El Hijo del Alamo aprovechó un momento favorable. El arma silbó; pero hizo blanco demasiado alto, cerca del hombro de la fiera. Sea que la distancia fuese excesiva o que la punta hubiese herido de soslayo, la bestia no pareció sentir dolor alguno: sólo gruñó, precipitando el paso. Gau, a su vez, lanzó el proyectil y erró el golpe, porque la hembra logró hurtar el cuerpo. Tocábale la vez a Naóh, quien, más fuerte que sus compañeros, podía herir profundamente a la fiera. Lanzó el arma cuando aquélla se hallaba a unos veinte codos, y la alcanzó en la cerviz; pero no la contuvo, antes precipitó su embestida.

La fiera cayó aplomada sobre los tres hombres. Gau fué abatido en el acto, por un zarpazo en el pecho; pero la pesada maza de Naóh había entrado en combate, y la fiera aullaba, rota una de sus patas, mientras Nam la atacaba con la azagaya. Onduló el animal con prodigiosa rapidez, aplastó a Nam contra la tierra, y se enderezó sobre el cuarto trasero para coger a Naóh. Las monstruosas fauces se abrieron sobre él, con un soplo abrasado y fétido; una zarpa le alcanzó... La maza se desplomó nuevamente. Aullando de dolor, la fiera tuvo un vértigo que permitió al nómada deshacerse de ella y dislocarle otra pata. El animal dió una vuelta sobre sí mismo, buscando una posición de equilibrio y desgarrando el aire con la zarpa, mientras la maza iba cayendo sin descanso sobre sus

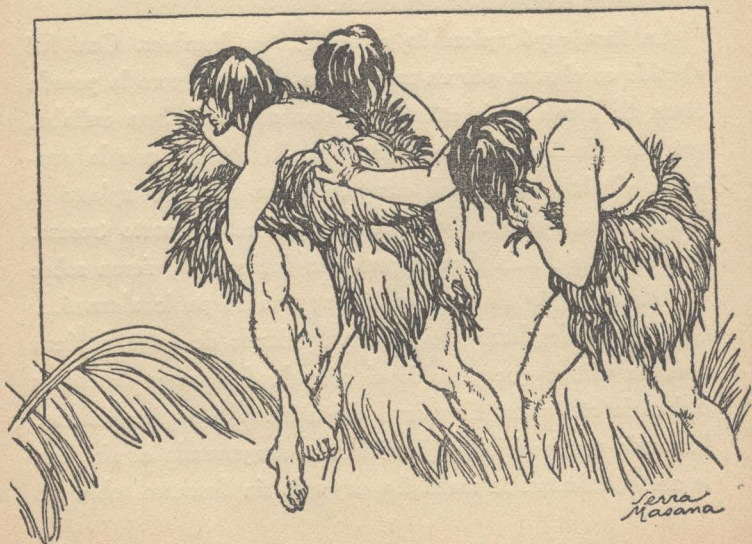
miembros. La fiera se desplomó, abatida, y Naóh hubiera podido exterminarla; pero las heridas de sus compañeros le inquietaron. Halló a Gau en pie, rojo el cuerpo de la sangre que manaba de su pecho por tres largas heridas que rayaban la carne. Nam parecía aturdido, aunque sus heridas eran ligeras; pero yacía aplastado por un profundo dolor que le abrigaba el pecho y los riñones, y no podía levantarse. A las preguntas del jefe, respondió como si estuviera atontado.

Entonces Naóh preguntó:

— ¿Puede venir Gau hasta el río?

— Gau irá hasta el río — murmuró el joven Ulhamr.

Naóh se echó al suelo, aplicó en tierra la oreja y aspiró largamente el aire... Nada revelaba la vuelta del león gigante; y como, tras la fiebre de la lucha, la sed se les hacía



ya intolerable, Naóh tomó a Nam en los brazos y le transportó hasta el borde del agua. Una vez allí, ayudó a Gau a saciar la sed, bebió él mismo largamente y abrevó a Nam, vertiéndole en la boca el agua que recogía en el hueco de la mano. Y en seguida regresó a su refugio, con Nam abrazado contra el pecho y sosteniendo a Gau, que tropezaba.

Los Ulhamr no sabían gran cosa de curar las heridas, y sólo las cubrían con algunas hojas que su instinto, más que su experiencia y reflexión, les hacía escoger entre las aromáticas. Naóh volvió a salir para buscar hojas de menta y sauce, y luego de machacarlas, las aplicó sobre el pecho de Gau. La sangre manaba más débilmente y nada advertía que las heridas debieran ser mortales. Nam iba saliendo de su estupor, aunque sus miembros y en especial las piernas, permanecían inertes. Y Naóh prodigaba palabras sagaces:

— Nam y Gau han combatido como valientes... Los hijos de los Ulhamr proclamarán su valor.

Las mejillas de los jóvenes se animaron, con el gozo de ver, una vez más, victorioso a su jefe.

— ¡Naóh ha aterrado al Tigre — murmuró el Hijo del Saigá, con voz profunda —, tal como había derribado al Oso Gris!

— ¡No hay guerrero tan fuerte como Naóh! — gemía Nam.

Entonces, el Hijo del Leopardo repitió las palabras de esperanza con tal fuerza, que los heridos saborearon la dulzura del porvenir.

— ¡Nosotros conquistaremos el Fuego!

Y añadió:

— El León Gigante está lejos todavía... Naóh va a cazar. El nómada exploraba la llanura, sin alejarse del río. Alguna vez se detenía delante de la fiera mutilada. Estaba viva, y bajo la carne ensangrentada, los ojos brillaban, intactos, ace-



chando al poderoso guerrero que se movía en torno suyo. Las heridas del costado y del dorso eran ligeras; pero las patas no podrían herir sino al cabo de mucho tiempo.

Naóh se paraba junto a la fiera vencida, y como le atribuía impresiones semejantes a las del hombre, exclamaba:

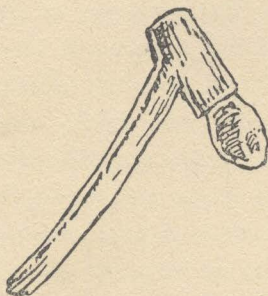
— Naóh ha roto las patas de la mujer del León Gigante... y la ha dejado más débil que una loba.

Al acercarse el guerrero, ella se incorporaba, lanzando un gruñido de cólera y miedo. Naóh levantaba la maza:

— ¡Naóh puede matar a la mujer del León Gigante... y ella no puede levantar una sola de sus garras contra Naóh.

Se oyó un rumor confuso; agachóse Naóh, arrastrándose entre las altas hierbas, y aparecieron unas ciervas, huyendo de

perros invisibles, pero cuyos ladridos resonaban lejos. Apenas percibieron el olor de la fiera herida y del hombre, se echaron al agua; pero silbó el dardo de Naóh, y una de las ciervas, herida en un costado, quedó a merced de la corriente. De algunas brazadas la alcanzó el guerrero, la mató de un mazazo, la cargó en su espalda y se la llevó al refugio, a paso ligero, pues olía el peligro cercano... Mientras se deslizaba entre las piedras, el león gigante brotó de la selva.



VI

LA FUGA

Seis días habían pasado desde el combate de los nómadas con la fiera. Las heridas de Gau se cicatrizaban, pero aún no había podido recuperar la fuerza perdida con la sangre. Nam no padecía ya; mas una de sus piernas le pesaba en exceso. Naóh se consumía de impaciencia e inquietud. Todas las noches, el león gigante se ausentaba más lejos, pues la caza conocía cada vez mejor su presencia, que saturaba las penumbras del bosque y llenaba de horror las orillas del río. Como era voraz y continuaba alimentando a la hembra inválida, su tarea era ruda. Muchos días uno y otra pasaban hambre y su vida era más miserable e inquieta que la de los mismos lobos.

La hembra iba sanando; pero se arrastraba sobre la sabana con tanta lentitud y con las patas tan inhábiles, que Naóh apenas tenía que alejarse para ir a recordarle su derrota. No quería matarla, porque el cuidado de darle alimento fatigaba al león gigante y prolongaba sus ausencias. Entre el hombre y la fiera mutilada se iba estableciendo una especie de hábito. Al principio, las imágenes del combate, reavivándose en ella, le levantaban de cólera y miedo el pecho; y escuchaba rabiosamente la voz articulada del hombre, aquella voz irregular y variable, tan distinta de las voces que roncan, aullan o rugen.



La fiera alzaba su achaparrada cabeza, y enseñaba las formidables armas de sus mandíbulas.

Naóh, haciendo un molinete con la maza o levantando el hacha, repetía:

— ¿Qué valen esas garras? Naóh puede romperte los dientes con la maza o abrirte el vientre con el venablo. ¡La hembra del Tigre, comparada con Naóh, puede tan poco como el Saigá o el Gamo!

La bestia se acostumbraba a estos discursos, y al blandir de las armas, y fijaba la luz verde de sus ojos, ya abiertos del todo, sobre la singular silueta vertical. Aunque se acordaba de los terribles mazazos, no temía otros, pues todos los brutos sólo creen en la persistencia de lo que ven renovarse. Como cada vez Naóh levantaba la maza sin abatirla, ella confiaba en

que no volvería a descargarla nunca; y como, por otra parte, había conocido que el hombre era temible, tampoco le consideraba ya como una presa, antes por el contrario, familiarizábase con su presencia, según esa familiaridad sin objeto que constituye, para todos los animales, una especie de simpatía. Naóh, al cabo, hallaba un cierto placer en perdonarle la vida, pues así su victoria era más continua y cierta. De suerte que también él llegó a sentir por ella una confusa inclinación.

Llegó un día en que, durante la ausencia del león gigante, Naóh no fué ya solo al río, sino que Gau iba penosamente en pos de él. Y cuando habían bebido, ambos llevaban agua para Nam en el hueco de una corteza. Una noche, la fiera mutilada, arrastrándose con ayuda de su cuerpo más bien que con las patas, llegó a la orilla del agua y bebía penosamente, pues las márgenes eran harto inclinadas. Naóh y Gau se echaron a reír.

El Hijo del Leopardo decía:

— Una Hiena es ahora más fuerte que la hembra del Tigre...
¡Los lobos la matarían!

Después, habiendo llenado la corteza, se complació en la jactancia de ponerla delante de la fiera, la cual, gimiendo suavemente, bebió. Esto les divertía tanto, que Naóh volvió a ofrecerle agua, y a exclamar burlescamente:

— ¡La mujer del León Gigante no sabe ya beber en el río!
Y se gozaba en su propia pujanza.

Al octavo día, Nam y Gau se consideraron con bastantes fuerzas para atravesar la llanura; y Naóh preparó la fuga para

la noche, que cerró húmeda y densa. El rojizo crepúsculo, color de arcilla, se arrastró largo tiempo en el fondo del cielo. Las hierbas y los árboles se doblaban bajo la llovizna; caían las hojas con ruido de alas frágiles y rumor de insectos. De la profundidad de la espesura y de los temblorosos matorrales, se elevaban estruendosos lamentos, porque las fieras estaban tristes y las que no tenían hambre se enterraban en sus hondas guaridas.

Toda la tarde el león gigante había mostrado un gran mal-estar. Despertó de su sueño estremeciéndose: la imagen de un cómodo refugio, como la caverna donde había vivido antes del terremoto, atravesaba su memoria. Había escogido un hoyo en la sabana, y lo había preparado para sí mismo y para su nueva hembra. Pero no moraba allí a su gusto, y Naóh pensaba que aquella noche, al mismo tiempo que partiría para la caza, buscaría el león algún cobijo mejor. Así, su ausencia sería larga, y los Ulhamr tendrían tiempo de atravesar el río. La llovizna favorecería su retirada, pues al mojar la tierra borraría el olor de las huellas, y el león gigante era poco experto en seguirlas.

Poco antes del crepúsculo, el felino empezó a merodear. Al principio exploró las inmediaciones, se convenció de que no había caza alguna cercana, y después, como todas las noches, se hundió en la selva. Naóh aguardó, dudando, pues el olor demasiado húmedo de los vegetales no dejaba traspasar fácilmente el de las fieras, y el ruido de las hojas y de la lluvia distraía el oído. Al fin, dió la señal y púsose a la cabeza de la expedición, mientras Nam y Gau le seguían a derecha e iz-

quierda. Esta táctica permitía prever mejor los encuentros y hacía más circunspectos a los nómadas.

Ante todo, era necesario franquear el río. Naóh, en sus diarias salidas, había descubierto un punto vadeable hasta la mitad de la corriente. Luego sería preciso nadar hasta una roca, donde recomenzaba el vado. Antes de emprender el paso del río, los guerreros embrollaron sus huellas, dando algunos rodeos junto a la orilla, en direcciones contrarias, deteniéndose y fijando la planta de manera que se reforzara la impresión de sus pasos. No convenía tampoco dirigirse en línea recta al vado, y lo hicieron echándose al agua en otro sitio para alcanzarlo luego a nado.

Una vez en la orilla opuesta, volvieron a confundir sus pasos, describiendo largas cruces y caprichosas curvas, y luego se alejaron andando por encima de brazadas de hierba arrancada en la sabana: ponían los haces de dos en dos, pasaban, y entonces los retiraban para ponerlos de nuevo más adelante. Era esta una estratagema con la cual el hombre sobrepujaba al ingenio del ciervo y la astucia del lobo. Cuando hubieron salvado así trescientos o cuatrocientos codos, juzgaron haber hecho lo bastante para despistar toda persecución, y continuaron su viaje en línea recta.

Avanzaron un rato en silencio. De pronto, Gau y Nam se miraron, mientras Naóh aguzaba el oído. A lo lejos había sonado un gruñido ronco, que se repitió tres veces, seguido de un largo maullido.

Nam exclamó:

— ¡Es el León Gigante!

— ¡Caminemos más aprisa! — murmuró Naóh.

Anduvieron un centenar de pasos más, sin que se turbase la quietud de las tinieblas; luego, el rugido sonó más cercano.

— ¡El León Gigante está a la orilla del río!

Apresuraron más aún su carrera. Los rugidos seguían bruscos, estridentes, llenos de cólera y de impaciencia. Conocieron los nómadas que la fiera corría, siguiendo las embrolladas huellas de los hombres; y su corazón les golpeaba el pecho como el hacha al chocar contra la corteza de un árbol, porque se consideraban desnudos y débiles en medio de la densa penumbra. Mas ésta, por otra parte, les tranquilizaba, ocultándoles a la vista de los animales nocturnos. El león gigante no podía seguirles sino pisando sus huellas; y si llegaba a atravesar el río, se encontraría con la estratagema de los hombres, ignorando por donde habían andado.

Un rugido formidable rasgó el espacio; Nam y Gau se acercaron a Naóh:

— ¡El Gran León ha pasado el río! — murmuró Gau.

— ¡Seguid! — respondió imperiosamente el jefe, mientras él se detenía y echaba al suelo para oír mejor las vibraciones de la tierra. Uno tras otro, sonaron otros rugidos.

Naóh, levantándose, exclamó:

— ¡El Gran León está todavía en la otra orilla!

La voz rugiente amenguaba; la fiera abandonaba la persecución y se iba retirando hacia el Norte. Era poco probable que otro gran felino irrumpiera en aquellos parajes, y en cuanto al oso gris, raro ya en el sitio donde Naóh lo había combatido, debía de ser casi imposible hallarlo tan lejos, en la dirección

Sur. Y siendo tres, no temían ni al leopardo ni a la gran pantera.

Anduvieron largo tiempo. Aunque la llovizna hubiese cesado, las tinieblas eran profundas. Una espesa muralla de nubes cubría las estrellas, y sólo se percibían esas ligeras fosforescencias que se escapan de las plantas o se posan sobre las aguas. Alguna bestia resollaba en el silencio, o se oía el roce de sus patas; sordos gruñidos rodaban sobre la mojada hierba; algunas fieras, cazando, aullaban, gruñían, ladraban.

Los Ulhamr se detuvieron para recoger los ruidos y los olores, que constituyen algo así como el merodeo aéreo de los animales. Finalmente, Nam y Gau comenzaron a cansarse. Nam sentía una cierta debilidad alrededor de sus huesos; las heridas de Gau estaban más ardientes; había, pues, que buscar un abrigo. Pero todavía salvaron otros cuatro mil codos: el aire se volvió más húmedo, el soplo del espacio se hinchó; y así adivinaron que se hallaban cerca de una gran masa de agua. Muy pronto se cercioraron de ello.



Todo parecía tranquilo. Apenas si algún que otro rumor furtivo anunciaba la fuga de una bestezuela, o algún bulto aparecía y desaparecía de un rápido salto. Naóh acabó por escoger un inmenso álamo negro. El árbol no podía ofrecer defensa alguna contra las fieras, pero en las tinieblas, ¿cómo hallar un refugio seguro o que no estuviera ya ocupado? El musgo estaba mojado y el tiempo era fresco. Mas eso poco importaba a los Ulhamr, cuya piel era tan resistente a la inclemencia como la del oso o la del jabalí. Nam y Gau, tendidos en el suelo, se sumieron al instante en un profundo sueño. Naóh velaba: no sentía cansancio, pues había reposado largamente junto a las piedras basálticas. Y bien preparado a las caminatas, a los trabajos y a los combates, resolvió prolongar su guardia, a fin de que Nam y Gau recuperaran del todo sus fuerzas.





SEGUNDA PARTE

I

LAS CENIZAS

Largo tiempo estuvo sumido en aquella obscuridad sin astros. Después, una claridad se filtró por Oriente. Suavemente extendida por la espuma de las nubes fué descendiendo como un tapiz de perlas. Entonces Naóh vió que cerraba el camino del Sur un lago, tan grande, que sus ojos no le hallaban fin. El lago vibraba lentamente, y el nómada se preguntó si convendría contornearlo hacia el Este, donde se distinguía una serie de colinas, o hacia el Oeste, pálido y llano, entrecortado de árboles.

La luz era débil todavía, y la brisa se deslizaba delicadamente desde la tierra sobre las aguas; en las altas regiones se levantó un fuerte viento que empujaba y agujereaba las nubes. La luna, en su último cuarto, acabó por dibujarse entre las hilachas vaporosas; y muy pronto su imagen apareció reflejada en la gran cisterna azul. A la penetrante vista de Naóh, el paraje se abrió hasta las mismas fronteras del horizonte: hacia Levante, distinguía el Ulhamr costas y líneas arborescentes, esfumadas a contra luz, que indicaban la ruta del viaje; al Sur y hacia el Oeste, el lago se extendía sin límites.

Reinaba un silencio que parecía esparcirse desde el agua

hasta la argentina mitad de la luna; la brisa se volvió tan débil, que apenas arrancaba, a intervalos, un suspiro de las hojas.

Cansado de su inmovilidad, impaciente para precisar su visión, salió el nómada de la sombra del álamo y registró el paraje, a lo largo de la orilla. Según la disposición del terreno y de los vegetales, el sitio se abría anchamente o se estrechaba, y las fronteras orientales del lago le parecían más rotundas. Numerosas huellas descubrían el paso de fieras y manadas.

De pronto, con un fuerte estremecimiento, el nómada se detuvo; sus ojos y sus narices se dilataron; su corazón palpitó de ansiedad y de extraño arrebató; los recuerdos se levantaron tan enérgicos, que creyó ver el campamento de los Ulhamr, el hogar humeante y la flexible figura de Gamla. Y era que, en medio de la verde hierba, se abría un claro con brasas apagadas y ramas a medio consumir. El viento no había dispersado aún el polvo blanquecino de las cenizas.

Naóh imaginó la quietud de un campamento, el aroma de la carne asada, el dulce calor y los rojos saltos de la llama; pero, simultáneamente, presentía al enemigo.

Lleno de temor y de prudencia, se arrodilló para examinar mejor la huella de los formidables merodeadores. Muy pronto averiguó que se trataba, a lo menos, de tres veces tantos guerreros como dedos tenían sus dos manos, y nada de mujeres ni de viejos y niños. Era una de esas expediciones de caza y descubierta, que las hordas enviaban a veces a grandes distancias. El estado de los huesos y las fibras de carne concordaban con las indicaciones que le daba la hierba.

Importaba mucho a Naóh saber de dónde venían los cazadores y por dónde habían pasado. Temió que pertenecieran a la raza de los Devoradores de Hombres, quienes, desde la juventud de Goún, ocupaban los territorios meridionales, a los dos lados del Gran Río. La corpulencia de esta raza era mayor que la de los Ulhamr y la de todas las razas conocidas por los jefes y los ancianos. Eran los únicos en comer la carne de sus semejantes, sin preferirla, no obstante, a la de los grandes ciervos, los jabalíes, los gamos, los corzos, los caballos y los hemionos. Su número no parecía considerable: sólo se hablaba de tres hordas, puesto que Uag, Hijo del Lince, el más grande merodeador nacido entre los Ulhamr, había encontrado en todas partes hordas que no comían carne humana.

Mientras estos recuerdos le asaltaban, no cesaba Naóh de seguir las huellas impresas en el suelo, entre las plantas. La tarea era fácil, pues los errantes, confiados en su número, habían desdeñado disimular su paso. Habían costeado el lago



hacia Oriente y se encaminaban, sin duda, a las riberas del Gran Río.

Dos planes se presentaron al nómada: alcanzar a los expedicionarios, antes de que llegaran a sus tierras de caza, y robarles el Fuego por medio de la astucia; o bien adelantarse, llegar antes que ellos a la Horda, privada entonces de sus mejores guerreros y acechar el momento favorable.

A fin de no tomar una ruta equivocada, era necesario seguirles la pista desde luego. Y la salvaje imaginación no cesaba de ver, a través de las aguas, las colinas y las estepas, a los vagabundos que llevaban consigo la fuerza soberana de los hombres. El ensueño de Naóh tenía la precisión de las realidades; estaba lleno de actos, lleno de energías, lleno de actitudes eficaces. Largo tiempo se abandonó a ellas, mientras la brisa se ablandaba, se ocultaba, se desvanecía de hoja en hoja y de tallo en tallo.





Finalmente, desde la cima de un montículo, ocultos entre tupidas hierbas y sacudidos por una emoción terrible, divisaron el Fuego. (Pág. 106.)

II

AL ACECHO

Tres días iban pasados desde que los Ulhamr seguían la pista de los Devoradores de Hombres. Anduvieron al principio a lo largo del lago, hasta el pie de las colinas; después entraron en un territorio donde los árboles alternaban con las praderas. Su tarea fué descansada, pues los vagabundos avanzaban sin la menor precaución, y encendían grandes hogueras, para asar la caza o combatir el frío de las noches brumosas.

Naóh, al contrario, usaba continuamente de la astucia para engañar a los que pudieran seguirles. Escogía el suelo duro y las hierbas flexibles, que se enderezan pronto; aprovechaba los lechos de los arroyos, pasaba vadeando o a nado ciertos recodos del lago, y a veces entremezclaba las huellas. No obstante estas precauciones, ganaba terreno. Al final del tercer día, estaba tan cerca de los Devoradores de Hombres, que creyó poder alcanzarles caminando durante la noche.

— Nam y Gau deben aprontar sus armas y su valor — les dijo —. Esta noche volverán a ver el Fuego.

Los jóvenes guerreros, al soñar en la alegría de ver saltar las llamas, respiraban más fuertemente; pero su aliento disminuía al pensar en la fuerza del enemigo.

— Empecemos por descansar — prosiguió el Hijo del Leo-

pardo —. Nos acercaremos a los Devoradores de Hombres, mientras duerman, y veremos de engañar a los que velen.

Nam y Gau concibieron la proximidad de un peligro mayor que los que habían corrido hasta entonces. La leyenda de los Devoradores de Hombres era espantosa: sus fuerzas, su audacia y su ferocidad sobrepasaban a las de todas las hordas conocidas. Algunas veces, los Ulhamr habían sorprendido y exterminado grupos poco numerosos de esos hombres; y más frecuentemente, habían sido los Ulhamr los que perecieron al filo de sus hachas y al golpe de sus mazas de roble.

Según el viejo Goún, aquellos hombres se parecían al oso gris; sus brazos eran más largos que los de los demás hombres; sus cuerpos tan velludos como el de Aghoo y sus hermanos, y, por lo mismo que devoraban los cadáveres de sus enemigos, llevaban el espanto a las hordas cobardes.

Cuando el Hijo del Leopardo hubo hablado, Nam y Gau, temblando, inclinaron la cabeza y tomaron después el necesario reposo hasta mediada la noche.

Se levantaron antes que el creciente lunar hubiese blanqueado el fondo del cielo. Habiendo reconocido Naóh con antelación la pista, empezaron a andar en las tinieblas. Al salir la luna, conocieron que se habían desviado; luego volvieron a encontrar la ruta. Sucesivamente, atravesaron un matorral, anduvieron a lo largo de tierras pantanosas y pasaron un pequeño río.

Finalmente, desde la cima de un montículo, ocultos entre

tupidas hierbas y sacudidos por una emoción terrible, divisaron el Fuego.

Nam y Gau daban diente con diente; Naóh permanecía inmóvil, rotos los jarretes y ronca la respiración. Tras tantas noches pasadas en medio del frío, la lluvia y las tinieblas; después de tantas luchas — el hambre, la sed, el oso gris, la hembra del tigre y el león gigante — aparecíasele, al fin, el Signo deslumbrador de los Hombres.

En un llano cruzado por hileras de terebintos y sicomoros, no lejos de una charca, había una hoguera en semicírculo, cuyas llamas languidecían alrededor de los tizones, lanzando un fulgor de crepúsculo que embebía, bañaba y vivificaba la estructura de las cosas.

Langostas rojas, luciérnagas de rubí, de carbunclo y topacio, agonizaban en la brisa; alas escarlatinas crugían al dilatarse; una brusca humareda subía en espiral y se aplastaba luego en el claro de luna; estas llamas se enderezaban como víboras, otras palpitaban como ondas, otras eran imprecisas como nubes.

Los hombres dormían, cubiertos de pieles de ciervo gigante, de lobo, de carnero montaraz, con el pelo aplicado al cuerpo. Las hachas, las mazas y los dardos estaban esparcidos por el suelo; dos guerreros velaban. Uno, sentado sobre la provisión de leña seca y abrigados los hombros por una piel de macho cabrío, tenía en la mano un venablo. Un rayo como de cobre hería su rostro, recubierto hasta los ojos por un vello semejante al pelo de la zorra. Su cuero velludo recordaba el de los carneros montaraces; abultaban su boca unos labios enormes

bajo una nariz aplastada, de ventanillas circulares; tenía pendientes unos brazos largos como los del chimpancé, mientras sus piernas se doblaban, cortas, gruesas y arqueadas.

El otro centinela andaba furtivamente alrededor del hogar. Se detenía a intervalos, aguzaba el oído, sus narices interrogaban el aire húmedo que volvía a caer sobre la llanura, a medida que se elevaban los vapores recalentados. De una estatura igual a la de Naóh, tenía el cráneo enorme, con orejas de lobo, puntiagudas y retráctiles; los cabellos y la barba crecían en matojos separados por islotes de piel azafranada; sus ojos, fosforescentes en la penumbra, se ensangrentaban al



reflejo de la llama; tenía los pectorales levantados en cono, el vientre plano, el muslo triangular, la tibia como filo de hacha; y sus pies hubieran sido pequeños a no haber tenido los dedos tan largos. Todo su cuerpo, pesado y macizo como el de los búfalos, denotaba una fuerza inmensa; pero era menos apto para la carrera que el de los Ulhamr.

El centinela había interrumpido su paseo y alargaba el cuello hacia la colina. Sin duda le inquietaba alguna vaga emanación, en que no reconocía ni el olor de las bestias ni de la gente de su Horda, mientras que el otro vigilante, dotado de olfato menos sutil, dormitaba.

— ¡Estamos demasiado cerca de los Devoradores de Hombres! — hizo notar Gau en voz baja —. El viento les lleva nuestra pista.

Naóh movió la cabeza, pues temía mucho más al olfato del enemigo que a su vista o su oído.

— ¡Hay que ponernos a contra viento! — añadió Nam.

— El viento sigue la ruta de los Devoradores de Hombres — respondió Naóh —. Si nosotros nos ponemos delante, serán ellos los que vendrán detrás de nosotros.

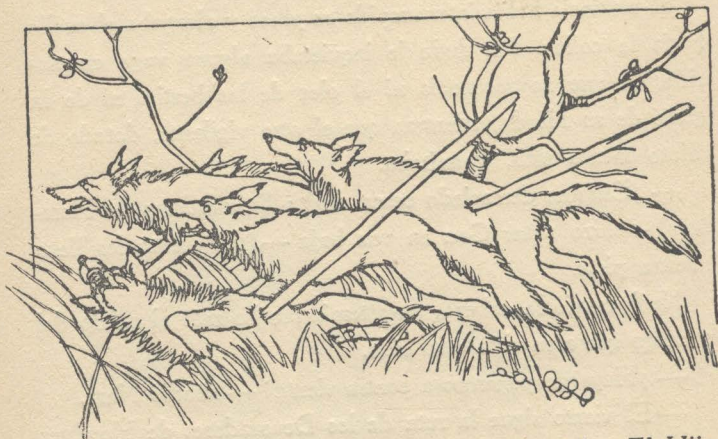
No tenía necesidad de explicar sus palabras: Nam y Gau sabían, como lo saben las fieras, la necesidad de seguir y no de preceder a la caza, a no ser que se quiera preparar un lazo.

Entretanto, el vigilante dirigió la palabra a su compañero, el cual hizo un gesto negativo. Pareció que iba a sentarse a su vez; pero mudó de propósito y se encaminó hacia la colina.

— Hay que retroceder — dijo Naóh.

Buscó con la mirada un refugio que pudiese atenuar las

emanaciones. Un espeso matorral crecía junto a la cúspide de la colina; los Ulhamr penetraron en él y como la brisa era suave, perdíase en la espesura, llevándose un efluvio demasiado débil para el olfato de un hombre. Poco después el vigilante se detuvo, y luego de hacer algunas profundas aspiraciones, volvió al campamento.



Los Ulhamr permanecieron largo tiempo inmóviles. El Hijo del Leopardo imaginaba estratagemas, vueltos los ojos al apagado resplandor de la hoguera; pero no daba con algo hacedero, pues si bien el menor obstáculo engaña una vista penetrante, y es posible andar con bastante suavidad por la estepa, para engañar al antílope o al hemiono, el olor, en cambio, se esparce al pasar y se conserva en la pista: únicamente la distancia y el viento contrario lo esconden...

El gañido de un chacal hizo levantar la cabeza al vigoroso nómada. Escuchó en silencio y luego se rió ligeramente.

— Estamos en el país de los chacales — dijo —. Nam y Gau irán a matar uno.

Sus compañeros se volvieron a mirarle, atónitos, y él prosiguió:

— Naóh se quedará aquí vigilando... El chacal es tan astuto como el lobo: jamás ha podido acercársele ningún hom-



bre; pero siempre está hambriento. Nam y Gau dejarán en tierra un trozo de carne y aguardarán a poca distancia. El chacal acudirá; se acercará y se alejará; después se acercará y se lejará otra vez; luego os rodeará a vosotros y a la carne. Si no os movéis para nada, si vuestra cabeza y vuestras manos son como la piedra, pasado un rato se echará sobre la carne. Llegará y habrá partido ya. Vuestra azagaya debe ser más ligera que él.

Nam y Gau partieron en busca de los chacales. No es difícil seguirles, pues su voz los denuncia, y saben que ningún ani-

mal los busca para apresarlos. Los dos Ulhamr los encontraron junto a un grupo de terebintos. Eran cuatro, encarnizados en unos huesos cuyas hilachas habían ya roído. No huyeron al ver a los hombres; sólo tenían fijos en ellos las vigilantes pupilas, y gañeron por lo bajo, prontos a escapar en cuanto se juzgaran demasiado cerca de los que llegaban.

Nam y Gau hicieron lo que había indicado Naóh. Pusieron en el suelo un pedazo de ciervo, y habiéndose alejado, se quedaron tan inmóviles como el tronco de los terebintos. Los chacales comenzaron a merodear, a paso corto, sobre la hierba. Sus temores se debilitaban al olorcillo de la carne. Aunque hubiesen hallado muchas veces en su camino a la bestia vertical, los chacales no conocían su astucia. Sin embargo, juzgándola más fuerte que ellos, no la seguían sino a distancia; y porque su inteligencia era fina, porque sabían que el peligro siempre existe, lo mismo en plena luz que en medio de las tinieblas, obraban con desconfianza. Así, pues, largo tiempo estuvieron dando vueltas cerca de los Ulhamr, trazando muchos círculos, escondiéndose en los bosques de terebintos, saliendo de ellos y rodeando frecuentemente los inmóviles cuerpos. La media luna se enrojeció en Oriente antes de que terminaran sus dudas y su paciencia.

Sin embargo, cada vez se acercaban con más osadía; llegaban hasta veinte codos del cebo, y se detenían largo rato, rezonando. Finalmente, su codicia se exasperó; y entonces se decidieron, precipitándose todos a la vez, para no dejar ninguna ventaja unos sobre los otros. Esto fué tan rápido como lo había dicho Naóh; pero las azagayas fueron más rápidas todavía y

atravesaron los flancos de dos chacales, mientras los demás se llevaban la presa. Luego las hachas segaron lo que de vida quedaba a los animales heridos.

Cuando Nam y Gau llevaron los despojos a Naóh, éste se echó a reír y les dijo:

— Ahora podremos engañar a los Devoradores de Hombres, pues el olor de los chacales es mucho más fuerte que el de los Ulhamr.

El Fuego se había despertado, nutrido de ramas secas, y llevaba sus llamas humeantes y devoradoras. A su resplandor se veía más claramente a los dormidos, echados en el suelo, con sus armas y provisiones; otros dos centinelas habían relevado a los anteriores, sentados los dos, baja la cabeza y sin sospechar el peligro.

— Esos — dijo Naóh, después de haberlos contemplado con atención — son más fáciles de sorprender... Nam y Gau han cazado los chacales; el Hijo del Leopardo va a cazar a su vez.

Descendió del montecillo, llevando la piel de uno de los chacales, y desapareció en la maleza que se extendía hacia Poniente. Al principio se alejó de los Devoradores de Hombres, a fin de no descubrirse. Atravesó la maleza, se arrastró por en medio de las hierbas altas, rodeó una charca sombreada de mimbreras y cañaverales, dió la vuelta a unos tilos, y por fin se encontró a unos cuatrocientos codos del fuego, dentro de un matorral.

Los vigilantes no se habían movido. Apenas si uno de ellos percibió el olor de la piel de chacal, que no podía inspirarle inquietud alguna. Y Naóh logró así llenarse los ojos de todos los pormenores del campamento. Midió primeramente el número y la contextura de los guerreros. Casi todos tenían una musculatura

imponente;

con bustos

corpulentos,

servidos por

brazos largos

y piernas cor-

tas. El Ul-

hamr pensó

que ninguno de ellos le adelan-

taría en la carrera. Luego exami-

minó la configuración del terreno:

un espacio desnudo, completa-

mente raso, le separaba, a la de-

recha, de un pequeño montículo;

después había algunos arbustos,

y más allá un bancal de hierbas

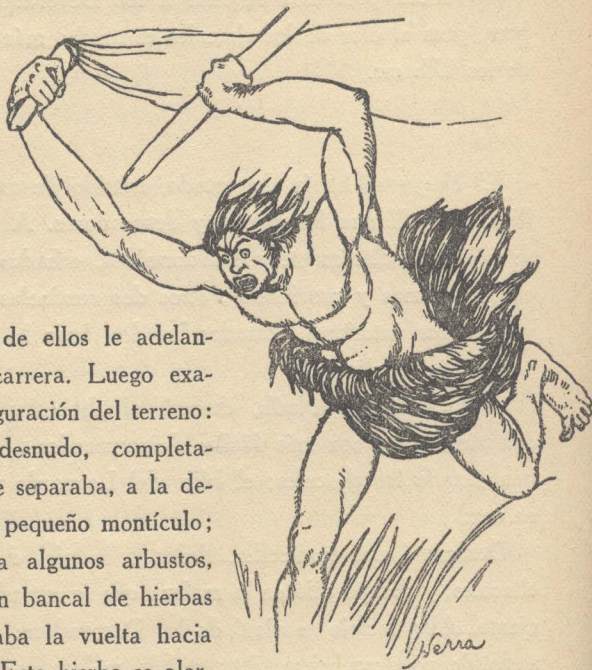
altas, que daba la vuelta hacia

la izquierda. Esta hierba se alar-

gaba formando una especie de promontorio hasta llegar a unos

cinco o seis codos del Fuego.

Naóh no estuvo largo tiempo indeciso. Como los vigilantes casi le volvían la espalda, se arrastró hacia el montículo. No





podía apresurarse. A cada movimiento de los centinelas, se detenía y se pegaba al suelo como un reptil. Sentía sobre sí mismo el doble resplandor de la hoguera y de la luna. Finalmente se encontró en sitio que le ocultaba; y deslizándose detrás de los arbustos, atravesó la faja de hierba y llegó junto al Fuego.

Los dormidos guerreros casi le rodeaban, y la mayoría de ellos se hallaban a tiro de azagaya. Si los centinelas daban la voz de alarma, al menor falso movimiento, Naóh se vería cogido. Sin embargo, había para él una circunstancia favorable: el viento soplaba en dirección suya, llevando a la vez y ahogando en el humo de la hoguera su propio olor y el de la piel del chacal. Además, los vigilantes parecían casi amodorrados; apenas si sus cabezas se alzaban de tarde en tarde...

Naóh apareció a plena luz, dió un salto de leopardo, tendió

la mano y cogió un tizón. Volvía ya hacia la faja de hierba, cuando resonó un aullido, mientras uno de los centinelas acudía y el otro lanzaba su azagaya. Casi al mismo tiempo diez bultos se enderezaron.

Antes que ningún Devorador de Hombres hubiera echado a correr, Naóh había traspasado ya la línea por donde podían cortarle la retirada. Y lanzando su grito de guerra, volaba en línea recta hacia el montecillo donde le aguardaban Nam y Gau.

Los Kzams le seguían, desparramados, lanzando salvajes gruñidos. A pesar de sus cortas piernas, eran ágiles, pero no lo bastante para alcanzar a Naóh, quien, blandiendo el tizón, saltaba delante de ellos como un gamo. Cuando llegó al montecillo, llevaba quinientos codos de ventaja. Nam y Gau estaban de pie, aguardándole.

— ¡Huid! ¡Adelante! — les gritó el jefe.

Sus esbeltas siluetas partieron en carrera tan rápida como la de Naóh, quien se regocijó entonces de haber preferido aquellos hombres flexibles a los guerreros más maduros y vigorosos. Huyendo de los Kzams, los dos jóvenes les ganaban dos codos sobre cada diez saltos. El Hijo del Leopardo les seguía sin esfuerzo, deteniéndose de vez en cuando para examinar el tizón. Sus ansias se repartían entre la inquietud de la fuga y el deseo de no perder la centelleante pavesa por la cual había realizado tan duros esfuerzos. La llama se había extinguido, y sólo restaba un fulgor rojo que iba subiendo muy despacio hacia la parte húmeda de la rama. Sin embargo, aquel fulgor era bastante vivo para que Naóh esperara, al primer descanso, reanimarlo y hacerlo crecer.

Cuando la luna estuvo en el tercio de su carrera, los Ulhamr se hallaron ante una red de charcas. Esta circunstancia no era desfavorable; recorrían un sendero ya conocido, el mismo que les había descubierto la presencia de los Kzams, estrecho y sinuoso, pero seguro y asentado sobre pórfido. Se metieron en él sin vacilación e hicieron alto.

Apenas si dos hombres podían avanzar juntos por aquella calzada, sobre todo si querían combatir. Y como los Kzams tendrían que correr gran riesgo o rodear la posición, a los Ulhamr les sería fácil dejarles atrás. Naóh calculaba esas ventajas con su doble instinto de animal y de hombre, y vió que tenía tiempo de alimentar el Fuego. La brasa se había vuelto más pequeña: se obscurecía, se debilitaba por momentos.



Los nómadas buscaron hierba y leña seca. Las cañas ajadas, la grama amarillenta, las ramas muertas de sauce abundaban; pero toda aquella vegetación estaba húmeda. Arrancaron algunas ramitas afiladas, de hojas y briznas muy finas.

La brasa, casi extinta, se avivaba apenas al soplo del jefe. Varias veces las puntas de las hojas se animaron con un fulgor ligero que crecía un instante, se detenía y vacilaba, al borde de la brizna, pero siempre decrecía y moría, vencido por la humedad. Entonces Naóh pensó en el pelo de chacal. Arrancó de la piel varios puñados y probó de obtener una llama. Algunos pelos largos enrojecieron; la alegría y el temor oprimieron a los Ulhamr; cada vez, no obstante, a pesar de infinitas precauciones, la delgada palpitación del fuego se detuvo y extinguió... ¡Ya no había esperanza! La ceniza sólo proyectaba un brillo débil; la última partícula escarlata iba decreciendo, al principio del tamaño de una avispa, después como una mosca, luego como esos insectos minúsculos que flotan en la superficie de las charcas. Al fin, todo se extinguió; y una tristeza inmensa heló el alma de los Ulhamr y la dejó vacía...

El débil resplandor había sido la magnífica realidad del mundo; iba a crecer, iba a tomar duración y poderío; iba a alimentar las hogueras del campamento, espantar al león gigante, al tigre, al oso gris, combatir las tinieblas y dar a la carne un sabor delicioso. Ellos la llevarían resplandeciente a la Horda, y la Horda reconocería su fuerza... Mas he aquí que, apenas conquistada, había muerto; y los Ulhamr, después de los peligros de la tierra, de las aguas y de las fieras, iban a conocer las acechanzas de los hombres.

III

A ORILLAS DEL GRAN RÍO

Naóh seguía corriendo delante de los Kzams. Duraba ya ocho días la persecución, ardiente, continua, llena de añagazas. Los Devoradores de Hombres, ya sea por miedo del porvenir — pues los Ulhamr podían ser los exploradores de una herda —, o bien por instinto exterminador y por odio a los extraños, desplegaban una furiosa energía. La resistencia de los fugitivos no cedía a su velocidad; hubieran podido, cada día, ganar de cinco a seis mil codos. Pero Naóh se encarnizaba en la conquista del Fuego. Todas las noches, después de haber asegurado a Nam y Gau el avance conveniente, iba a merodear alrededor del campamento enemigo. Dormía poco, pero dormía profundamente.

Como las peripecias de esta persecución exigían numerosos rodeos, el Hijo del Leopardo se vió constreñido a derivar considerablemente hacia el Oriente; tanto, que al octavo día divisó el Gran Río. Fué desde la cima de una colina cónica, vaciada en pórfido, en la cual las inundaciones, las lluvias y los vegetales habían roído los cantos, abierto alfoces y arrancado rocas, pero que aun resistiría, durante milenios, a la tai-mada paciencia y a los brutales golpes de los elementos.

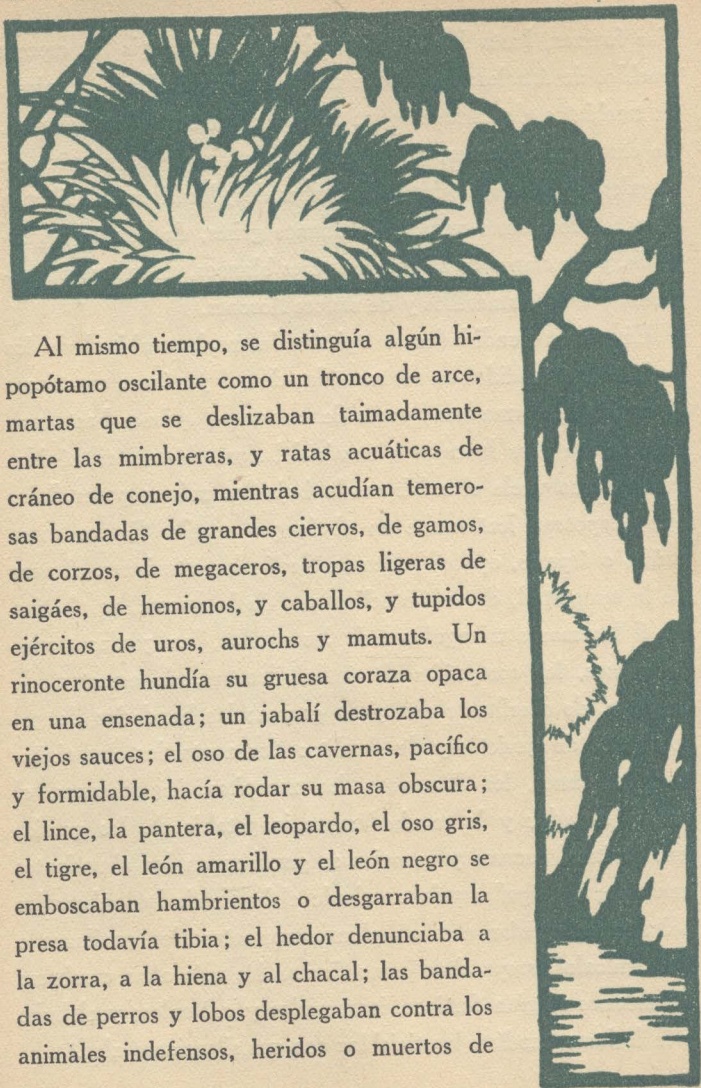
El gran río se deslizaba con toda su fuerza. A través de mil



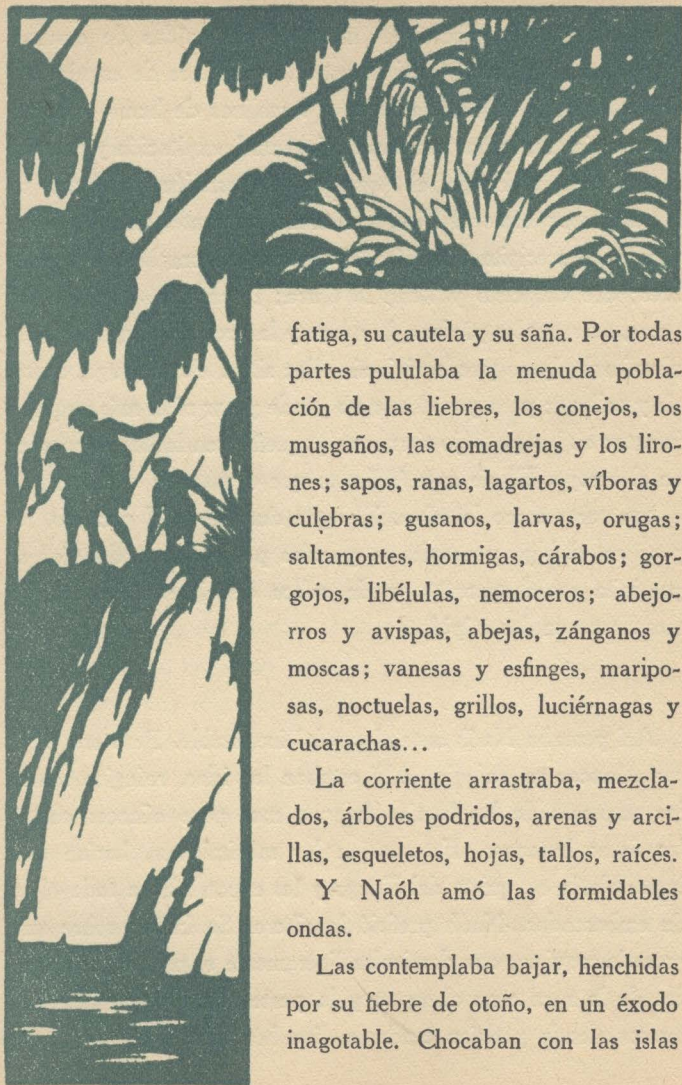
países de piedra, de hierbas y árboles, había bebido las fuentes, engullido los riachuelos, devorado los ríos. Para él los ventisqueros se acumulaban en los melancólicos pliegues de la montaña, los manantiales se filtraban en las cavernas; los torrentes arrancaban el granito, el asperón o las calcáreas; las nubes exprimían sus inmensas y ligeras esponjas, y las ondas acuáticas se precipitaban sobre sus lechos de arcilla. Fresco, espumoso y rápido, al verse dominado por sus orillas, se ensanchaba en lagos sobre las tierras llanas, o destilaba pantanos; se bifurcaba alrededor de las islas; rugía en las cataratas y sollozaba en los rápidos. Lleno de vida, fecundaba la vida inagotable. Desde las regiones tibias a las regiones frescas, desde los terrenos de aluvión, nutridos de miriada-

rias fuerzas, hasta los terrenos pobres, hacía surgir los espesos pueblos de árboles: las hordas de higueras, de olivos, de pinos, de terebintos, de carrascas; las tribus de sicomoros, de plátanos, de castaños, de arces, de hayas y de encinas; los rebaños de nogales, de abetos, de fresnos, de abedules; las hileras de álamos blancos, de álamos negros, de álamos grises, de álamos argentados, y los clanes de alisos, de sauces blancos, de sauces purpúreos, de sauces amarillos y de sauces llorones.

En sus profundidades se agitaba la muda multitud de los moluscos, escondidos en sus moradas de cal y nácar; crustáceos de articulada armadura; peces de carrera, a quienes basta una sola flexión para lanzarse a través del agua densa, tan rápidamente como vuela el rabihorcado bajo las nubes; peces flojos que chapotean lentamente en el fango; reptiles ligeros como cañas, o ásperos, opacos y densos. Según las estaciones, al azar de la tempestad, de los cataclismos o de la guerra, se abatían en él las masas triangulares de las grullas, las gordas tropas de gansos, las compañías de patos silvestres, de cercetas, de negretas, de chorlitos reales y de garzas; las bandadas de golondrinas, de gaviotas y de chorlitos; las avutardas, las cigüeñas, los cisnes, los flamencos, los zarapitos, los rascones, el martín-pescador y la muchedumbre inagotable de los gorriones. Buitres, cuervos y cornejas se gozaban en las abundantes carroñas; las águilas velaban desde el borde de las nubes; los halcones se cernían con sus plumas cortantes; los gavilanes o los cernícalos traspasaban como flechas las más altas cumbres; los milanos surgían furtivos, inesperados y cobardes; y el buho y la lechuza hendían las tinieblas con sus silenciosas alas.



Al mismo tiempo, se distinguía algún hipopótamo oscilante como un tronco de arce, martas que se deslizaban taimadamente entre las mimbreras, y ratas acuáticas de cráneo de conejo, mientras acudían temerosas bandadas de grandes ciervos, de gamos, de corzos, de megaceros, tropas ligeras de saigáes, de hemionos, y caballos, y tupidos ejércitos de uros, aurochs y mamuts. Un rinoceronte hundía su gruesa coraza opaca en una ensenada; un jabalí destrozaba los viejos sauces; el oso de las cavernas, pacífico y formidable, hacía rodar su masa oscura; el lince, la pantera, el leopardo, el oso gris, el tigre, el león amarillo y el león negro se emboscaban hambrientos o desgarraban la presa todavía tibia; el hedor denunciaba a la zorra, a la hiena y al chacal; las bandadas de perros y lobos desplegaban contra los animales indefensos, heridos o muertos de



fatiga, su cautela y su saña. Por todas partes pululaba la menuda población de las liebres, los conejos, los musgaños, las comadrejas y los lirones; sapos, ranas, lagartos, víboras y culebras; gusanos, larvas, orugas; saltamontes, hormigas, cárabos; gorgojos, libélulas, nemoceros; abejorros y avispas, abejas, zánganos y moscas; vanesas y esfinges, mariposas, noctuelas, grillos, luciérnagas y cucarachas...

La corriente arrastraba, mezclados, árboles podridos, arenas y arcillas, esqueletos, hojas, tallos, raíces.

Y Naóh amó las formidables ondas.

Las contemplaba bajar, henchidas por su fiebre de otoño, en un éxodo inagotable. Chocaban con las islas

y reflúan en las riberas, formando locas caídas de espuma, largas masas planas y casi lacustres, torbellinos de esquintos y de malaquita, láminas de nacar y remolinos de humo, espumosas rompientes, largos rumores de juventud, exaltación y energía.

Así como el Fuego, el Agua parecía también al Ulhamr un ser inmenso; como el Fuego, decrece, aumenta, sale de lo invisible, se precipita a través del espacio, devora bestias y hombres; cae del cielo y llena la tierra; incansable, desgasta las rocas, arrastra las piedras, la arena y la arcilla; ninguna planta ni animal alguno puede vivir sin ella; silba, clama, ruge, canta, ríe y solloza; pasa por donde no puede pasar ni el más pequeño insecto; se la oye bajo tierra; es pequeña en la fuente y crece en el arroyo. El río es más fuerte que el mamut; el Gran Río es tan vasto como la selva. El agua duerme en el pantano, reposa en el lago y camina a grandes pasos dentro del río; se precipita en el torrente, y da saltos de tigre o de carnero montaraz, en los rápidos.

Así pensaba Naóh ante el caudal inagotable. Pero era necesario buscar un refugio. Allí estaban las islas, refugios contra las empresas de las bestias feroces, mas poco eficaces contra las fieras humanas. Estorbarían los movimientos, harían casi imposible la conquista del Fuego y les expondrían a toda clase de emboscadas. Naóh prefirió la ribera. Se instaló sobre una roca de esquisto, que dominaba ligeramente el paraje. Los flancos de la roca eran abruptos y la parte superior formaba una meseta donde podrían tenderse diez hombres.

Los preparativos del campamento terminaron al llegar el crepúsculo. Y había entre los Ulhamr y sus perseguidores la suficiente distancia para no abrigar temor alguno durante la primera media noche.

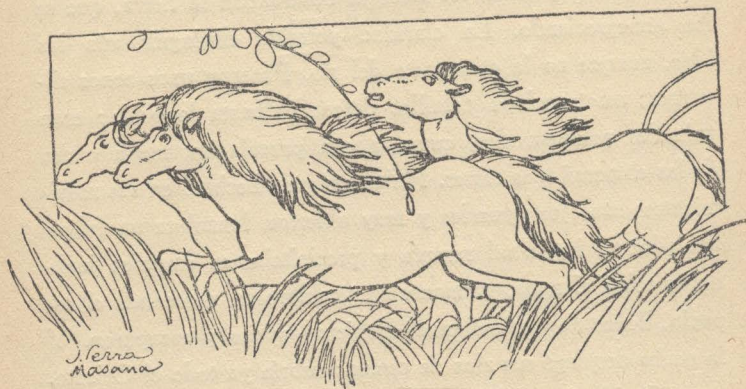
El tiempo era fresco. Escasas nubes se arrastraban por el Poniente escarlata. Al paso que devoraban su cena de carne cruda, nueces y setas, los Ulhamr observaban la tierra, que se iba ennegreciendo. La claridad permitía distinguir aún las islas, aunque no la otra parte del río. Pasaron unos asnos silvestres; un tropel de caballos descendió hasta la orilla: eran animales achaparrados, cuya cabeza parecía enorme a causa de las enmarañadas crines. Había un gran hechizo en sus movimientos; sus ojos, grandes y muy abiertos, lanzaban un fulgor azulado; la inquietud rompía y precipitaba su empuje; inclinados sobre el agua, permanecían temblorosos, venteando el espacio, llenos de desconfianza. Bebieron aprisa y escaparon. Y la noche desplegó sus alas de ceniza; cubría ya todo el Oriente, y en Occidente quedaba todavía manchado de púrpura fina. Un rugido tronó sobre la llanura.

— ¡El León! — dijo Gau.

— La ribera está llena de caza — respondió el jefe —. El León es prudente; atacará más bien al antílope o al ciervo, que a los hombres.

Los rugidos se alejaron; unos chacales gañeron, y a lo lejos se vieron ondular sus ligeras siluetas. Los Ulhamr se entregaron al sueño por turno, hasta el amanecer; y luego de despertar bajaron a la orilla del Gran Río. Unos mamuts les detuvieron. La manada cubría una anchura de mil codos y una longitud

tres veces mayor. Los colosos pastaban, arrancando las plantas tiernas y desenterrando raíces; y su existencia pareció a los tres hombres dichosa, segura, magnífica. Alguna vez los colosos se regocijaban en su enorme fuerza, persiguiéndose sobre la blanda tierra o golpeándose suavemente con las velludas trompas. Bajo aquellas inmensas patas, el león gigante no



sería más que un puñado de arcilla. Los colmillos del mamut desarraigaban el roble, y su cabeza de granito era capaz de troncharlo; y considerando la ligereza de su trompa, Naóh no pudo menos que exclamar:

— ¡El Mamut es el dueño de todo lo que vive sobre la tierra!

Sin embargo, Naóh no los temía, porque no ignoraba que los mamuts no atacan jamás, si no se les importuna. Y añadió:

— Aúm, Hijo del Cuervo, había hecho alianza con los mamuts.

— ¿Por qué no habíamos de hacerlo nosotros como Aúm?
— preguntó Gau.

— Aúm entendía el lenguaje del Mamut — objetó Naóh —; nosotros no lo comprendemos.

No obstante, la pregunta del joven le había interesado; e iba pensando en ella mientras rodeaban a distancia la gigan-



tesca manada. Y traduciendo su sentir en alta voz, prosiguió:

— Los mamuts no tienen palabras como los hombres. Ellos se comprenden unos a otros y conocen el grito de sus jefes. Goún dice que se colocan en el sitio que se les manda, y que antes de partir para un nuevo país, tienen consejo... Si nosotros adivinásemos sus signos, haríamos alianza con ellos.

Naóh vió un mamut colosal que los miraba pasar. Separado de los demás, a un nivel más bajo que la ribera, entre unos álamos jóvenes, pacía los brotes tiernos. Naóh no había visto en su vida un ejemplar tan enorme. Su altura se elevaba a doce

codos. De su cerviz salía una melena tan espesa como la del león; su vellosa trompa semejaba un ser aparte, que tenía algo de árbol y algo de serpiente.

La vista de los tres hombres pareció interesarle, pues no cabía suponer que le inquietara. Y gritóle Naóh:

— ¡Los mamuts son fuertes! El Gran Mamut es más fuerte que todos los demás: aplastaría al Tigre y al León como a gusanos, y tumbaría diez aurochs con un solo empujón de su pecho... ¡Naóh, Nam y Gau son amigos del Gran Mamut!

El enorme animal enderezaba las membranosas orejas. Escuchó los sonidos articulados por la bestia vertical, y sacudien-

do lentamente la cabeza, barritó.

— ¡El Mamut me ha comprendido! — exclamó el nómada con alegría —. Sabe que los Ulhamr reconocen su poder.



Y volvió a gritar:

— ¡Si el Hijo del Leopardo, el Hijo del Saigá y el del Álamo encuentran el Fuego, asarán castañas y bellotas para hacer un presente al Gran Mamut!

Mientras hablaba, fijó la vista en una charca, en la cual crecían nenúfares orientales. No ignoraba Naóh que el mamut gustaba de sus tallos subterráneos, e hizo seña a sus compañeros de que fueran a arrancar las largas y rojizas plantas. Una vez hubieron cogido un gran montón de ellas, laváronlas con cuidado y las llevaron hacia el coloso. Cuando estuvieron a unos cincuenta codos de él, Naóh le habló de nuevo:

— ¡Toma! — dijo —. Hemos arrancado estas plantas para que puedas pacerlas. Así verás que los Ulhamr son amigos del Mamut.

Y se retiró.

Lleno de curiosidad, el gigante se acercó a las raíces. Las conocía bien y le gustaban mucho. Mientras iba comiéndolas, sin prisa y con largas pausas, observaba a los tres hombres. De cuando en cuando levantaba la trompa, con objeto de olerlos, y después la balanceaba en actitud pacífica.

Entonces Naóh se fué acercando insensiblemente a la bestia. Al encontrarse ante aquellas colosales patas, bajo aquella trompa que arrancaba los árboles de cuajo y, aquellos colmillos, más largos que todo el cuerpo de un toro, se consideró a sí mismo como a un musgáño delante de una pantera. Con un solo movimiento, el tremendo animal podía hacerle añicos. Mas, vibrando todo su ser con fe creadora, Naóh se estremeció lleno de esperanza y de inspiración... La trompa

le rozó, pasando por encima de su cuerpo y olfateándolo; Naóh, sin aliento, puso a su vez la mano sobre el velludo apéndice. Luego arrancó hierbas y tiernos brotes, que ofreció al mamut en señal de alianza. Sabía Naóh que estaba haciendo algo profundo y extraordinario; y el entusiasmo henchía su corazón.



IV

LA ALIANZA

Cuando Nam y Gau vieron al mamut junto a su jefe, se dieron clara cuenta de la pequeñez del hombre; después, cuando la trompa se posó encima de Naóh, murmuraron:

— ¡Naóh va a ser aplastado, y Nam y Gau se encontrarán a solas contra los Kzams, las fieras y las aguas!

En aquel instante vieron que Naóh acariciaba a la bestia, y el alma de los dos jóvenes se llenó de orgullo y de alegría:

— ¡Naóh ha hecho alianza con el Mamut! — murmuró Nam —. Naóh es el más poderoso de los hombres.

Entretanto, el Hijo del Leopardo gritó:

— Nam y Gau han de acercarse, de la misma manera que lo ha hecho Naóh... Arrancarán brotes y hierbas y los ofrecerán al Mamut.

Los jóvenes escucharon, ardiente el pecho y transportados de fe; y avanzaron con la lentitud con que lo había hecho su jefe, arrancando a su paso hierba verde y raíces tiernas.

Una vez cerca, tendieron su presente; y como Naóh lo ofrecía al mismo tiempo que ellos, el mamut fué a devorarlo.

Así quedó anudada la alianza de los Ulhamr con el mamut.

La luna nueva había crecido, y se acercaba la noche en que se levantaría tan grande como el sol. Una tarde, los Kzams y los Ulhamr acampaban a veinte mil codos de distancia unos de otros, todavía a lo largo del río. Los Kzams ocupaban una faja de tierra completamente seca, se calentaban junto al enrojecido fuego y comían grandes cuartos de asado, pues la caza había sido abundante; mientras los Ulhamr se repartían en silencio, en la sombra húmeda y fría, algunas raíces y la carne de una paloma torcaz.

A diez mil codos de la orilla, los mamuts dormían entre los sicomoros. Durante el día soportaban la presencia de los nómadas; mas por la noche mostraban un humor más sombrío, ya fuera porque conociesen sus peligros, ya porque les molestase en su reposo la presencia de unos extraños a su raza. Así, al anochecer, los Ulhamr se alejaban más allá del término donde sus emanaciones pudieran ser importunas.

Aquella noche, Naóh preguntó a sus compañeros:

— ¿Nam y Gau están prontos a la fatiga? ¿Están ágiles sus piernas, su pecho tiene aliento?

El Hijo del Álamo respondió:

— Nam ha dormido parte del día. ¿Por qué no ha de estar pronto al combate?

Y Gau manifestó a su vez:

— El Hijo del Saigá puede salvar de una carrera la distancia que le separa de los Kzams.

— ¡Está bien! Naóh y sus jóvenes compañeros irán en busca de los Kzams. Toda la noche tendrán que luchar para conquistar el Fuego.

Nam y Gau se pusieron en pie de un salto y siguieron a su jefe. No había que contar con las tinieblas para sorprender al enemigo: la luna casi llena se levantaba a la otra parte del Gran Río, apareciendo tan pronto ancha y roja al nivel de las aguas, como rota por alguna hilera de altos álamos, a través de los cuales se desparramaba en lúnulas. Más lejos se hundía en las oscuras aguas, donde su imagen vacilante recordaba a veces las resplandecientes nubes de verano, y a veces se arrastraba como una gran serpiente cobriza o se alargaba como un cisne; una onda de escamas y micas brillantes brotaba de su redonda imagen y se ensanchaba oblicuamente desde una a otra orilla.

Los Ulhamr al principio aceleraron la marcha, escogiendo terrenos cuya vegetación fuera escasa. A medida que se acercaban al campamento de los Kzams, acortaban el paso. Caminaban paralelamente unos a otros, separados por espacios considerables, a fin de vigilar la mayor extensión posible y no verse cercados. De pronto, al volver un mimbreal, vieron resplandecer las llamas, todavía lejanas y pálidas bajo la luz de la luna.

Los Kzams dormían; tres de ellos entretenían la hoguera y vigilaban. Los Ulhamr, ocultos en la espesura, espiaban el campamento con rabiosa codicia. ¡Ah, si ellos pudieran robar solamente una chispa de aquella hoguera! Tenían preparadas briznas secas y ramas finamente cortadas; no volvería a morir, no, el Fuego en sus manos, antes que lo hubiesen aprisionado en la jaula de corteza, forrada interiormente de piedras planas. Mas ¿cómo acercarse a la llama? ¿Cómo distraer la atención

de los Kzams, sobreexcitada desde la noche en que el Hijo del Leopardo había aparecido en su campamento?...

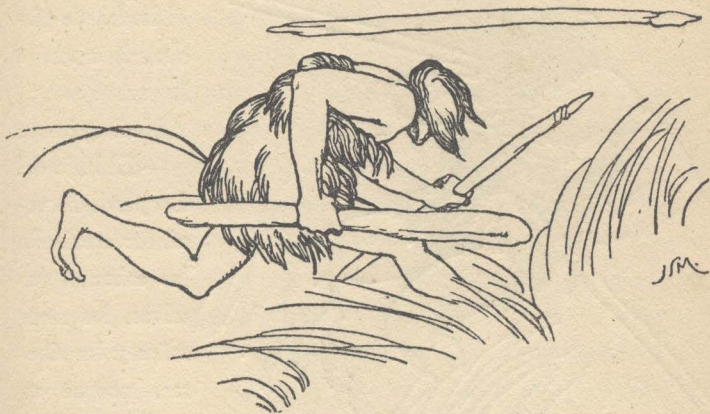
Naóh dijo a sus compañeros:

— Escuchad: mientras Naóh remontará el Gran Río, Nam y Gau vagarán por la llanura, alrededor del campamento de los Devoradores de Hombres. Tan pronto se ocultarán como se mostrarán. Cuando los enemigos se lancen sobre sus huellas, echarán a correr, pero no a toda velocidad, pues es conveniente que los Kzams crean que han de cogerlos y que los persigan mucho tiempo. Nam y Gau han de mostrar su valor en no correr demasiado... Así arrastrarán a los Kzams hasta cerca de la Piedra Roja. Si Naóh no está ya allí, pasarán entre los mamuts y el Gran Río. Naóh sabrá hallar su pista.

Los dos jóvenes se estremecieron; les era muy duro verse alejados de Naóh ante los formidables Devoradores de Hombres. Pero, con la mayor docilidad, se deslizaron entre los vegetales, mientras el Hijo del Leopardo se dirigía a la ribera. Pasó el tiempo... De repente, Nam se mostró al pie de un árbol y desapareció; en seguida la silueta de Gau se dibujó furtiva entre las hierbas. Los centinelas dieron el grito de alarma, y los Kzams se levantaron en desorden, lanzando fuertes aullidos, y se reunieron alrededor de su jefe, un guerrero de mediana estatura, corpulento como el oso de las cavernas. Levantó dos veces la maza, profirió roncas amenazas y dió la señal.

Los Kzams formaron seis grupos desparramados en semicírculo. Naóh, lleno de dudas e inquietudes, les miró desaparecer; después sólo pensó en apoderarse del Fuego.

Custodiábanlo cuatro hombres escogidos entre los más robustos. Uno de ellos, sobre todo, parecía formidable. Tan grueso y musculoso como el jefe, era de más alta estatura, y el tamaño de su maza demostraba su fuerza. Estaba colocado a plena luz, y Naóh distinguía la mandíbula enorme, los ojos



ensombrecidos por sus velludas arcadas, las piernas cortas, triangulares y macizas. Menos fornidos los otros tres, mostraban, sin embargo, anchos torsos y largos brazos de acerados músculos.

La posición de Naóh era favorable: la brisa, ligera pero persistente, soplaba hacia él, llevándose sus emanaciones lejos de los centinelas; los chacales que merodeaban por la llanura exhalaban un olor penetrante, y por remate, Naóh llevaba consigo una de las pieles cazadas. Estas circunstancias le permitieron acercarse a unos sesenta codos del fuego. Estuvo

largo tiempo en acecho. La luna se había elevado sobre las copas de los álamos, cuando Naóh se enderezó, lanzando su grito de guerra.

Sorprendidos por la brusca aparición, los Kzams le miraron estupefactos; mas su estupor duró poco, y aullando todos a la



vez, levantaron el hacha de piedra, la maza o la azagaya.

Naóh gritaba:

—El Hijo del Leopardo ha venido, recorriendo las sabanas, las selvas, las montañas y las riberas, porque su tribu ha perdido el Fuego... Si

los Kzams le dejan tomar algunos tizones de su hoguera, se retirará sin combatir.

Los Kzams desconocían estas palabras de una lengua extraña, lo mismo que si se hubiera tratado de los aullidos de un lobo; y viendo a Naóh no pensaron en otra cosa que en aplastarle. El Ulhamr retrocedió, con la esperanza de que se dispersarían y podría atraerles lejos del Fuego; pero se lanzaron hacia él formando un grupo compacto.

El más corpulento, en cuanto estuvo a tiro, arrojó una aza-

gaya de punta de sílex, lanzada con gran fuerza y habilidad. El arma rozó el hombro del guerrero y cayó sobre la tierra húmeda. El Ulhamr, que prefería economizar sus propias armas, recogió la azagaya y la arrojó a su vez. Partió el arma silbando, trazó una curva y atravesó el cuello de un Kzam, que vaciló y cayó al suelo. Sus compañeros, lanzando clamores, que más parecían de perros que de hombres, contestaron todos a la vez. Naóh apenas tuvo tiempo de echarse de bruces para evitar las agudas armas, y los Devoradores de Hombres, juzgándole herido, se precipitaron hacia él para rematarle. Pero ya Naóh se había puesto en pie de un salto, y contestaba. Un Kzam, herido en el vientre, cesó de perseguirle, mientras los dos restantes lanzaban, uno tras otro, sus azagayas: del muslo de Naóh brotó la sangre; mas él, conociendo que la herida no era profunda, se puso a dar vueltas alrededor de sus adversarios, pues ya no temía verse envuelto. Se alejaba y volvía, de modo que al fin se encontró entre el Fuego y sus enemigos.

— ¡Naóh es más veloz que los Kzams! — gritó —. ¡Tomará el Fuego y los Kzams habrán perdido dos hombres!

Saltó otra vez y se acercó al brasero. Y ya tendía las manos para coger los tizones, cuando notó con espanto que todos los del borde estaban casi consumidos. Rodeó la ancha hoguera con la esperanza de hallar un tizón manejable: su busca fué inútil.

¡Y los dos Kzams llegaban!

Quiso huir; pero tropezó en un tronco de árbol y cayó, de suerte que sus antagonistas consiguieron cerrarle el paso, acorralándole contra el Fuego. Aunque el brasero ocupaba un

área considerable y era muy alto en su centro, hubiera podido franquearlo. Una desesperación infinita llenó su pecho; y la idea de volver vencido, escapando merced a la obscuridad de la noche, le fué insoportable. Levantando a la vez el hacha y la maza, aceptó el combate.



V

EL FUEGO

Los dos Kzams no habían cesado de acercarse, aunque acortando el paso. El más fuerte, blandiendo su última azagaya, la lanzó casi a boca de jarro. Apartóla Naóh de un revés, con el hacha, y el largo proyectil se perdió entre las llamas. Instantáneamente, las tres mazas voltearon.

La de Naóh chocó simultáneamente con las otras dos, y el choque rompió el arrojo de sus adversarios. El menos fuerte de éstos había vacilado. Naóh dióse cuenta de ello; se precipitó sobre él y de un mazazo enorme le rompió la nuca. Mas también él fué herido: un nudo de la maza enemiga le desgarró duramente el hombro izquierdo, pudiendo apenas evitar un golpe en pleno cráneo. Jadeando, se echó atrás, para ponerse mejor en guardia; y luego, con la maza en alto, aguardó.

Aunque sólo tuviese que habérselas con un adversario, fué aquel un momento espantoso, pues apenas podía mover el brazo izquierdo, mientras el Kzam se erguía, terriblemente armado, en la plenitud de sus fuerzas. Era aquel guerrero de alta estatura, de ancho torso y costillar ceñido, más semejante al del auroch que al humano, y cuyos brazos eran tan largos, que sobrepasaban en un tercio la longitud de los del Ulhamr. Sus

piernas encorvadas, demasiado cortas para la carrera, le daban un poderoso equilibrio.

Antes del ataque decisivo, examinó taimadamente al gran Ulhamr. Juzgando que aseguraría mejor su superioridad si golpeaba a dos manos, se quedó sólo con la maza. Después tomó la ofensiva.

Las dos mazas, casi iguales en peso, de duro roble, entrechocaron. El golpe del Kzam fué más fuerte que el de Naóh, quien no podía emplear la mano izquierda; pero el Hijo del Leopardo lo había parado con un movimiento transversal. Cuando el Kzam renovó el ataque, encontró el vacío; Naóh había hurtado el cuerpo. Entonces fué él quien tomó la ofensiva: a la tercera embestida, su maza se desplomó como un peñasco; y hubiera hundido la cabeza del adversario, si sus largos y fibrosos brazos no hubieran sabido levantarse a tiempo. Otra vez los nudos de roble chocaron. El Kzam retrocedió, replicando con un mazazo frenético que casi arrebató el arma de su enemigo; y antes que Naóh se hubiese recobrado, los brazos del Devorador de Hombres se alzaron y abatieron de nuevo. Naóh pudo amortiguar, pero no detener el golpe: alcanzado el pleno cráneo, sus rodillas se doblaron y vió dar vueltas a la tierra, los árboles y el fuego. Mas en aquel segundo mortal no le abandonó el instinto; una energía suprema se elevó del fondo de su ser; y de revés, antes de que el enemigo pudiese evitarlo, descargó la maza. Crugieron huesos, el Kzam rodó, y su alarido se deshizo en la muerte.

Entonces el júbilo del Ulhamr rugió como un torrente, mientras contemplaba, lanzando una ronca carcajada, la hoguera

donde saltaban las llamas. Bajo los astros profundos, junto al rumor del río, el ligero murmullo de la brisa interrumpido por el gañir de los chacaes y por el rugir de un león perdido en la otra orilla, Naóh podía apenas concebir su triunfo; y gritaba con voz jadeante:

— ¡Naóh es dueño del Fuego! ¡Naóh es dueño del Fuego!



Parecíale el Fuego la vida soberana del mundo. Andaba lentamente alrededor de la bestia roja, alargaba la mano hacia ella y exponía el pecho a aquella caricia desde tanto tiempo ansiada. Y volvía a murmurar, en el arrebató y el éxtasis:

— ¡Naóh es dueño del Fuego!

Al fin, la fiebre de su dicha se apaciguó. Y entonces comenzó a temer el retorno de los Kzams; era preciso llevarse cuanto antes su conquista. Sacando las delgadas piedras que llevaba consigo desde su partida del gran pantano, se dispuso

a reunir las con tallos, cortezas y cañas. Mientras huroneaba alrededor del campamento, tuvo una nueva alegría: en un repliegue del terreno acababa de percibir la jaula donde los Devoradores de Hombres conservaban el Fuego.

Era una especie de nido de corteza, guarnecido de piedras planas y dispuestas con arte grosero, pacienzudo y sólido, donde una llamita centelleaba aún. A pesar de que Naóh sabía construir las jaulas para fuego mejor que ningún hombre de su Horda, difícil le hubiera sido hacer otra tan perfecta. Para ello era necesario mucho tiempo, una atenta elección de las piedras y muchos retoques y arreglos. La caja de los Kzams estaba compuesta de un triple lecho de láminas de esquisto, sostenidas exteriormente por una corteza de encina verde y atadas con flexibles tallos. Una grieta mantenía un ligero tiro de aire.



No ignoraba Naóh ninguno de los ritos transmitidos por los antepasados. Reanimó ligeramente el Fuego, empañó el exterior de la caja con agua de una charca vecina, y examinó la grieta y el estado de las láminas de esquisto. Antes de huir, se apoderó de las hachas y azagayas esparcidas por el suelo, y echó una mirada sobre el campamento y el llano.

Dos de los cuatro centinelas volvían hacia las estrellas el rígido rostro; los dos restantes, a pesar de sus padecimientos, se mantenían inmóviles, para dar a entender que habían muerto. La prudencia y la ley de los hombres exigían que fuesen rematados.

Naóh se acercó al que estaba herido en el muslo; y ya blandía la azagaya, cuando una extraña repugnancia le acometió. El gozo le privaba de toda su saña y no pudo resignarse a extinguir más vidas.

Por otra parte, lo urgente era apagar el fuego. Desparramó los tizones, y con una de las mazas abandonadas por los vencidos, redujo las brasas en fragmentos tan menudos, que no pudieran durar hasta el regreso de los guerreros. Después, trabando a los heridos con cañas y ramas, gritó:

— ¡Los Kzams no han querido dar una brasa al Hijo del Leopardo, y ahora los Kzams no tendrán Fuego! ¡Vagarán en las tinieblas, acosados por el frío, hasta que se hayan reunido a su Horda!... ¡Así los Ulhamr son más fuertes que los Kzams!...

Naóh no encontró a nadie al pie del montecillo donde Nam y Gau debían reunirse con él. No le extrañó: los jóvenes guerreros habrían tenido que dar vastos rodeos, huyendo de sus perseguidores.

Después de haber cubierto su herida con hojas de sauce, Naóh se sentó junto a la ligera llama donde ardía su destino.

El tiempo se deslizó con las aguas del Gran Río y los rayos de la luna ascendente. Cuando el astro llegó a su cénit, Naóh levantó la cabeza. Entre los mil esparcidos rumores, reconoció un ritmo singular, que era el paso del hombre. Era un paso rápido, pero menos complicado que el de los animales de cuatro patas. Casi imperceptible al principio, se fué acentuando. Un soplo más fuerte de la brisa le llevó una emanación, y entonces el Ulhamr se dijo:

— Aquí está el Hijo del Álamo, que ha burlado a sus enemigos.

Pensó así porque ningún indicio de persecución se descubría en la llanura.

Muy pronto una flexible silueta se dibujó entre dos sicomoros. El Hijo del Leopardo vió que no se había engañado: era Nam, que avanzaba a la luz argentina de la luna y no tardó en llegar al pie del montecillo.

El jefe le preguntó:

— ¿Los Kzams han perdido la traza de Nam?

— Nam los ha arrastrado muy lejos al Norte; luego les ha adelantado y ha corrido mucho tiempo por la ribera. Después se ha detenido, y no ha visto ni oído ni olido más a los Devoradores de Hombres.

— ¡Está bien! — respondió Naóh pasándole la mano por el cuello —. Nam ha sido ágil y astuto; pero ¿qué ha sido de Gau?

— Al Hijo del Saigá le ha perseguido otro grupo de Kzams. Nam no ha encontrado su huella.

— Esperaremos a Gau. Y ahora, ¡mira, Nam!

Naóh se llevó a su compañero. En un recodo del montecillo, metida en una grieta, Nam vió lucir una llamita cálida y palpitante.

— Aquí lo tienes — dijo sencillamente el jefe —. Naóh ha conquistado el Fuego.

El joven lanzó un gran grito; sus ojos se abrieron como deslumbrado, y en un arrebato de entusiasmo se prosternó ante el Hijo del Leopardo, murmurando:

— ¡Naóh es tan astuto como toda una horda de hombres!... Será el gran jefe de los Ulhamr y no le resistirá enemigo alguno.

Se sentaron delante de la débil llama, y fué para ellos como si la gran hoguera nocturna les protegiera al borde de las cavernas natales, bajo las frías estrellas y ante los fuegos fátuos del Gran Pantano. No les era ya penosa la idea del largo retorno. Cuando hubieran salido de las tierras del Gran Río, los Kzams no les perseguirían ya, y atravesarían parajes donde únicamente las fieras vagabundean en las soledades.

Soñaron largo tiempo; el porvenir brillaba sobre ellos y para ellos, lleno de promesas. Mas cuando la luna empezó a hincharse sobre el cielo de Occidente, la inquietud les acometió.

— ¿Dónde estará Gau? — murmuró el jefe —. ¿No

habrá sabido despistar a los enemigos? ¿Le habrá detenido algún pantano o cayó en una emboscada?

La sabana estaba muda; las bestias callaban; la brisa misma acababa de languidecer sobre el río y desvanecerse en los álamos temblones. Sólo se oía el ensordecido rumor de las aguas. ¿Habría que aguardar hasta el alba o ir a buscar al ausente? A Naóh le repugnaba hondamente dejar el Fuego a la custodia de Nam. Por otra parte, la imagen del joven guerrero perseguido por los Devoradores de Hombres, le sobreexcitaba. Para atender al Fuego, podía abandonar a Gau a su suerte, y aun debía hacerlo. Pero sentía por sus compañeros una salvaje ternura: ellos formaban parte de su mismo ser; sus peligros le intimidaban tanto como los suyos propios, y más aún, pues sabía que estaban doblemente expuestos que él a las asechanzas, a la amenaza de los seres y de los elementos.

— ¡Naóh va a buscar las huellas de Gau! — exclamó al fin —. Dejará al Hijo del Álamo que vele por el Fuego. Nam no tendrá reposo; mojará la corteza de la caja cuando sea demasiado caliente, y no se alejará de aquí más que el tiempo necesario para ir a la orilla del río y volver.

— Nam velará por el Fuego como por su propia vida —, respondió con vehemencia el joven nómada.

Luego añadió con orgullo.

— ¡Nam sabe mantener la llama! Su madre le enseñó a hacerlo cuando era tan pequeño como un lobato.

— ¡Está bien! Si Naóh no ha vuelto cuando el sol haya llegado a la altura de los álamos, Nam se refugiará cerca de

los mamuts; y si Naóh no ha vuelto antes de que acabe el día, Nam escapará solo hacia la tierra de los Ulhamr.

Diciendo esto, se alejó; toda su carne vibraba de angustia, y muchas veces volvió la cabeza hacia la silueta declinante de Nam, y hacia la diminuta jaula del Fuego, cuya débil luz se imaginaba distinguir todavía, cuando estaba ya diluída a lo lejos en el claro de luna.



VI

EN BUSCA DE GAU

Para hallar la pista de Gau, era preciso volver desde luego al campamento de los Devoradores de Hombres. Naóh avanzaba lentamente. Ardíale la herida del hombro, debajo de las hojas de sauce que se había aplicado; la cabeza le zumbaba, dolorida en el sitio donde le había alcanzado la maza enemiga, y experimentaba una gran melancolía al ver que, no obstante haber conquistado el Fuego, su tarea continuaba siendo tan ruda y tan incierta como antes. Así llegó al recodo de la misma fresneda desde la cual, con sus jóvenes compañeros, había divisado el campamento de los Kzams. Antes, una gran hoguera roja extinguía la claridad de la luna ascendente. Ahora, el campamento estaba sombrío; las brasas, dispersadas por Naóh, se habían apagado, y la claridad del astro de la noche se posaba sobre la inmovilidad de los seres y de las cosas. Sólo se oía la queja intermitente de un herido.

Consultando cada uno de sus sentidos, Naóh tuvo la certeza de que los perseguidores no habían vuelto, y se acercó al campamento. Las quejas del herido cesaron; parecía no haber allí más que cadáveres. Naóh no se detuvo; caminó en la dirección por donde Gau había emprendido la fuga, y encontró su pista. Fácil de seguir al principio, acompañada como es-

taba por las trazas de los Kzams y desarrollándose casi en línea recta, luego se curvaba, rodeando unos oteros, volvía sobre sí misma, atravesaba unos matorrales y aparecía cortada bruscamente por una gran charca. Naóh no pudo volver a dar con ella sino dando la vuelta a la orilla, y la halló mojada,



como si Gau y los que le perseguían se hubiesen metido en el agua.

Delante de un bosque de sicomoros, los Kzams habían tenido que dividirse en varios grupos. Sin embargo, el Ulhamr consiguió distinguir la dirección conveniente y anduvo tres o cuatro mil codos, más allá de los cuales tuvo que detenerse. Grandes nubes engullían la luna y el alba no se mostraba aún. El Hijo del Leopardo se sentó al pie de un sicomoro que se alzaba desde hacía diez generaciones de hombres. Las fieras habían terminado sus cacerías, y los animales diurnos no se movían aún, ocultos en las madrigueras, los matorrales, los huecos de los árboles o entre las ramas.

Naóh descansó un rato. Algunas gotas del tiempo se deslizaron a través de la fugitiva existencia del bosque. Después, un frío albor comenzó a extenderse de altura en altura. El alba de otoño, densa y muerta, rozaba las débiles hojas y los nidos abandonados, empujando delante de ella una brisa tan débil, que parecía el suspiro de los sicomoros. Naóh, de pie ante la luz, pálida todavía como las blancas cenizas de un hogar, comió un pedazo de carne seca, se inclinó hacia el suelo y se puso a seguir la pista, y ésta le guió durante varios millares de codos. Al salir del bosque, siempre en pos de las huellas, atravesó un llano arenoso, donde la hierba era rara y los arbustos ruines; dió la vuelta por tierras en que las cañas secas se pudrían al borde de las charcas; subió por una colina, se internó entre unos cerros, y detúvose al fin a la orilla de un río que Gau, sin duda, había vadeado. Franqueólo Naóh a su vez, y después de largas investigaciones descubrió dos rastros de Kzams que convergían. ¡Gau podía encontrarse cercado!

Entonces pensó el jefe en la conveniencia de abandonar a su suerte al fugitivo, a fin de no arriesgar, por una sola existencia, su vida, la de Nam y la del Fuego. Pero la persecución le exasperaba, la fiebre le batía las sienes, la esperanza se obstinaba en él, a despecho de todo, y se veía también arrastrado por el mero interés de la empresa.

Además de las dos bandas de Kzams, cuya estratagema acababa de observar Naóh, había que tener en cuenta a la que iba directamente en persecución de Nam y que, tras tantas vueltas y revueltas, tenía tiempo de haber tomado una posición

ventajosa, si era que incluso no se había dividido, a su vez, en pequeños grupos envolventes. Confiando en la gran velocidad de sus piernas y en su astucia, el Hijo del Leopardo siguió sin vacilar la misma pista de Gau, deteniéndose apenas para examinar la llanura.

El suelo se hizo duro; el granito aparecía debajo de una mezquina capa de humus azulado. Luego se presentó una escarpada colina, y Naóh se resolvió a escalarla, pues las huellas eran bastante recientes para que, desde la cima, pudiese tal vez divisar la silueta de Gau o un grupo de perseguidores. El nómada se deslizó entre los arbustos y llegó a la cima. Una débil exclamación se escapó de sus labios: acababa de ver a Gau en una faja de tierra roja, tierra de minio, que parecía regada por la sangre de innumerables rebaños.

Detrás de él, a mil codos, hombres de grandes torsos y de piernas cortas avanzaban dispersos, mientras por el Norte aparecía un nuevo grupo. Sin embargo, a pesar de la larga persecución, el Hijo del Saigá no parecía estar agotado, y los Kzams demostraban un cansancio, por lo menos, igual al suyo. Durante la interminable noche, Gau sólo había corrido para evitar las emboscadas y para inquietar a los enemigos. Mas, por desgracia, las maniobras de los Kzams le habían extraviado; y ahora corría a la ventura, sin saber ya si se hallaba al Oeste o al Sur de la roca donde debía reunirse con su jefe.

Naóh pudo seguir las peripecias de la caza. Gau se dirigió hacia un pinar situado al Nordeste. El primer grupo de Kzams le seguía formando una línea que le cortaba la retirada en un frente de mil codos. El segundo grupo, que desbordaba por

el Norte, comenzaba a desviarse con objeto de llegar al bosque al mismo tiempo que el fugitivo; pero mientras éste entraría en él por Occidente, ellos debían hacerlo por Levante. Esta situación no era desesperada ni siquiera muy desfavorable, con tal de que el fugitivo torciera hacia el Noroeste, en cuanto le ocultaran los árboles. Veloz como era, le sería fácil tomar un considerable avance; y si Naóh lograba reunírsele, ambos podrían huir en dirección al Gran Río.

De una sola ojeada, el jefe reconoció el camino favorable: era una extensión sembrada de matorrales, que le ocultarían hasta que llegase a la altura del bosque y a Poniente del mismo. Disponíase a descender de la colina, cuando una nueva percepción, la más temible de todas, le hizo estremecer: otro grupo de perseguidores apareció, esta vez al Noroeste. Gau sólo podía evitar ya el cerco de los Kzams, huyendo hacia Poniente, a toda velocidad; pero no parecía tener conciencia del peligro y seguía en línea recta.

Otra vez luchó Naóh entre la necesidad de salvar el Fuego, a Nam y a sí mismo, y la tentación de socorrer a Gau; y otra vez cedió a la misteriosa fuerza que empuja al hombre y a las fieras a continuar la obra comenzada. El Hijo del Leopardo,



después de una larga mirada al paraje, cuyas particularidades quedaron fijadas en sus ojos, descendió de la colina.



Echó a correr a lo largo del matorral, agachado a su borde; dió luego un rodeo a través de unas altas hierbas azules y rojizas; y como su velocidad era mucho mayor que la de los Kzams y de Gau, quienes economizaban su aliento, llegó cerca del bosque antes de que el fugitivo hubiese entrado en él.

Le faltaba entonces dar a conocer su presencia. Imitó por tres veces el bramido del gran ciervo, que era la señal familiar a los de su tribu. Pero la distancia era demasiado grande; Gau le hubie-
ra oído, quizá, en ocasión normal; pero cansado como estaba y puesta toda su atención en los que le perseguían, la llamada le pasó inadvertida.

Entonces Naóh se decidió a descubrirse, y abandonando las hierbas que le ocultaban, surgió delante de los enemigos y lanzó su grito de guerra. Un largo aullido, repetido por todos los

grupos de Kzams que llegaban en aquel instante al Oeste y al Este del bosque, repercutió en el espacio. Gau se detuvo, temblándole las rodillas, de gozo y de asombro; y lanzándose a toda velocidad, corrió hacia el Hijo del Leopardo. Ya éste, seguro de ser perseguido, huía siguiendo la línea practicable. Pero el tercer grupo de Kzams, advirtiéndolo, había cambiado también de ruta y se precipitaba a cortar la retirada, mientras los primeros perseguidores corrían, a todo el correr de sus piernas, en dirección casi paralela a la de los fugitivos. Estas maniobras lograron su objeto: la vía del Oeste quedó bloqueada a la vez por los Kzams y por una masa rocosa, casi inaccesible, y era inútil torcer hacia el Sudoeste, donde los guerreros formaban un gran semicírculo.

Como Naóh guiaba a Gau directamente hacia la roca, los Kzams, cerrando su cerco, lanzaron un grito de triunfo; algunos llegaron a cincuenta codos de los Ulhamr y les arrojaron azagayas. Pero Naóh, atravesando una cortina de matorrales, arrastraba a su compañero a través de un desfiladero que había divisado desde lo alto de la colina.

Los Kzams aullaban; algunos corrieron a su vez hacia el desfiladero, y los otros rodearon el obstáculo.

Entretanto, Naóh y Gau huían a toda velocidad y hubieran tomado un avance considerable, si el terreno no hubiese sido tan rudo, tan desigual y movedizo. Cuando salieron al otro extremo de la masa rocosa, tres Kzams desembocaban por el Norte, cortando la retirada. Naóh podía doblar al Mediodía;

pero hacia allí resonaba el ruido creciente de la persecución, de suerte que por aquel lado también iban a salirle al paso. Y cualquier vacilación era mortal.

Se lanzó en línea recta contra los recién aparecidos, la maza en una mano y el hacha en la otra, en tanto que Gau empuñaba su harpón. Temiendo que se escapasen los Ulhamr, los tres Kzams se habían esparcido. Naóh se abalanzó de un salto sobre el que estaba a su izquierda. Era un guerrero muy joven, ágil y flexible, que levantó el hacha para parar el golpe. Un mazazo le arrancó el arma de la mano, y otro mazazo le derribó.

Los dos restantes Devoradores de Hombres se habían precipitado contra Gau, contando derribarle en seguida y luego reunir sus fuerzas contra Naóh. El joven Ulhamr, arrojando una azagaya, había herido, aunque débilmente, a uno de los agresores; mas antes de que pudiera hacer uso del venablo, fué alcanzado en el pecho. Un rápido retroceso y un salto de través le permitieron ponerse en guardia. Mientras uno de los Kzams le atacaba de frente, con gran rapidez, el otro trataba de herirle por la espalda. Gau iba a sucumbir, cuando llegó su jefe. La enorme maza se desplomó como un árbol al ser derribado; uno de los Kzams cayó al suelo sin vida, y el otro se batió en retirada hacia un grupo de guerreros que venía al Norte y avanzaba a todo correr.

Era demasiado tarde. Los Ulhamr escapaban al cerco, huían hacia el Oeste, a lo largo de una línea desembarazada de enemigos; y a cada salto aumentaba su avance.

Corrieron largo tiempo, tan pronto sobre la tierra resonante, como sobre el sordo fango o entre las hierbas que silban como

reptiles; tan pronto en plena espesura como a través de una turbera, subiendo pendientes o corriendo cuesta abajo, sin tino. Antes que el sol hubiese llegado a la mitad del firmamento, llevaban ya seis mil codos de ventaja. Algunos momentos llegaron a suponer que el enemigo cesaría en su persecución; pero cuando llegaban a una altura y volvían la vista atrás, divisaban siempre, a lo lejos, la encarnizada jauría de los Devoradores de Hombres.

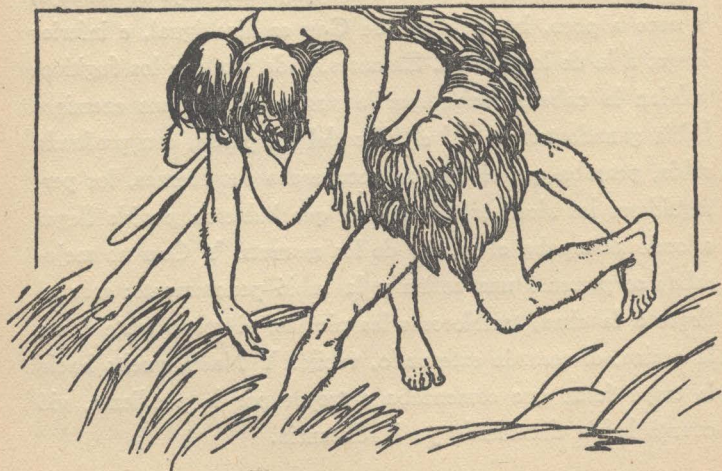
Con esto, Gau iba perdiendo fuerzas, pues su herida no había cesado de manar sangre. A veces no era más que un hilillo insignificante, ya que, a pesar de la furiosa carrera, la herida no se había abierto; pero después, algunos esfuerzos más bruscos o un paso en falso, en un bache, hacían que el rojo líquido volviera a brotar. Habiendo hallado al paso algunos álamos jóvenes, Naóh le había aplicado una compresa de hojas. No obstante, la herida continuaba sangrando bajo el vendaje, y poco a poco, la velocidad de Gau se hizo igual, e inferior luego, a la de los Kzams. Entonces, cada vez que los fugitivos volvían la cabeza, veían que la vanguardia de sus enemigos había ganado terreno. Y el Hijo del Leopardo, con profunda rabia, pensaba que si Gau no recuperaba sus fuerzas, los perseguidores los alcanzarían antes de que hubieran podido llegar adonde acampaba el rebaño de los mamuts. Y Gau no mejoraba; se presentó una colina y la subió penosamente; mas al llegar a la cima, temblorosas las piernas, el rostro triste como la ceniza, el corazón extenuado, vaciló. Y Naóh, vuelto hacia la tropa feroz que comenzaba a trepar por la pendiente, vio cuanto había disminuído ya la distancia.

— Si Gau no puede correr más — dijo con voz entrecortada —, los Devoradores de Hombres nos habrán alcanzado antes que nosotros llegemos a la vista del río.

— Los ojos de Gau no ven y sus orejas silban como grillos — balbuceó el joven guerrero —. Siga su camino el Hijo del Leopardo; Gau morirá por el Fuego y por el jefe.

— ¡Gau no morirá aún!

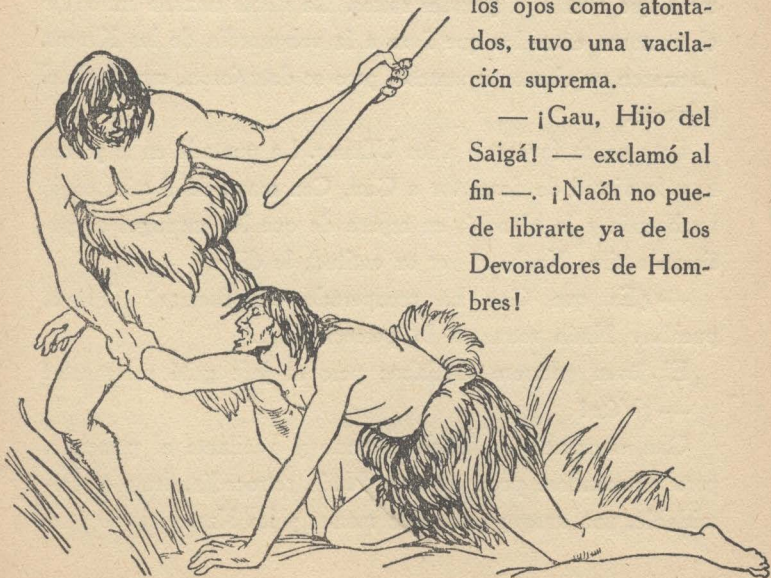
Volviéndose hacia los Kzams, Naóh hizo resonar un trino grito de guerra, y echándose a Gau al hombro recomenzó la carrera. Al principio, su gran valor y su formidable musculatura le permitieron conservar la ventaja. Sobre el suelo en declive saltaba arrastrado por el propio peso que llevaba. Flexibles como ramas de fresno, sus corvas sostenían aquella incesante tensión; mas al llegar al pie de la colina, su aliento se aceleró y sus pies se entorpecieron. Sin su herida que



le abrasaba sordamente, sin el mazazo que había recibido en la cabeza, y que le hacía zumbar aún los oídos, hubiera logrado aun con Gau a cuestas, dejar atrás a los Devoradores de Hombres, cuyas piernas eran cortas y estaban fatigadas por tan larga carrera. Pero había ido más allá de lo que permitían sus fuerzas; ningún otro animal hubiera podido llevar a cabo, sobre la estepa o entre los matorrales, un esfuerzo tan rudo y abrumador... Entretanto, la distancia que le separaba de sus enemigos decrecía de continuo. Oía sus pasos que rozaban la tierra, rebotando sobre ella; y Naóh se daba cuenta, a cada instante, de la ventaja que iban consiguiendo. Estuvieron a quinientos codos, luego a cuatrocientos, luego a doscientos. Entonces, el Hijo del Leopardo puso a Gau en el suelo; y, con

los ojos como atontados, tuvo una vacilación suprema.

— ¡Gau, Hijo del Saigá! — exclamó al fin —. ¡Naóh no puede librarte ya de los Devoradores de Hombres!



Gau se había puesto en pie, y contestó:

— ¡Naóh debe abandonar a Gau y salvar el Fuego!

Entumecido aún, pues no obstante las sacudidas se había dormido sobre los hombros del jefe, Gau se estiró y tendió los brazos, mientras los Kzams, a una distancia de sesenta codos, levantaban las azagayas para renovar la lucha. Naóh, resuelto a no huir hasta el último instante, les hizo frente. Zumbaron los primeros proyectiles; pero, arrojados de demasiado lejos, los más caían al suelo sin alcanzar a los Ulhamr; uno solo, rozando una pierna de Gau, le causó una herida tan ligera como la que hubiera podido hacerle una espina de rosal silvestre. Naóh respondió alcanzando con su maza al más cercano de los atacantes, y en seguida traspasó el vientre de otro guerrero que acudía a grandes saltos. La doble hazaña introdujo el trastorno entre los que iban a la vanguardia de los Kzams. Lanzaron un clamor espantoso, pero se detuvieron, esperando el refuerzo.

Esta pausa favoreció a los Ulhamr. La puntada en la pierna tuvo la virtud de despertar a Gau. Con mano débil aún, cogió un harpón y lo blandió, en espera de que los enemigos se pusieran a tiro. Naóh, al ver su actitud, le dijo:

— ¿Es que Gau ha recuperado sus fuerzas? ¡Huya, pues!... Naóh retrasará la persecución...

El joven guerrero vacilaba; pero el jefe gritó secamente:

— ¡Véte!

Gau emprendió la huida, pesado y vacilante al principio, pero afirmándose poco a poco. Naóh retrocedía, lento y formidable, una azagaya en cada mano; y los Kzams no se atre-

vían a acometerle. Al fin, su jefe ordenó el ataque. Los dardos silbaron, saltaron los hombres. Naóh detuvo a dos guerreros en su carrera y luego emprendió la suya.

Y la persecución recomenzó sobre la tierra inmensa. Gau, a ratos ágil, a ratos languideciendo, aflojados los músculos, extenuado, corría impelido por la mano de Naóh. Mas no por esto lograban ventaja sobre los Kzams, quienes les seguían a trote sostenido, sin apresurarse, fiados en su mayor resistencia. Pero Naóh no podía sostener más a su compañero. La gran fatiga y la fiebre le hacían insufrible su herida del hombro; su cráneo se llenaba de ruidos y, por añadidura, había tropezado con una roca lastimándose un pie.

— ¡Gau tiene que morir — repetía el joven guerrero —. Naóh dirá a los Ulhamr que ha combatido como bueno!

Naóh, sombrío, no contestaba, atento únicamente al trote de sus enemigos. Otra vez llegaron a doscientos, luego a cien codos de los fugitivos, mientras subían una abrupta ladera. Entonces, el Hijo del Leopardo, reuniendo sus energías más hondas, mantuvo el avance hasta lo alto de la colina. Y una vez allí, echando una intensa mirada hacia occidente, el pecho palpitante a la vez de cansancio y esperanza, gritó:

— ¡El Gran Río!... ¡Los mamuts!

El vasto caudal corría allí, reverberando entre los álamos, los sauces, los fresnos y los alisos; el gran rebaño estaba también allí, a unos cuatro mil codos, paciando las raíces y los brotes tiernos de los árboles. Naóh, arrastrando a Gau, lanzóse con un impulso que les hizo ganar una ventaja de más de cien codos. ¡Este era el último esfuerzo! Porque muy pronto per-

dieron esta pequeña ventaja, palmo a palmo. Los Kzams lanzaron su grito de guerra...

Cuando los Ulhamr hubieron llegado a unos dos mil codos más allá de la colina, los Kzams les tenían casi a su alcance. Corrían éstos con su paso corto y acompasado, tanto más seguros de coger a los Ulhamr, cuanto que éstos se encontrarían cerrado el paso por el colosal rebaño, y sabían que aquellos gigantes, a despecho de su pacífica indiferencia, no sufrían que nadie se mezclara con ellos. Y así, rechazarían a los fugitivos.

No obstante, los Kzams no descuidaban la persecución. Naóh y Gau oían ya su resuello; y faltaban todavía por salvar más de mil codos!... Entonces Naóh lanzó un agudo grito de queja. De un bosquecillo de plátanos, se vió salir un hombre. Un instante después, una de las enormes bestias levantó la trompa soltando un barrito estridente. Y se lanzó, seguido de otros tres, en línea recta, hacia el Hijo del Leopardo. Los Kzams, aterrados y contentos a la vez, se detuvieron: no había más que hacer, sino esperar el retorno de los Ulhamr, cercarlos y aniquilarlos.

Sin embargo, Naóh y Gau siguieron corriendo un centenar de codos; después, volviendo hacia los Kzams su rostro demacrado por la fatiga y sus ojos centelleantes por el gozo del triunfo, el Hijo del Leopardo gritó:

— ¡Los Ulhamr han hecho alianza con los mamuts!
¡Naóh se ríe de los Devoradores de Hombres!

Mientras hablaba así, los tres mamuts llegaron; y ante el infinito estupor de los Kzams, la más colosal de las bestias puso la trompa sobre el hombro del Ulhamr. Y Naóh proseguía:

— ¡Naóh ha tomado el Fuego! Ha derribado a cuatro Kzams en el campamento, y ha aterrado a otros cuatro mientras le perseguían...

Los Kzams contestaron con aullidos de rabia. Mas, como los mamuts seguían avanzando, retrocedieron a toda prisa, puesto que ellos, no menos que los Ulhamr, jamás habían imaginado que el hombre pudiese combatir con aquellas hordas titánicas.



VII

LA VIDA ENTRE LOS MAMUTS

Nam había conservado bien el Fuego. Brillaba éste, claro y puro, dentro de su jaula, cuando Naóh volvió a verlo. Y aunque su fatiga fuese extrema, aunque su herida le mordiese la carne como un lobo, y en su cabeza zumbara la fiebre, el Hijo del Leopardo tuvo un gran momento de felicidad. En su ancho pecho palpitaba toda la esperanza humana, más bella aun desde que, sin ignorarla, no pensaba ya en la muerte. La juventud vivía en él, y, para su corta previsión, esto significaba la Eternidad. Parecióle ver el pantano en primavera, cuando los cañaverales lanzan al aire, todos a la vez, sus tiernas flechas; cuando los álamos, los alisos y los sauces se revisten de sus hojas verdes y blancas; cuando las cercetas, las garzas y las palomas torcaces dialogan musicalmente; cuando la lluvia cae tan alegre, que es como si la vida misma cayese sobre la tierra. Y ante las aguas, y sobre las hierbas y entre los árboles, la faz de la posteridad era la faz de Gamla.

Cuando Naóh hubo soñado delante del Fuego, cogió unas raíces y plantas tiernas para rendir homenaje al jefe de los mamuts, pues pensaba que la alianza, para ser duradera, debía ser renovada diariamente. Sólo entonces, dejando a Nam la custodia del Fuego, fué a buscar un abrigo en el centro del gran rebaño y allí se tendió sobre la tierra.

— Si los mamuts dejan estos pastos — dijo Nam —, yo despertaré al Hijo del Leopardo.

— El pasto es aquí abundante — respondió Naóh —: los mamuts pacerán hasta la noche.

Y se hundió en un sueño profundo como la muerte.

Al despertar, el sol se inclinaba sobre la sabana. Nubes de color de esquisto se amontonaban y lentamente envolvían el disco de oro, semejante entonces a la enorme flor del nenúfar. Naóh sintió en las junturas de brazos y piernas un dolor como si se las hubieran roto; la fiebre corría a través de su cráneo y su espinazo; pero el molesto zumbido se debilitaba en sus oídos y el dolor del hombro amenguaba.

Se levantó, contempló primeramente el Fuego, y después preguntó a su joven compañero:

— ¿Han vuelto los Kzams?

— No se han alejado todavía... Aguardan al borde del río, delante de la isla de los álamos altos.

— Está bien — respondió el Hijo del Leopardo —. Les faltará el fuego durante las noches húmedas, perderán el valor y volverán a su horda. Duerma Nam, a su vez.

Mientras Nam se acostaba sobre las hojas y el líquen, Naóh examinó a Gau, que se agitaba en sueños. El joven estaba débil, su piel ardía, y su respiración era fatigosa; pero la sangre no manaba ya de su pecho. Naóh, pensando que Gau no entraría aún en las raíces de la profunda tierra, se inclinó sobre el Fuego, con un gran deseo de verle crecer en una fogata de ramas secas.

Pero rechazó este placer, dejándolo para los días siguientes,



pues lo primero era lograr que el jefe de los mamuts permitiera a los Ulhamr pasar la noche en su campamento. Naóh le buscó con la mirada. Le vió solitario, según su costumbre, para velar mejor por el rebaño y escrutar más ampliamente la llanura, paciando arbolillos que apenas brotaban del suelo. El Hijo del Leopardo cogió raíces de helecho, buscó también habas panosas, y con todo ello se dirigió hacia el gran mamut. La bestia, al acercarse el hombre, dejó de pastar, movió suavemente la velluda trompa y dió algunos pasos a su encuentro. Viéndole los brazos cargados de comida, mostró su contento y su afecto hacia el hombre. El nómada tendió la provisión que estrechaba contra el pecho, y murmuró:

— Jefe de los mamuts, los Kzams no han abandonado aún el río. Los Ulhamr son más fuertes que ellos, pero sólo son

tres, mientras ellos son más de tres veces dos manos, y nos matarán si nos alejamos de los mamuts.

El coloso, harto de una jornada entera de pacer, comía lentamente las raíces y las habas. Cuando hubo acabado, miró al sol poniente; y después se acostó en el suelo, mientras su trompa rodeaba el cuerpo del hombre. Naóh dedujo de esta actitud, que la alianza era completa, y que podía esperar su curación y la de Gau en el campamento de los mamuts, sin temor a los Kzams, al león, al tigre y al oso gris. Quizá le sería también concedido encender el Fuego devorador y gustar la dulzura de las raíces, las castañas y las carnes asadas.

En esto el sol se ensangrentó en el vasto Occidente, e iluminó magníficos celajes. Fué un anochecer rojo como la flor de cañacoro, amarillo como una pradera de ranúnculos, liláceo como los cólquicos en una ribera de otoño; y sus resplandores registraban la profundidad del río. Fué uno de los más bellos crepúsculos de la tierra mortal. No excavó en el cielo perspectivas inconmensurables, como los crepúsculos de estío; pero tuvo lagos, islas y cavernas saturados del fulgor de las magnolias, del ácoro bastardo y del rosal silvestre, cuya brillantez arrebatava el alma primitiva de Naóh. Y éste se preguntaba quién podía iluminar aquellos espacios inmensos, qué hombres y qué bestias vivían detrás de la montaña del cielo...

Tres días hacía que Naóh, Gau y Nam moraban en el campamento de los mamuts. Los vengativos Kzams continuaban merodeando a la orilla del Gran Río, con la esperanza de capturar y devorar a los hombres que habían burlado su astucia, desafiado su fuerza y tomado su fuego.

Naóh no los temía ya; su alianza con los mamuts se había hecho completa, y todas las mañanas su vigor personal se afirmaba. Ya no le zumbaba el cráneo; la herida del hombro, poco profunda, se cerraba rápidamente, y la fiebre había cesado. Gau se restablecía también. Frecuentemente, los tres Ulhamr, desde lo alto de un montecillo, desafiaban a sus adversarios.

Naóh les decía a gritos:

— ¿Por qué vagabundeáis alrededor de los mamuts y de los Ulhamr? Delante de los mamuts sois como los chacales ante el Gran Oso. ¡Ni la maza ni el hacha de ningún Kzam pueden resistir a la maza ni al hacha de Naóh! Si no partís hacia vuestros cazaderos, os pondremos celadas y moriréis a nuestras manos.

Nam y Gau lanzaban el grito de guerra y blandían las azagayas; pero los Kzams merodeaban en los matorrales, entre las cañas, en la sabana o bajo los arces, los sicomoros, los fresnos y los álamos. De repente, se distinguía un velludo torso, una cabeza coronada de largos cabellos, o bien, en la penumbra, se deslizaban confusas siluetas. Y aunque no la temiesen, los Ulhamr detestaban su presencia, que les impedía alejarse para reconocer el terreno y constituía una amenaza para lo por venir, pues sería necesario muy pronto abandonar a los mamuts para volver hacia el Norte. El Hijo del Leopardo pensaba en los medios de alejar al enemigo.

Continuaba en sus homenajes al jefe de los mamuts. Tres veces al día recogía para él tiernas raíces y pasaba largos ratos a su lado, a fin de comprender su lenguaje y hacerle entender el suyo. El mamut escuchaba gustoso la palabra huma-

na, sacudía la cabeza y parecía pensativo; a veces un fulgor singular lucía en sus oscuros ojos, o sus párpados se fruncían como si viera. Entonces Naóh pensaba:

— El Gran Mamut comprende a Naóh; pero Naóh no le comprende a él.

Sin embargo, uno y otro hacían gestos y movimientos cuyo sentido no era dudoso y que se referían a la comida. Cuando el nómada gritaba:

— ¡Aquí está!

El mamut se acercaba en seguida, aun cuando Naóh estuviese escondido, pues sabía que iba a hallar raíces, frescos tallos o frutos. Poco a poco, aprendieron a llamarse, incluso sin objeto. El mamut lanzaba un barrito suave y Naóh articulaba una o dos sílabas. Estaban contentos de hallarse uno junto al otro. El hombre se sentaba en el suelo; el mamut daba vueltas a su alrededor y, alguna vez, como por vía de juego, le levantaba delicadamente en su trompa arrollada.

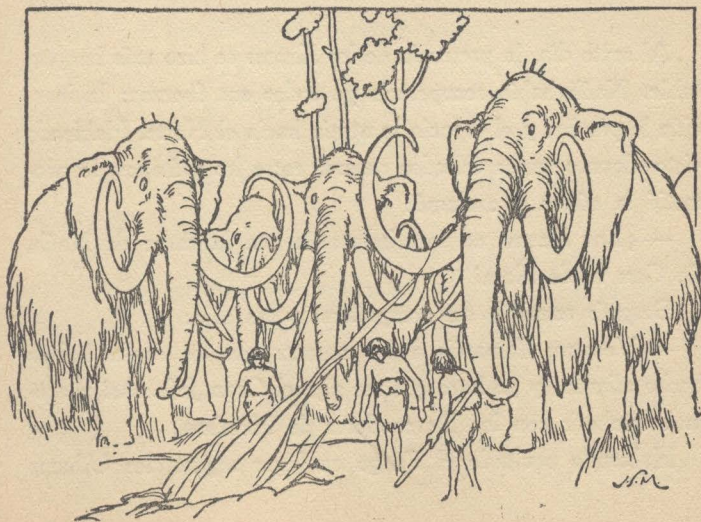
Para llegar a su objeto, Naóh había ordenado a sus compañeros que rindieran homenaje a otros dos mamuts, que eran jefes después del coloso. Al familiarizarse con los nómadas, les daban la afección que ellos les habían pedido. Luego Naóh enseñó a los dos jóvenes la forma de acostumbrar a los gigantes a su voz; y de tal manera lo hicieron, que al quinto día los mamuts acudían al llamamiento de Nam y Gau.

Los Ulhamr tuvieron una gran dicha. Un anochecer, antes de finalizar el crepúsculo, habiendo acumulado ramas y hierbas secas, Naóh se atrevió a encender una fogata. El aire era fresco, bastante seco, y la brisa soplaba apenas. La llama

creció al principio negra por el humo, y luego pura, rugiente y del color de la aurora.

De todas partes los mamuts acudieron. Se veían avanzar sus grandes cabezas, y en sus ojos brillaba la inquietud. Los más nerviosos barritaban, porque conocían el Fuego. Lo habían encontrado vagando por la sabana y la selva, después de caer el rayo, y hasta los había perseguido con espantosos crugidos; su aliento les roía el cuerpo y sus dientes les traspasaban la invulnerable piel. Los mamuts ancianos se acordaban de compañeros que fueron rodeados por aquella cosa terrible, y no habían vuelto jamás. Así, contemplaban con temor e irritación la llama junto a la cual se sentaban las bestezuelas verticales.

Naóh, advirtiendo el desagrado de los titanes, se acercó al gran mamut y le dijo:



— El fuego de los Ulhamr no puede escaparse, no puede crecer entre las plantas ni puede lanzarse sobre los mamuts, porque Naóh lo ha hecho prisionero en un terreno donde carecerá de alimento.

El coloso, conducido a diez pasos de la llama, la contemplaba; y más animoso que sus semejantes, penetrado de una obscura confianza al ver a sus débiles amigos tan serenos, se tranquilizó. Como su inquietud o su sosiego regían, desde hacía largos años, los del rebaño entero, todos, poco a poco, dejaron de temer al fuego inmóvil de los Ulhamr, como temían al fuego formidable que galopa sobre la estepa.

Así Naóh pudo alimentar la llama y rechazar las tinieblas. Y aquella noche gustó la carne, las raíces, los hongos asados, y se regaló con ello.

Al sexto día, la presencia de los Kzams se hizo más insopor- table. Naóh había recuperado ya todas sus fuerzas; la inacción le pesaba, y el espacio le atraía hacia el Norte. Habiendo visto algunos torsos velludos asomar entre los plátanos, le acometió la cólera y exclamó:

— ¡Los Kzams no se alimentarán con la carne de Naóh, de Gau ni de Nam!

Después reunió a sus compañeros y les dijo:

— Vosotros llamaréis a los mamuts con los cuales habéis hecho alianza, y yo haré que me siga el Gran Jefe. Así podremos combatir con los Devoradores de Hombres.

Habiendo ocultado el Fuego en lugar seguro, los Ulhamr

se pusieron en camino. A medida que se alejaban del campo, ofrecían alimento a los mamuts, y Naóh, de cuando en cuando, les hablaba con suaves voces. Sin embargo, al llegar a cierta distancia, los colosos vacilaron, porque el sentimiento de su responsabilidad con el rebaño aumentaba a cada zancada, y les hacía detenerse y volver la cabeza hacia Occidente. Por fin, se pararon en seco; y cuando Naóh lanzó el grito de llamada, el jefe de los mamuts respondió llamándole a su vez. El Hijo del Leopardo volvió sobre sus pasos, pasó la mano por la trompa de su aliado y le dijo:

— Los Kzams están escondidos entre los arbustos. Si los mamuts nos ayudaran a combatirles, ellos no se atreverían a vagabundear en torno del campamento.

El jefe de los mamuts permanecía impassible, y no cesaba de mirar atrás, hacia el lejano rebaño cuyos destinos regía. Sabiendo Naóh que los Kzams estaban ocultos a unos pocos tiros de azagaya, no pudo resolverse a abandonar el ataque y se deslizó, seguido de Nam y Gau, a través de la espesura. Los dardos silbaron; varios Kzams se irguieron entre los matorrales para apuntar mejor al enemigo, y Naóh lanzó un largo y estridente grito.

Entonces, el jefe de los mamuts pareció comprender. Lanzó el barrito formidable que reunía la manada, y se precipitó, seguido de los otros dos machos, contra los Devoradores de Hombres. Naóh, blandiendo la maza, y Nam y Gau con el hacha en la mano izquierda y un dardo en la diestra, atacaron clamando belicosamente. Espantados, los Kzams se dispersaron a través de los matorrales; pero el furor se había apoderado

de los mamuts y cargaron sobre los fugitivos, como hubieran cargado contra los rinocerontes, mientras que desde la orilla del Gran Río se veía al rebaño entero acudiendo en grupos enfurecidos. Todo crugía al paso de las formidables bestias; los animales ocultos, lobos, chacales, corzos, ciervos, caballos, saigás y jabalíes, se levantaban de la tierra y huían como ante la proximidad de un huracán.

El gran mamut fué el primero que alcanzó a un enemigo. El Kzam se echó al suelo, aullando de terror; mas la musculosa trompa se dobló para cogerlo, le arrojó verticalmente a diez codos de altura, y al caer, una de las enormes patas le aplastó como a un insecto.

El rebaño llegaba, y su flujo temible anegó el matorral. Una oleada de músculos cubrió la llanura; toda la tierra palpitaba como un pecho; y cuantos Kzams se hallaron al paso, desde el Gran Río hasta los cerros y hasta la fresneda, quedaron convertidos en barro sangriento. Únicamente entonces el furor de los mamuts se apaciguó. El jefe, deteniéndose al pie de una colina, dió la señal de paz; y detuviéronse todos, centelleantes todavía los ojos, sacudidos los flancos por los estremecimientos de la cólera.

Los Kzams que pudieron escapar al desastre, huían desatinadamente hacia el Mediodía. No había que temer ya sus emboscadas. Renunciaban para siempre a matar a los Ulhamr y devorarlos; y llevaban a su horda la asombrosa noticia de la alianza de los Hombres del Norte con los mamuts, cuya leyenda se perpetuaría en el curso de los siglos y de incontables generaciones...

Durante diez días, los mamuts descendieron hacia las tierras bajas, a lo largo de la ribera. Su vida era bella. Perfectamente adaptados a las praderas, la fuerza llenaba sus pesados flancos; un alimento abundante se les ofrecía a cada recodo del río, en los barrizales palustres, sobre el humus de los llanos y entre los viejos oquedales.

Ninguna bestia turbaba su camino. Soberanos de la tierra, dueños de caminar y detenerse a su gusto, sus antepasados les habían asegurado la victoria, perfeccionando el instinto de la raza, endulzando sus costumbres, regulando sus jornadas, su táctica, sus campamentos y su jerarquía, proveyendo a la defensa de los débiles y a la inteligencia entre los poderosos. La estructura de su cerebro era delicada y estaba provista de sutiles sentidos: tenían una visión exacta, y no la pupila inquieta del caballo o del uro; el olfato fino, el tacto seguro y muy vivo el oído.

Enormes y al mismo tiempo flexibles; gruesos, pero ágiles, exploraban las aguas y la tierra, palpaban los obstáculos, olfateaban, cogían, arrancaban o amasaban, con aquella trompa de nervios finos, que se arrollaba como una serpiente, estrechaba como un oso y trabajaba como la mano del hombre. Sus colmillos excavaban el suelo; de una pisada de sus redondas patas, aplastaban al león.

Nada ponía límites a la victoria de su raza. Les pertenecía el tiempo, como el espacio. ¿Quién hubiera podido turbar su reposo; quién les impediría perpetuarse en generaciones tan numerosas como aquellas de las cuales descendían?

Así soñaba Naóh, mientras iba acompañando a aquel

pueblo de colosos. Escuchaba con placer como crugía la tierra a su paso, y contemplaba orgullosamente sus anchas y pacíficas hileras, escalonadas delante del río o bajo las enramadas de otoño. Todos los animales se apartaban a su proximidad; y los pájaros, para verlos, descendían de lo alto o se elevaban por encima de los cañaverales. Fueron aquellos días tan dulces en su seguridad y abundancia, que, sin el recuerdo de Gamla, Naóh no hubiera deseado su fin, pues ahora que conocía a los mamuts, los hallaba menos rudos, menos inseguros. Su jefe no era, como Faúhm, temible aun para sus propios amigos, antes bien conducía la manada sin amenazas ni perfidia. No había un solo mamut que tuviera el genio feroz de Agooh y sus hermanos...

Al romper el alba, cuando el río perleaba hacia Oriente, los mamuts se levantaban de la húmeda tierra. El Fuego chisporroteaba, ahito de pino o sicomoro, de álamo o tilo; y en la profundidad silvestre, sobre la orilla brumosa, las bestias sabían que la vida del mundo había vuelto a aparecer.

Esta aparición se ensanchaba en las nubes, inscribiendo en ellas el símbolo de todo lo que la luz hacía brotar de las tinieblas, donde, sin ella, los pórfidos, los cuarzos, los gneis, la mica, los minerales, las gemas y los mármoles dormirían incoloros y glaciales; símbolo también de cuantas formas y colores crea la vida al agitar el mar tumultuoso y volatilizarlo en el espacio, y al unirse al agua para tejer las plantas y amasar la carne de las bestias.

Cuando la vida llenaba el pesado cielo de otoño, barritaban los mamuts, levantando sus trompas, y empezaban a gozar

de esa juventud que trae la mañana y hace olvidar la noche. Se perseguían en las sinuosidades de las ensenadas y hasta el extremo de los promontorios; se reunían en grupos, llenos de emoción, ante el simple y profundo placer de reconocerse con la misma estructura, los mismos instintos, los mismos movimientos que la víspera. Después, sin prisa y sin pena, desenterraban las raíces, arrancaban los frescos tallos, pacían la hierba, trituraban las castañas y las bellotas, paladeaban toda especie de setas y hongos, y saboreaban la trufa. Gustaban de bajar todos juntos a abrevarse; y entonces su pueblo parecía más numeroso, su masa más imponente.

Naóh subía a algún cerro o escalaba una roca para verlos bajar hacia la orilla.

Sus dorsos se sucedían como los aludes de una avenida torrencial, sus anchos pies abrían hoyos en la arcilla, sus orejas parecían gigantescos murciélagos prontos a tomar el vuelo; agitaban las trompas como troncos de citiso cubiertos de musgo fangoso, y los colmillos, a centenares, alargaban sus venablos lisos, relucientes y curvos...

Volvió la puesta del sol, y otra vez las nubes resumían el esplendor de las cosas. La carnívora noche caía como una neblina violácea, y el Fuego empezaba a crecer. Los Ulhamr le servían una comida copiosa; y él devoraba glotonamente la leña de pino y las hierbas secas, jadeaba al roer el sauce, y su aliento se volvía acre al atravesar los tallos y las hierbas húmedas. A medida que se agrandaba, su cuerpo se volvía más claro y su voz más ronca; secaba la tierra fría y rechazaba las tinieblas hasta a un millar de codos. Cuando añadía a la

carne, a las castañas y a las raíces un sabor penetrante, el gran mamut iba a contemplarlo. Se acostumbraba a él, se gozaba en su caricia y en su resplandor, fijaba en él sus ojos pensativos y seguía las acciones de Naóh, Nam y Gau al echar ramajes, troncos o hierbas secas en las fauces de escarlata. Quizá entreveía vagamente que la raza de los mamuts sería más fuerte aún, si pudiera servirse del fuego.

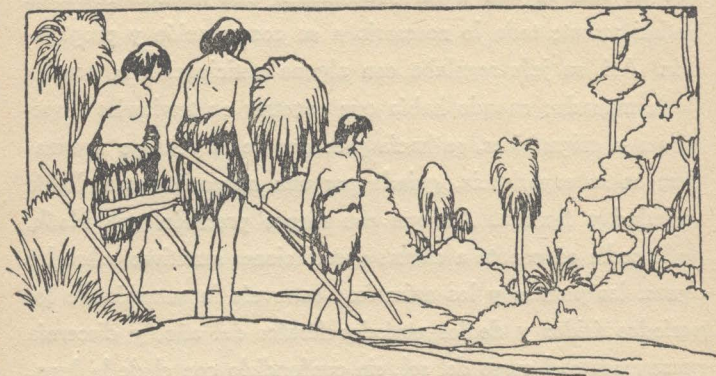
Un anochecer se acercó más que los otros días, alargando la trompa y olfateando los soplos que se levantaban de aquella bestia de formas variables. El gran mamut estaba tan inmóvil vil que parecía una roca de granito; después, cogiendo una gruesa rama, la tuvo un instante suspendida y la echó en medio de las llamas. La rama hizo brotar una bandada de chispas, crugió, silbó, humeó y se inflamó por fin. Entonces, sacudiendo la cabeza con aire de contento, el coloso fué a poner su trompa sobre el hombro de Naóh, quien no había hecho el menor movimiento. Sobrecogido de estupor y admiración, creyó que los mamuts sabían cuidar el Fuego como los hombres; y se preguntó por qué pasaban las noches en medio del frío y la humedad de las tinieblas. La contestación era obvia, pero su mentalidad de salvaje no acertó a formularla: los mamuts no sabían hacer fuego, ni construir armas defensivas, porque carecían de inteligencia.

A partir de entonces, el gran mamut se encariñó más todavía con los nómadas. Ayudaba a recoger leña, alimentaba el fuego, con prudencia y sagacidad, y parecía soñar envuelto en la claridad bronceada, purpúrea o carmesí que despedía la llama. En su enorme cráneo parecían agrandarse nuevas nociones, esta-

bleciendo un lazo mental entre él y los Ulhamr. Comprendía varias palabras y muchos ademanes, y él mismo sabía darse a entender. En aquel tiempo las tribus desprendidas y alejadas del centro de civilización inicial, descendieron rápidamente a un grado de embrutecimiento que los hubiera nivelado con las bestias, a no poseer el atributo innato de la inteligencia, facultad que les está negada a los irracionales. Los mamuts conocían instintivamente todo lo necesario a su conservación y propagación. Así, su jefe regulaba con alguna anticipación la partida de la manada; cuando había que penetrar en territorios sospechosos o enigmáticos, se hacía preceder de escuchas o avanzadas; en su experiencia, guiada por una memoria tenaz, había variedad y firmeza. Aunque con menos precisión que Naóh, no le cedía en cuanto a ciertas apreciaciones sensitivas sobre las aguas, las plantas y los animales; entreveía la sucesión de los períodos áridos y de los períodos fértiles del año, y discernía groseramente el curso del sol, sin confundirlo con el de la luna.

Porque si los hombres, desde hacía millares de años, iban acrecentando y afinando su entendimiento por medio de todo lo que habían palpado y transformado sus manos, los mamuts, en cambio, con ayuda de su ingeniosa trompa desenvolvían multitud de percepciones que permanecían ignoradas a aquellos. Sin embargo, reducido a algunas entonaciones y a pocos signos, el lenguaje de los colosos sólo expresaba sensaciones y estados pasionales o instintivos; ninguna percepción suya podía combinarse con otra o ensancharse por medio de ese gran río de la tradición oral, que, entre los hombres, causaba, reunía, variaba inagotablemente la experiencia, la invención y las imágenes...

Si el instinto hereditario de los mamuts se limitaba a la imitación de actos y gestos milenarios, a la transmisión de añagazas y tácticas, a una somera educación sobre el uso de los objetos o las relaciones con la comunidad y los individuos, tenían la ventaja de un instinto social más antiguo que el de los hombres, y de una longevidad que favorecía la experiencia individual. El hombre



no estaba conformado para vivir tantas estaciones como el mamut, y se veía mucho más sujeto a perecer por accidente. No podía tampoco contar con una protección muy eficaz; el odio de sus semejantes le amenazaba no solamente fuera, sino en el seno de la Horda misma. Así, existían menos hombres que mamuts, que hubiesen recibido de la vida una lección a la vez copiosa y duradera. Y Naóh veía en su colosal compañero — en quien una larga existencia dejaba intactos el vigor, la agilidad y la memoria, y cuyos ojos, oídos y olfato conservaban su juventud —, un instinto que él juzgaba superior a la inteligencia del viejo Goún, cuyos recuerdos eran vastos, mas cuyas arti-

culaciones se volvían rígidas, los movimientos perezosos e indecisos, el oído duro y turbia la vista...

Entretanto, los mamuts continuaban descendiendo el curso del Gran Río; y ya su ruta se alejaba de la que debía llevar



a los Ulhamr hacia la Horda, pues el río, que al principio seguía la dirección Norte, luego se desviaba al Oriente e iba muy pronto a descender hacia el Sur. Naóh se inquietaba. A menos que el rebaño no consintiese en abandonar la vecindad de las orillas, iba a ser preciso separarse de él. ¡Y era tan grata la costumbre de vivir entre aquellos compañeros enormes y benévolos! Tras tanta seguridad, las soledades iban a parecer más feroces. Allá, bajo el lluvioso otoño, en la selva llena de fieras, sobre la inmensa pradera en fermentación, vendrían día y noche la emboscada y el acecho, la brutalidad de los elementos y la perfidia del felino.

Una mañana, Naóh se detuvo ante el jefe de los mamuts, y le dijo:

— El Hijo del Leopardo ha hecho alianza con la Horda de los mamuts. Su corazón está contento a su lado. Les seguiría durante estaciones sin cuento; pero debe volver a ver a Gamla, a orillas del Gran Pantano. Su ruta es al Norte y hacia Occidente. ¿Por qué no dejan los mamuts las orillas del río?

Se había apoyado contra uno de los colmillos del mamut; la bestia, presintiendo por la expresión de Naóh la gravedad de sus designios, le escuchaba inmóvil.

Después osciló lentamente su pesada cabeza y reanudó el camino, para guiar el rebaño, que continuaba siguiendo la orilla. Naóh pensó que era aquella la respuesta del coloso, y se dijo:

— Los mamuts tienen necesidad de las aguas... También los Ulhamr preferirían seguir el curso del río...

La necesidad le salía al paso. Exhaló un hondo suspiro y llamó a sus compañeros. Después, habiendo visto desaparecer la retaguardia del rebaño, subió a un montecillo y contempló, a lo lejos, al jefe que le había acogido y salvado de las garras de los Kzams. El pecho se le llenaba de dolor y de miedo. Y volviendo los ojos al Norte-Occidente, sobre la estepa y la maleza de otoño, sintió su debilidad de hombre; y su corazón voló, lleno de ternura, hacia los mamuts y su fuerza inagotable.

TERCERA PARTE

I

LOS ENANOS ROJOS

Siguieron grandes lluvias. Naóh, Nam y Gau se encenagaron en las tierras inundadas, erraron bajo enramadas podridas, franquearon montes y descansaron al abrigo de espesas frondas, en las oquedades de las rocas o en las grietas del terreno. Era el tiempo de las setas. Sabiendo que son pérfidas y pueden matar al hombre, como el veneno de las serpientes, ninguno de ellos comía sino las que los ancianos les habían señalado como buenas, según su forma y color, y distinguíanlas también con el olfato. Cuando faltaba la carne, iban, según los lugares y alturas, en busca de las varias especies de setas comestibles e inofensivas. Buscábanlas a la sombra de los húmedos oquedales, entre las chorreantes encinas, los olmos devorados por el musgo, los herrumbrosos sicomoros, o sobre las plantas viscosas, en el letargo de las hondonadas, bajo los saledizos de los esquistos, los gneis y los pórfidos.

Esta vez, con el fuego conquistado, podían cocerlas, ensartadas en ramitas o expuestas sobre piedras planas y aun sobre la arcilla. También asaban bellotas, raíces y a veces castañas; tostaban ayucos y nueces, y extraían dulces savias de los arces.

El fuego constituía su gozo y su pena. Defendíanlo con astucia y encarnizamiento, contra el huracán y las lluvias torrenciales. Algunas veces, cuando el agua caía demasiado espesa y demasiado insistente, se hacía necesario abrigarlo; si no hallaban el refugio en las rocas ni en los árboles ni en el suelo, era necesario abrirlo, construirlo, en lo cual perdían



largas jornadas. Perdíanlas también en rodear los obstáculos: por haber querido cortar por lo más derecho, quizá habían alargado su viaje; mas ellos lo ignoraban, y se dirigían hacia el país de los Ulhamr, guiándose por su instinto y remitiéndose al sol, que daba indicaciones vagas, pero incesantes.

Llegaron al borde de una tierra arenosa, salpicada por masas de granito y basalto. Esta tierra parecía cerrar todo el Norte-Occidente, y era blanca, miserable y amenazadora. De trecho en trecho producía un poco de hierba dura; algunos pinos extraían de las dunas una vida penosa; los líquenes mor-

dían la piedra y colgaban en pálidos vellones. Alguna liebre febril, algún atemorizado antílope pasaban, flanqueando las colinas o metiéndose en los pasos de los cerros. La lluvia se hacía más rara; erraban flácidas nubes al par de las grullas, los gansos y las chochas.

Naóh vacilaba en internarse en aquel terreno lamentable. El día iba declinando; una claridad terrosa se deslizaba sobre la llanura; el viento corría sordo y lúgubre.

Los tres Ulhamr, vuelto el rostro hacia las arenas y las rocas, sintieron en la nuca el escalofrío del desierto; mas como tenían carne en abundancia y la llama lucía clara en las jaulas, echaron a andar a la ventura.

Cinco días pasaron sin ver el fin del llano y de las dunas desiertas. Tenían hambre, porque las bestias, finas y veloces, escapaban a sus celadas. Tenían sed, pues la lluvia había disminuído aún más y la arena sorbía el agua. Y más de una vez llegaron a temer la muerte del Fuego. Al sexto día, la hierba se mostró más frecuente y menos dura; a los pinos sucedieron los sicomoros, los plátanos, los álamos, y las charcas se multiplicaron. Luego la tierra se obscureció, el cielo se hizo más bajo, lleno de opacas nubes, que se abrían sin fin. Los Ulhamr pasaron la noche bajo un álamo, después de haber encendido un montón de leña y hojas, que gemía bajo el chaparrón y esparcía una humareda sofocante.

Naóh hizo la primera vela, y después de él veló Nam. El joven Ulhamr caminaba alrededor de la hoguera, atento a reanimarla con ayuda de una vara y a secar las ramas antes de darlas al fuego como alimento. Un pesado resplandor se

arrastraba a través de los vapores y la humareda; se alargaba sobre el barro; se deslizaba entre los arbustos y enrojecía penosamente las frondas. En torno, rondaban las tinieblas; y éstas lo llenaban todo. Entre el rumor del agua, parecían como un flúido formidable y viscoso. Nam se agachaba para secarse las manos y los brazos; después, aguzaba el oído. En el fondo de las tinieblas estaba el peligro, un peligro informe, que podía desgarrar con la zarpa o con la mandíbula, aplastar bajo los cascos de la manada, deslizar la fría muerte entre los anillos de la serpiente, romper los huesos con el hacha o traspasar el pecho con el harpón...

El guerrero experimentó un brusco estremecimiento: sus sentidos y su instinto se alarmaron; conoció que algo vivo merodeaba alrededor del fuego, y tocó suavemente al jefe.

Naóh se puso de pie de un salto, explorando a su vez la obscuridad nocturna, y vió que Nam no se había engañado. Vagaban seres cuyo efluvio se disipaba entre la humedad y el humo; a pesar de ello, el Hijo del Leopardo adivinó la presencia humana. Dió tres fuertes golpes de venablo, en lo más abrasado de la hoguera; saltaron las llamas, mezcladas de azufre y escarlata, y a lo lejos unas siluetas se ocultaron.

En seguida despertó el jefe al compañero dormido:

— ¡Los hombres están ahí! — murmuró.

Uno al lado del otro, durante largo rato, procuraron sorprender la obscuridad. Nada volvió a verse. Ningún ruido extraño turbaba el chapoteo de la lluvia; ningún efluvio evocador se descubría en los soplos del viento. ¿Dónde estaba, pues, el peligro? ¿Era una horda o algunos hombres que habitaban

en la soledad? ¿Qué camino debía tomarse para luchar o para huir?

— ¡Custodiad el Fuego! — dijo al fin el jefe.

Sus compañeros vieron que el cuerpo de Naóh disminuía. Después de dar un rodeo, el Ulhamr se orientó hacia los matorrales donde había visto ocultarse las siluetas humanas.



El Fuego le guiaba, pues aunque fuese invisible, esparcía un resplandor de crepúsculo. Naóh se detenía continuamente, empuñando el hacha y la maza; a veces pegaba el oído al suelo, y siempre ponía cuidado en avanzar trazando curvas y no en línea recta. Merced a la blandura de la tierra y a su precaución, ni el oído del lobo más fino hubiera podido oír su paso.

Antes de llegar a los matorrales, se detuvo. Dejó pasar algún tiempo sin que oyera ni percibiera otra cosa que la caída de las gotas de lluvia, el susurro de los vegetales o la huída de un animal asustado.

Entonces tomó un rumbo oblicuo, traspasó los matorrales y volvió sobre sus pasos: no descubría traza alguna.

Mas no se extrañó por esto, pues su instinto se lo había anunciado ya, y se alejó en dirección de un cerro que había divisado antes, al anochecer. Cuando llegó a la cima, después



de escalarla con tiento y rodeos, descubrió abajo, a lo lejos, en una hondonada y a través de la bruma, un resplandor que denotaba otra hoguera humana. La distancia era tan grande y tan opaca la atmósfera, que apenas pudo discernir algunas deformes siluetas; pero no cabía duda acerca de su naturaleza. El escalofrío que le sacudió al borde del lago, le acometió nuevamente. Y el peligro, esta vez, era peor, porque los desconocidos habían reconocido la presencia de los Ulhamr, antes de ser ellos mismos descubiertos.

Naóh, muy paso a paso al principio, más rápidamente cuando el Fuego fué visible, regresó a su campamento.

— ¡Los hombres están allí! — murmuró.

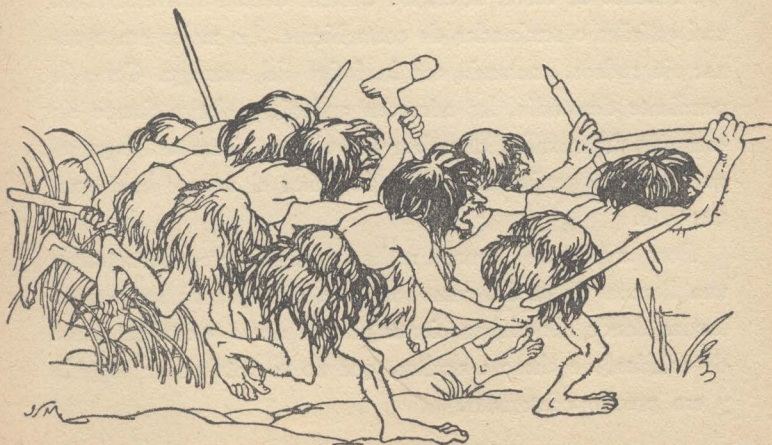
Tendía la mano hacia el Este, seguro de su orientación; y añadió, después de una corta pausa:

— Hay que reanimar el Fuego en las jaulas.

Confió esta operación a Nam y Gau, mientras él por su mano echaba brazadas de ramaje alrededor de la fogata, para formar una suerte de barrera luminosa. Así los que se acercaran podrían distinguir el resplandor de las llamas, pero no si había centinelas. Cuando las jaulas estuvieron listas y repartidas las provisiones, Naóh dispuso la partida.

La lluvia se hacía más fina y no soplabá un hálito de aire. Si los enemigos no cerraban el camino o no traslucían inmediatamente la fuga, rodearían la hoguera que ardía en la soledad, y, juzgándola defendida, no atacarían sino después de haber multiplicado las tretas y las precauciones. Así Naóh y los suyos podían tomar considerable ventaja.

Hacia el amanecer cesó la lluvia. Una triste claridad subió de los abismos, y la aurora se arrastró miserablemente detrás de las nubes. Desde hacía rato, los Ulhamr iban subiendo una



suave pendiente. Cuando llegaron a lo más alto del repecho, sólo vieron, al principio, la sabana, la maleza y los bosques, color de ocre o de pizarra, con islas azules y claros rojizos.

— Los hombres han perdido nuestra huella — murmuró Nam. Mas respondióle Naóh:

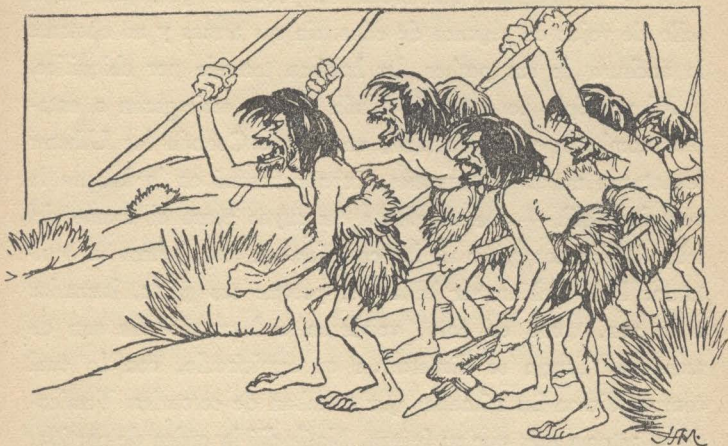
— ¡Los hombres nos persiguen!

En efecto, dos siluetas surgieron, en la bifurcación de un río, seguidas de otras treinta. No obstante la distancia, Naóh juzgó a esos hombres como de estatura extraordinariamente baja; de sus armas nada podía decirse, puesto que no era posible distinguirlas. Y como no veían a los Ulhamr, que andaban ocultos por los árboles, sus seguidores se detenían de cuando en cuando, para examinar las huellas. Su número fué aumentando y el hijo del Leopardo los evaluó en más de cincuenta. Sin embargo, no parecían poseer igual agilidad que los fugitivos.

A menos de volver atrás, los Ulhamr debían atravesar zonas casi estériles o sembradas de corta hierba. Lo mejor era avanzar sin rodeos, contando con la fatiga del enemigo. Como la pendiente descendía, los nómadas anduvieron largo tiempo sin cansarse. Y cuando, al volver la cabeza, vieron a los perseguidores que gesticulaban sobre la cima, el avance había aumentado.

Poco a poco, el terreno se hacía más áspero. Encontraron una llanura de greda, como convulsa e hinchada; luego unas laudas donde abundaban ciertas plantas duras y estaban llenas de celadas, de charcas ocultas, que no se notaban en seguida y era preciso contornear.

Cuando se había evitado una se presentaban otras, de suerte que los nómadas no avanzaron gran cosa. Al fin las salvaron; y entonces se presentó una tierra rojiza, con algunos pinos muy altos y muy enclenques, rodeada de turbales. Y ya volvían



a divisar la sabana, y Naóh se regocijaba por ello, cuando asomó por la izquierda un grupo de hombres. En seguida reconoció su estructura.

¿Eran los mismos que por la mañana y, conocedores del terreno, habían seguido una vía más corta que los fugitivos; o bien era otra cuadrilla de la misma raza? Estaban bastante cerca para que se pudiera apreciar con exactitud la exigüidad de su estatura: la frente del más alto llegaría, apenas, al pecho de Naóh. Tenían la cabeza cónica, el rostro triangular, el color de la piel como el ocre rojo; y aunque delgados, por sus movimientos y la viveza de la mirada demostraban pertenecer

a una raza llena de energía. A la vista de los Ulhamr, lanzaron un clamor semejante al graznido de los cuervos, y blandieron venablos y azagayas.

El Hijo del Leopardo los contemplaba con estupor. Sin el vello de las mejillas, que crecía en pequeñas guedejas, sin el sello de vejez de algunos de ellos, sin sus armas y no obstante la anchura de sus pechos, les hubiera tomado por chiquillos.

Al principio no concebía Naóh que se arriesgaran a entablar combate; y en realidad, vacilaban. Cuando los Ulhamr levantaron mazas y harpones; cuando resonó en la llanura la voz de Naóh — que dominaba las suyas como el trueno del león domina los gritos de las cornejas —, los pigmeos se ocultaron. Pero debían ser belicosos, porque sus gritos, lanzados a la vez, como en coro, volvieron a levantarse en son de amenaza. Luego se dispersaron en semicírculo, con lo cual comprendieron los nómadas que trataban de cercarles. Temiendo su astucia más que su fuerza, Naóh dió la orden de partida. Del primer impulso, y sin ningún esfuerzo, los grandes nómadas se distanciaron de sus perseguidores, menos veloces aún que los Devoradores de Hombres. Si no se presentaban obstáculos, los fugitivos, no obstante el cargamento que llevaban (las jaulas del Fuego, provisiones y leña seca) no podían ser alcanzados.

Pero Naóh desconfiaba de las asechanzas de los hombres y de las celadas de la tierra. Ordenó a sus guerreros que continuaran su carrera; y luego, dejando en el suelo la caja en que llevaba su tesoro, el Fuego, se puso a observar a los enemigos. En el ardor de la carrera se habían diseminado. Tres o cuatro,



sin duda los más ágiles, se habían adelantado mucho al grueso de la falange. El Hijo del Leopardo no perdió el tiempo. Recogió algunas piedras, que añadió al arsenal de sus armas, y echó a correr como un rayo hacia los Enanos Rojos. Aquella acción les llenó de estupor y temieron una estratagema. Uno de ellos, que parecía el jefe, lanzó un grito estridente y se detuvieron todos. Mas Naóh había llegado a tiro del que quería alcanzar y gritó:

— Naóh, Hijo del Leopardo, no quiere mal a ningún hombre, y no atacará si los Hombres Rojos cesan de perseguirle.

Todos escuchaban sin mover un solo músculo del rostro. Viendo que el Ulhamr no avanzaba, reanudaron su movimiento envolvente. Entonces, Naóh, volteando el puño en el cual tenía una piedra, volvió a gritar:

— ¡El Hijo del Leopardo herirá a los Enanos Rojos!

Tres o cuatro azagayas partieron contra él, al notar los Enanos la piedra con que les amenazaba; pero el tiro de aquellas armas era muy inferior al que podía alcanzar el nó-

mada. Lanzó éste la piedra, hirió al Enano a quien había apuntado, y le derribó. Inmediatamente lanzó otra piedra, que erró el blanco; después otra, que hizo sonar el pecho de un guerrero; hizo un signo de burla, enseñando en la mano otra piedra, y después, con actitud terrible, blandió una azagaya.

Pero los Enanos Rojos comprendían mejor los signos que los Ulhamr y los Devoradores de Hombres, por lo mismo que se servían menos del lenguaje articulado. Comprendieron que la azagaya sería más peligrosa que las piedras; los más avanzados se replegaron sobre el grupo principal, y el Hijo del Leopardo se retiró lentamente. Los perseguidores le seguían a distancia; y cada vez que uno u otro se adelantaba a sus compañeros, Naóh lanzaba un rugido y blandía el arma. Así conocieron que había más peligro en desperdigarse que en permanecer reunidos, y Naóh, habiendo logrado su objeto, reanudó la carrera.

Los Ulhamr corrieron durante la mayor parte del día. Al detenerse, hacía ya mucho tiempo que los Enanos Rojos habían desaparecido. Las nubes se habían desgajado; el sol, a través de una ancha grieta azul, vertía sus rayos hasta el fondo de las laudas. La tierra, al principio llena y dura, se había vuelto difícil de recorrer, ocultando fangales que agarraban los pies y los hundían hacia el abismo. Por las crestas de los promontorios trepaban grandes reptiles; serpientes acuáticas, de cuerpo verdoso y rojizo, lucían entre las aguas; las ranas saltaban lanzando un grito fangoso; los pájaros desaparecían furtivamente, al correr de sus largas patas, o hendían el aire con vuelo tembloroso como las hojas del álamo.



Los nómadas comieron apresuradamente. Temiendo los peligros ocultos de aquella comarca, se esforzaban en descubrir una salida. A veces creyeron haberlo conseguido. El suelo se afirmaba; hayas, sicomoros, helechos sucedían a los sauces, a los álamos y a las hierbas palustres. Pero muy pronto el agua calenturienta volvía a aparecer, se abrían taimadamente las charcas y había que perder pasos y esfuerzos.

La noche se acercaba. El sol, color de la sangre fresca, se desplomó sobre el Poniente anegado en turbales, y encenagóse en las charcas.

No ignoraban los Ulhamr que sólo podían contar con su valor y su vigilancia. Mientras hubo claridad en el firmamento, siguieron avanzando; y luego hicieron alto, teniendo enfrente una estepa y detrás de ellos un terreno caótico, en el cual percibían alternativamente vagas claridades y hoyos de tinie-

blas. Desgajaron ramas, hicieron rodar unos grandes pedruscos; y ligándolo todo con ayuda de mimbres y bejucos, se encontraron al abrigo de toda sorpresa. Pero se guardaron de encender fuego: únicamente dieron alimento a los pequeños hogares medio escondidos bajo tierra, y esperaron las cosas inciertas que tan pronto amenazan como salvan la vida de los hombres.



II

LA ARISTA GRANÍTICA

Pasó la noche. Bajo el oscilante fulgor de las estrellas, ni Nam, ni Gau ni el jefe vieron bultos humanos, ni oyeron u olieron otra cosa que los soplos del húmedo viento, bestias de pantano o aves de rapiña, de blandas alas. Cuando la mañana se esparció como un vapor de plata, la estepa mostró su faz melancólica, seguida de una ilimitada superficie de agua, sembrada de islas fangosas.

Si se alejaban de las orillas, encontrarían sin duda a los Enanos Rojos. Era preciso seguir los confines de la estepa y el pantano, en busca de una salida; y como nada indicaba la dirección preferible, tomaron la que desde luego les pareció menos propicia a las emboscadas. Al principio, esta ruta fué buena. En el suelo, bastante firme, interrumpido apenas por algunas charcas, crecían plantas cortas, salvo en la misma orilla del pantano. Al mediar el día, las matas y los arbustos se multiplicaron, y hubo que acechar continuamente, pues el horizonte se había estrechado. Sin embargo, Naóh no creía que los Enanos Rojos estuviesen cerca. En caso de que no hubiesen abandonado la persecución, estarían siguiendo las huellas de los Ulhamr, pero con un retraso considerable.

La provisión de carne se había agotado. Los nómadas se acercaron a la ribera, donde abundaba la caza. Se les escapó una avutarda, que se refugió en una isla; Gau capturó, en la embocadura de un riachuelo, una pequeña brema; Naóh atravesó con su harpón una polla de agua, y Nam pescó varias anguilas. Entonces encendieron una hoguera de hierba y ramas secas, gozosos de sentir el olor de las carnes asadas. Se les tornó grata la vida; su juventud se llenaba de fuerza. Y ya creían haber cansado a los Enanos Rojos, mientras acababan de roer los huesos de la polla de agua, cuando de los matorrales salieron varias bestias. Reconoció Naóh, en seguida, que huían de algún enemigo considerable. Se levantó y tuvo tiempo de ver, por entre las ramas, una forma furtiva.

— ¡Los Enanos Rojos han vuelto! — exclamó.

El peligro era mayor que antes, pues los Enanos podían seguir a cubierto a los Ulhamr y cortarles el camino por medio de emboscadas.

Una faja de terreno se alargaba, casi desnuda y favorable a la huida, entre el pantano y la maleza. Los Ulhamr se apresuraron a cargar con las cajas del Fuego, las armas y los restos de la caza. Nada se oponía a su partida. Si el enemigo les seguía entre los matorrales, perdería terreno, porque a la vez era menos ligero que ellos y las plantas le dificultaban el paso.

La árida estepa se ensanchó al principio, luego comenzó a estrecharse entre árboles, arbustos y altas hierbas. Sin embargo, el suelo continuaba siendo firme y Naóh estaba seguro de haberse distanciado de los Enanos Rojos. Mientras no se presentaran obstáculos, los Ulhamr conservarían la ventaja.

Pero los obstáculos se presentaron. El pantano avanzó sus tentáculos sobre la llanura: profundas ensenadas, charcas, canales rebosantes de plantas viscosas... Los fugitivos veían sin cesar obstruída su ruta; tenían que dar rodeos, torcer y hasta desandar lo andado. Al fin, se encontraron metidos en un paso estrecho y granítico, limitado a la derecha por el agua sin fin, y a la izquierda por terrenos inundados con las crecidas otoñales. Enfrente, la faja granítica se hundía en el agua. Los Ulhamr se encontraron cercados por tres lados: era preciso, o volver atrás, o aguardar el destino.

Fué aquel un momento terrible. Si los Enanos Rojos estaban ya a la entrada de la faja de tierra que los Ulhamr habían recorrido, la retirada era imposible; y Naóh, abatida la cabeza ante todo un mundo hostil, se lamentó amargamente de haber abandonado a los mamuts. Su energía cedió, le asaltaron el descorazonamiento y la angustia. Mas pronto sintió la reacción, con urgencia y rudeza; la angustia pasó, como pasa un latido, y para Naóh ya no hubo más que el momento presente, el cual exigía la tensión de todo su ser y la viveza de todos sus sentidos.

Los nómadas reconocieron rápidamente el terreno. A lo lejos se levantaba una masa rojiza, que podía ser una isla o podía ser también la continuación de la faja granítica. Nam y Gau buscaron un vado; mas no encontraron otra cosa que aguas profundas o la traición de los hoyos y el fango.

Así, pues, el último recurso de escape estaba en el retroceso. Se decidieron bruscamente y lo llevaron a cabo a toda prisa. Recorrieron dos mil codos y se encontraron fuera del pantano,

ante una vegetación tupida, apenas cortada por islotes de hierba rasa. Nam, que iba delante, se paró en seco y dijo:

— Los Enanos Rojos están aquí.

No lo dudaba Naóh; mas para asegurarse mejor, cogió unas piedras y las arrojó rápidamente a la espesura que Nam designaba: un leve rumor de huída descubrió a los enemigos.

La retirada era imposible; había que prepararse al combate. Pero el sitio donde se encontraban no sólo no les ofrecía ventaja alguna, sino que daba a los Enanos Rojos facilidad para envolverles. Más valía establecerse en la arista de granito. Protegidos por el resplador de la hoguera, allí estarían libres de sorpresas.

Naóh, Nam y Gau lanzaron su grito de guerra; y mientras blandían sus armas, Naóh gritaba:

— Los Enanos Rojos se engañan al perseguir a los Ulhamr, que son tan fuertes como el Oso y ágiles como el Saigá. ¡Si atacan, los Enanos Rojos morirán en gran número!... Naóh solo derribará a diez... Nam y Gau matarán también a muchos. ¿Quieren los Enanos Rojos que mueran quince guerreros suyos para destruir a tres Ulhamr?

De los matorrales y las altas hierbas, se levantaron agudos gritos. El Hijo del Leopardo comprendió que los Enanos Rojos querían la guerra y la muerte; mas no se asombraba por ello. ¿Acaso los Ulhamr no habían dado muerte, en todo tiempo, a los extranjeros a quienes habían sorprendido en las inmediaciones de la Horda? Y Naóh comprendía muy bien que los Enanos Rojos quisiesen hacer lo mismo.

Su enorme pecho se llenaba de cólera; provocó a sus enemi-

gos y avanzó rugiendo hacia los matorrales. Delgadas azagayas silbaron, de las cuales ninguna llegó hasta él. Y Naóh lanzó una feroz carcajada:

— ¡Los brazos del Enano Rojo son débiles! ¡Son brazos de niño!... A cada golpe, Naóh derribará a un Enano, con la maza o con el hacha...

Apareció una cabeza entre unas vides silvestres, confundándose con el color de los pámpanos enrojecidos por el otoño; pero Naóh había visto brillar los ojos. Una vez más quiso mostrar sus fuerzas sin emplear la azagaya; la piedra que arrojó hizo temblar la hojarasca, y un agudo grito rasgó el aire.

— ¡Ahí lo tenéis! Esta es la fuerza de Naóh... Con la afilada azagaya hubiera traspasado al Enano Rojo.

Y únicamente entonces se fué retirando en medio de los gáñidos de sus adversarios. Prefirió ir hasta el extremo mismo de la arista, pues allí había sitio para algunos hombres, y los Enanos Rojos sólo podrían atacarlos de frente y en línea recta. Por el lado del agua, y a causa de las plantas traidoras, no podía avanzar ninguna almadía, ni hombre alguno osaría arriesgarse a nado.

Tampoco era posible llegar a un islote escarpado, que se levantaba a unos sesenta codos de la calzada granítica.

Habiendo acumulado cañas secas para el fuego de la noche, los Ulhamr no tuvieron que hacer otra cosa que esperar. De todas sus velas, aquella fué la más terrible. Cuando fueron sorprendidos por el oso gris, tenían la esperanza de aniquilarlo por medio de algunos golpes bien asestados. Cuando estuvieron

aprimados entre las piedras basálticas, no ignoraban que el león-tigre había de alejarse para buscar la caza; y los Devoradores de Hombres no les habían cercado.

Mas ahora era imposible aniquilar a una Horda que les acorralaba por la astucia y el número. Los días seguirían a los días, sin que el enemigo cesase de velar en el pantano. Y en caso de ataque, ¿cómo iban a resistir tres hombres solos?

Así Naóh se encontraba cogido por la fuerza de sus semejantes; y, sin embargo, esos semejantes suyos eran de los más débiles: ninguno de ellos podía estrangular a un lobo; jamás sus ligeras azagayas penetrarían hasta las entrañas del león; mas sus venablos, impotentes para herir al auroch, eran capaces de traspasar el corazón de un hombre...

El Hijo del Leopardo sintió odio al poderío de su raza, más implacable, más cruel, más destructora que los felinos, las serpientes y los lobos. Y acordándose de la bondad de los mamuts, su pecho se levantó; un cavernoso suspiro le desgarraba el alma; y Naóh volvió hacia aquellos colosos pacíficos aquella rara adoración que germinaba en el fondo de su alma, tan fuerte como la adoración al Fuego, pero más tierna y más dulce...

Mientras tanto, el Sol y el Agua mezclaban su brillante existencia. El Agua era inmensa: no se veía su fin; y el Sol no era otra cosa que un fuego tan grande como la hoja de una nínfea. Mas la luz del Sol es más grande que el Agua misma, pues se extiende sobre el pantano y llena todo el cielo que, por sí solo, domina toda la faz de la tierra. En su fiebre, Naóh, sin olvidar a los Enanos Rojos, la lucha, las emboscadas

y la liberación, se asombra de que una luz tan vasta provenga de un fuego tan pequeño. Un peso terrible aplastaba sus hombros; su corazón latía como una pantera, y lo sentía chocar contra sus huesos...

De cuando en cuando, el nómada se ponía en pie y levantaba la maza. El anhelo de lucha llenaba todo su ser y sus brazos se impacientaban de no poder golpear a los que insultaban su fuerza. Pero luego recobraba Naóh la prudencia y la astucia, sin las cuales ningún hombre viviría una sola estación. Su propia muerte sería demasiado hermosa para el adversario, si iba a buscarla él mismo. Era necesario fatigar a los Enanos Rojos, espantarlos, matar a muchos. Desde luego, él, Naóh, no quería morir; quería ver otra vez a Gamla. Y aunque no sabía cómo engañar a la Horda enemiga, su ardiente vida conservaba la esperanza, no concibiendo que ella pueda desaparecer, puesto que se extiende tan lejos como la luz y las aguas...

Al principio, los Enanos Rojos no se habían mostrado, por miedo a una añagaza o porque esperaran una imprudencia de los Ulhamr. Aparecieron al atardecer. Se les veía salir de sus escondites y avanzar hasta la entrada de la arista granítica, con una mezcla singular de resbalones y saltos. Después se detenían a examinar el pantano. Alguno que otro lanzaba un grito, pero los jefes guardaban atención y silencio. Al llegar el crepúsculo, la Horda Roja parecía un hormiguero; se hubiera dicho, a la cenicienta claridad de la hora, que se trataba de unos ex-

traños chacales levantados sobre las patas traseras. Vino la noche. El fuego de los Ulhamr extendió sobre las aguas una claridad sangrienta. Detrás de los matorrales, el fuego de los sitiadores enrojecía las tinieblas. Bultos de centinelas se perfilaban y desaparecían. A pesar de los simulacros de ataque, los agresores se mantuvieron fuera de tiro.

El día siguiente fué insoportablemente largo. Los Enanos Rojos se movían sin cesar, tan pronto formando pequeños grupos como en masa. Sus anchas mandíbulas expresaban una tenacidad invencible. Se conocía que meditaban sin descanso la muerte de los extranjeros; era un instinto desenvuelto en ellos desde centenares de generaciones, y sin el cual hubieran sucumbido ya delante de las razas de hombres más fuertes y menos unidos.

Durante la segunda noche, no iniciaron ningún ataque: guardaban profundo silencio y no se descubrían en lo más mínimo. Sus mismas hogueras, ya porque no las hubiesen encendido, o bien por haberlas preparado muy lejos, permanecían invisibles. Hacia el alba, se levantó un repentino rumor, y hubiérase dicho que los matorrales avanzaban como seres vivos. Al apuntar el día, vió Naóh que un montón de ramajes obstruía la entrada de la arista granítica. Los Enanos Rojos lanzaron clamores bélicos, y el nómada comprendió que iban a avanzar tras de aquel parapeto. Así podrían arrojar sus azagayas sin descubrirse, o salir bruscamente, en gran número, para un ataque decisivo.

La situación de los Ulhamr se agravaba por sí misma. Agotada su provisión, habían echado mano de los recursos del

pantano; mas el lugar no era favorable. Difícilmente capturaban alguna anguila o alguna brema, y aunque juntaran a ellas los batracios que podían coger, sus corpulentos organis-



mos y su juventud padecían por tal penuria. Nam y Gau, apenas adultos y en pleno crecimiento, se consumían. Al tercer día, sentados los tres junto al fuego, Naóh fué acometido de inmensa inquietud. Había fortificado su refugio, pero sabía que dentro de pocos días, si la caza continuaba escaseando, sus compañeros serían tan débiles como los Enanos Rojos; y aun él mismo, ¿arrojaría con igual vigor la azagaya? ¿Su maza sería acaso tan mortífera como antes?

El instinto le aconsejaba la huída a favor de las tinieblas; pero era necesario sorprender a los Enanos Rojos y forzar el paso, lo cual sería, probablemente, imposible...

Echó una mirada hacia el Oeste. La luna creciente había cobrado brillantéz y sus cuernos se redondeaban. El astro iba

declinando acompañado de una gran estrella azul, que titilaba en la humedad del aire. Los batracios se llamaban unos a otros, con sus voces viejas y tristes; un murciélago erraba entre noctuelas; un buho enorme pasó volando con sus pálidas alas; brillaron bruscamente las escamas de un reptil. Era una de aquellas noches familiares a la Horda, cuando acampaba junto a las aguas, bajo un claro cielo. Las antiguas imágenes llenaron la mente de Naóh con una especie de zumbido. Una escena, que le entretenía como a un niño, se destacó entre las demás. La Horda acampaba junto al Fuego; el viejo Goún soltaba la rienda de sus recuerdos, que instruían a los hombres; un olor de carne asada flotaba en la brisa; y detrás de los cañaverales, se divisaba el ancho reflejo del pantano, bajo la luz de la luna.

Tres muchachas se levantaron de entre el grupo de las mujeres, y se pusieron a correatar entre las esparcidas hogueras, gastando alegremente el ardor vital que un día de cansancio



no había podido agotar. Pasaron junto a Naóh, con sus extrañas risas y la locura de su juventud. El viento se levantó de repente; una cabellera azotó el rostro del joven Ulhamr: la cabellera de Gamla. Y el joven sintió como un latigazo en la faz, que resonó, como un choque en el fondo del pecho. Tan lejos de la tribu, entre las asechanzas de los hombres y la aspereza del mundo, aquella imagen constituía la cosa más profunda de la vida... La imagen se desvaneció.

Sacudiendo la cabeza, Naóh volvió a pensar en su salvamento. La fiebre se apoderó de él; se incorporó, y rodeando la hoguera, se dirigió hacia los Enanos Rojos.

Sus dientes rechinaron: el parapeto de ramaje se había acercado más; quizá a la noche siguiente el enemigo emprendería el ataque.

De repente, un agudo grito rasgó el espacio, y un bulto, al principio confuso, salió del agua. Luego Naóh reconoció una forma humana, que se arrastraba, derramando sangre por uno de sus muslos: era de extraña contextura, casi sin hombros y con la cabeza muy estrecha. Primero pareció que los Enanos



Rojos no le hubiesen visto; pero después se elevó un gran clamor, y las azagayas y los venablos rasgaron el aire. Entonces, Naóh se sintió impelido por su oscuro instinto. Olvidó que aquel hombre debía de ser también un enemigo suyo, y sintiendo que se desencadenaba todo su furor contra los Enanos Rojos, corrió hacia el herido, como hubiera corrido en socorro de Nam y Gau. Una azagaya hirió a Naóh en el hombro, pero sin detenerle. Lanzó su grito de guerra, se precipitó sobre el herido, lo levantó de un solo esfuerzo y se batió en retirada. Una piedra le dió en el cráneo, otra azagaya le rozó el homóplato...

Pero ya estaba fuera de tiro. Y aquella noche los Enanos Rojos no se atrevieron aún a arriesgar la gran batalla.



III

LA NOCHE EN EL PANTANO

Cuando el Hijo del Leopardo hubo llegado junto al Fuego, puso al desconocido sobre las hierbas secas y le contempló con sorpresa y desconfianza. Era un ser del todo diferente de los Ulhamr, de los Kzams y de los Enanos Rojos. Su cráneo, extraordinariamente largo y muy estrecho, mostraba un pelo ruín y escaso; los ojos, más altos que anchos, oscuros, apagados, tristes, parecían sin luz; y las mejillas se hundían sobre unas débiles mandíbulas, de las cuales la inferior se retraía como la de las ratas. Pero lo que más sorprendió al jefe era aquel tronco cilíndrico, donde casi no se distinguían los hombros, de suerte que los brazos parecían salir del cuerpo como las patas de los cocodrilos. La piel era seca y áspera, como cubierta de escamas, y formaba grandes pliegues. El Hijo del Leopardo pensó a la vez en la serpiente y el lagarto.

Desde que Naóh le hubo depositado sobre las hierbas secas, el hombre no se movió. A veces sus párpados se levantaban lentamente y sus ojos oscuros miraban a los nómadas. Respiraba ruidosamente, con una especie de ronquido que quizá era un lamento. A Nam y Gau aquel ser les inspiraba tan viva repugnancia, que gustosos le hubieran arrojado al pantano. En cambio, Naóh se interesaba por él, no sólo porque le había



salvado de los enemigos, sino porque era mucho más curioso que sus compañeros, y se preguntaba quién era, de dónde vendría, cómo era que se hallaba en el pantano y por qué le habían herido. Probó de hablarle por señas, de darle a entender que ellos no le matarían, y después le enseñó el parapeto de los Enanos Rojos, haciendo un gesto que quería significar que de allí vendría la muerte. Y como el Hombre del Pantano, volviendo el rostro hacia Naóh, lanzase un grito sordo y gutural, el nómada creyó que le había comprendido.

La luna creciente tocaba al límite del firmamento; la gran estrella azul había desaparecido. El extraño, incorporado a medias, aplicaba hierbas a su herida, y a veces se notaba un pálido centelleo en sus ojos opacos.

Cuando la luna se hundió, las estrellas extendieron sus ful-

gores sobre las aguas y se oyó trabajar a los Enanos Rojos. Pasaron toda la noche, unos acarreado ramaje, los otros haciendo adelantar su atrincheramiento. Varias veces Naóh se dispuso al combate; pero luego se daba cuenta del número de sus enemigos, de su vigilancia y astucia. Comprendía que cualquier movimiento suyo o de sus compañeros sería notado, y se resignó, contando con el azar de la lucha.

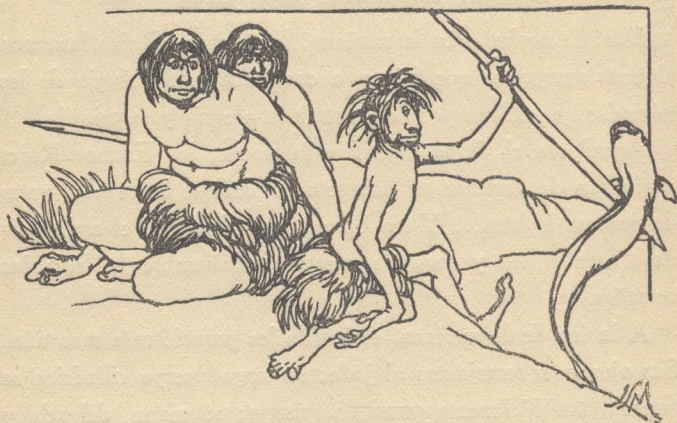
Pasó la noche. Por la mañana, los Enanos Rojos lanzaron algunas azagayas, que fueron a caer cerca del refugio de los nómadas, y gritaron para demostrar su alegría y su triunfo.

Aquel era el último día. Por la noche, los Enanos Rojos acabarían de avanzar su parapeto; el ataque empezaría antes de ponerse la luna... Y los Ulhamr escudriñaban el agua verdosa, con cólera y angustia, mientras el hambre les roía las entrañas.

A la luz de la mañana, el herido les pareció más raro aún. Sus ojos eran semejantes al jade; su largo cuerpo cilíndrico se retorció tan fácilmente como un gusano; su mano, delgada y blanda, se curvaba caprichosamente hacia atrás...

De repente, cogió un harpón y lo asestó contra una hoja de nenúfar. Burbujeó el agua, relució una forma cobriza, y el hombre, retirando vivamente el arma, sacó una carpa colosal. Nam y Gau lanzaron un grito de alegría: el pescado sería suficiente para la comida de varios hombres, y los compañeros de Naóh no sintieron ya que su jefe hubiese salvado la vida de aquella inquietante criatura. Y menos lo sintieron cuando hubo capturado otros peces, pues tenía un extraordinario instinto para la pesca.

La energía renació en el pecho de los Ulhamr. Viendo una vez más que la acción del jefe había sido bienhechora, Nam y Gau se exaltaron. Como el calor circulaba otra vez por su cuerpo, no creyeron ya que pudiesen morir: Naóh sabía tender una celada a los Enanos Rojos, para hacerlos perecer en gran número e infundirles espanto.



El Hijo del Leopardo no compartía esta esperanza. No atinaba con medio alguno de escapar a la ferocidad de los Enanos Rojos, y cuanto más reflexionaba, menos concebía la utilidad de las estratagemas. A fuerza de repasarlas en su imaginación, parecía que de algún modo se gastaban, y acababa por no contar con otra cosa que con la fuerza de su brazo y con esa fortuna en la cual los hombres y los animales que se han salvado de grandes peligros, ponen su confianza.

El sol llegaba casi a su puesta, cuando el horizonte se llenó de una nube temblorosa, que se deshacía constantemente, y

en la cual los Ulhamr reconocieron una extraña migración de pájaros. Con un ruido de viento y de ola, las roncadas bandadas de cuervos precedían a las grullas de flotantes patas; luego seguían los ánades, balanceando sus testas versicolores, los gansos de pesados odres, y los estorninos lanzados como negros guijarros. Y, confundidos unos con otros, afluían los tordos, las urracas, los pavos, las avutardas, las garzas, las chotacabras, los chorlitos reales y las chochas.

Sin duda allá, lejos, detrás del horizonte, alguna tremenda catástrofe los había espantado, echándoles hacia nuevas tierras.

Al llegar el crepúsculo, las bestias de pelo aparecieron en pos de los pájaros. Los ciervos gigantes galopaban con tino, con los vertiginosos caballos, los broncos megaceros y los saigás de finas patas; las hordas de lobos y perros pasaban como una tromba; un gran león amarillento y su hembra daban saltos de quince codos delante de un clan de chacales. Muchos se detuvieron a la orilla del pantano y se abrevaron.

Entonces la guerra eterna, suspendida por el pánico, se reanudó: un leopardo saltó a la grupa de un caballo y empezó a devorarle el cuello; unos lobos embistieron a una horda de saigás; un águila se llevaba una garza hacia las nubes, y el león, con un largo rugido, espiaba las presas fugitivas. Se vió salir una bestia de cortas patas casi tan macizas como las del mamut, y cuya piel formaba una corteza gruesa y arrugada, como la de las encinas viejas. Quizá el león no conocía a aquel animal, pues soltó otro rugido, con la amenaza de su formidable cabeza, de sus dientes de granito y de su erizada melena. El rinoceronte, molesto por aquel ruido de trueno, levantó el

cornudo hocico y arremetió furiosamente contra el felino. No hubo lucha siquiera. El altivo cuerpo rojizo dió una vuelta, y rodó sobre sí mismo, mientras la masa rugosa continuaba su ciega carrera, habiendo vencido casi sin darse cuenta. Una queja profunda, de dolor y rabia, brotó de los flancos del león. El estupor de haber sentido su fuerza tan vana como la de un chacal, oprimía su oscuro instinto.

Naóh había esperado febrilmente que la invasión de las bestias echara de allí a los Enanos Rojos; mas su esperanza se vió fallida. El éxodo bestial apenas rozó el área del campamento humano, y cuando la noche aventó las cenizas del crepúsculo, se encendieron hogueras en la llanura y se oyeron risas feroces. Después, todo quedó en silencio. Apenas si algún inquieto zarapito batía las alas, si algún estornino zumbaba en las mimbreras o si el nadar de algún saurio agitaba las nínfeas. Sin embargo, unas singulares criaturas aparecieron al ras del agua, y se dirigieron al islote vecino de la arista donde estaban los Ulhamr. Estos distinguían la maniobra por los remolinos del agua y por la emergencia de unas cabezas redondas, cubiertas de algas... Había cinco o seis; Naóh y el Hombre del Pantano los observaron con desconfianza. Finalmente, vieron que saltaban al islote, se situaban en un saliente rocoso y luego levantaban las voces, con ferocidad y sarcasmo. Naóh, atónito, reconoció que eran hombres; de haberlo dudado, los clamores que les contestaron a lo largo de la orilla, habrían disipado su incertidumbre... Los Enanos Rojos, aprovechando el éxodo de las bestias, acababan de vencer la vigilancia de los Ulhamr. Mas ¿cómo se habían abierto paso?

En ello pensaba Naóh, enfurecido, cuando vió que el Hombre del Pantano indicaba persistentemente, con el brazo, una dirección que, partiendo de la orilla, llegaba al islote. Después señaló la arista de granito; y el Hijo del Leopardo adivinó que, entre el islote y la pantanosa ribera, debía de haber otra arista, que pasaba oculta, casi a flor de agua. Entretanto, el enemigo estaba allí, contra el flanco de los Ulhamr, lleno de acechanzas... y era preciso echarse al suelo, detrás de los salientes, para evitar sus piedras y sus azagayas.

El silencio volvió a invadir el pantano; Naóh continuaba ve-
lando bajo el centelleo de las constelaciones.

El matorral de los Enanos Rojos avanzaba lentamente; antes de mediar la noche, tocaría casi a la hoguera de los nómadas, y entonces empezaría el ataque. Éste iba a ser difícil: los Enanos Rojos tendrían que salvar las llamas, que ocupaban toda la anchura de la arista y tenían varios codos de espesor.

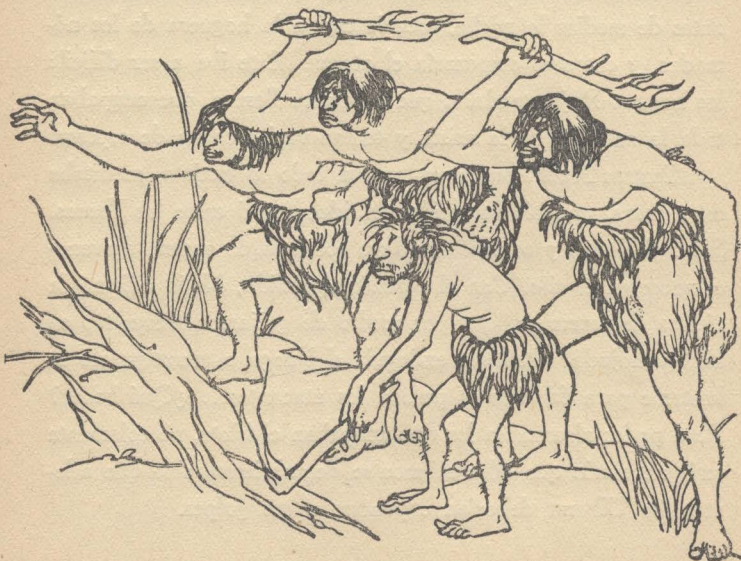
Mientras Naóh, puesto en tensión todo su instinto, meditaba estas cosas, una piedra salida del islote cayó entre las llamas. Silbó el Fuego y se alzó una leve columna de vapor, desvaneciéndose en el aire. Con el corazón oprimido, Naóh adivinó la táctica del enemigo, que por medio de guijarros, envueltos en hierba mojada, intentaba extinguir el Fuego o amortiguarlo lo bastante para facilitar el paso a los atacantes... ¿Qué hacer? Para poder alcanzar a los que ocupaban el islote, no solamente sería necesario que ellos mismos se descubriesen, sino que además los Ulhamr deberían exponerse a sus golpes.

Mientras el Hijo del Leopardo y sus compañeros se agitaban furiosamente, las piedras se sucedían sin parar: una continua nube de vapor subía de entre las llamas, y el matorral de los Enanos Rojos avanzaba sin descanso. Los nómadas y el Hombre del Pantano tiritaban con la fiebre de las bestias acorraladas.

Muy pronto, toda una parte de la hoguera comenzó a apagarse.

— ¿Están prontos Nam y Gau? — preguntó el jefe.

Y sin aguardar su respuesta, lanzó su grito de combate. Era un clamor de angustia y rabia, en el cual no hallaron los dos jóvenes la ruda confianza habitual en su jefe. Resignados, esperaban la señal suprema. Mas una vacilación pareció apode-





rarse de Naóh. Sus ojos parpadearon; una carcajada estridente brotó de su pecho, y la esperanza dilató su rostro. Naóh, dándose una recia y alegre palmada en la frente, gritó:

— ¡Cuatro días hace que el parapeto de los Enanos Rojos está secándose al sol!

Se echó en seguida al suelo, se arrastró hacia la hoguera, cogió un tizón y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el matorral movable. Ya el herido, Nam y Gau se habían juntado con él, y los cuatro se pusieron a arrojar furiosamente tizones ardientes.

Sorprendido por tan singular maniobra, el enemigo había lanzado al azar algunas azagayas. Mas cuando llegó a comprender la táctica de los Ulhamr, las hojas secas y los tallos del atrincheramiento ardían a centenares; una llama enorme bramaba alrededor del matorral y empezaba a penetrarlo. Por segunda vez Naóh lanzaba su grito de guerra, un grito de muerte y esperanza, que henchía el corazón de sus compañeros.

— ¡Los Ulhamr han vencido a los Devoradores de Hombres! ¿Cómo no han de aplastar a los pequeños Chacales Rojos?

El fuego continuaba devorando el matorral, un largo resplandor rojo escarlata se extendía sobre el pantano y atraía



los peces, los saurios y los insectos; los pájaros se elevaban sobre los cañaverales, con gran ruido de alas, y los lobos mezclaban sus aullidos a las sarcásticas risas de las hienas.

De repente, el Hombre del Pantano se puso en pie, lanzando una especie de mugido. Sus planos ojos centelleaban, su brazo tendido señalaba al Occidente.

Y Naóh, volviendo la cabeza, divisó en las lejanas colinas una fogata parecida al fulgor de la luna naciente.

IV

EL COMBATE

Por la mañana, los Enanos Rojos se mostraron con frecuencia. El odio hacía rechinar sus gruesas mandíbulas y brillar sus triangulares ojos. Enseñaban de lejos sus azagayas y sus venablos, y hacían gestos como si traspasaran a sus enemigos, los derribaran, les rompieran el cráneo y les abrieran el pecho. Y habiendo juntado un nuevo montón de ramaje, que de cuando en cuando mojaban, lo impelían otra vez hacia la arista granítica.

El sol había llegado casi a lo más alto del firmamento, cuando el Hombre del Pantano lanzó un agudo clamor, levantándose y agitando ambos brazos. Un grito semejante al suyo hendió el espacio y pareció rebotar sobre el agua. Entonces, junto a la orilla, a gran distancia, los nómadas divisaron un hombre exactamente igual al que habían recogido. Estaba de pie al extremo de un cañaveral y blandía un arma desconocida. También los Enanos Rojos lo habían advertido, e inmediatamente un grupo de ellos se lanzó a perseguirle... Pero ya el hombre aquel había desaparecido detrás de los cañaverales.

Naóh, sacudido por impresiones vivas, confusas e impetuosas, continuaba escrutando el espacio. Durante algún tiempo,

se vió correr a los Enanos Rojos por la llanura; luego volvieron a reinar la calma y el silencio. Más tarde, dos de los perseguidores regresaron, y muy pronto otro grupo de Enanos Rojos se puso en camino. Naóh presentía una considerable aventura. El herido la presentía también y con más motivo. A pesar de le herida del muslo, estaba en pie; sus opacos ojos se ilumina-



ban con movibles fulgores, y lanzaba de vez en cuando roncadas exclamaciones de bestia lacustre.

Los misteriosos acontecimientos se multiplicaron. Otras cuatro veces grupos de Enanos Rojos costearon el pantano y desaparecieron. Finalmente, entre sauces y mangles se vió salir a una treintena de hombres y mujeres de larga cabeza, torsos redondos y singularmente alargados, mientras que por tres otras partes se descubrían grupos de Enanos Rojos. Había empezado un combate.

Rodeados por sus enemigos, los Hombres del Pantano lanzaban azagayas, mas no a mano, sino con ayuda de un instru-

mento que los Ulhamr no habían visto jamás y del cual no tenían la menor idea. Era una vara gruesa, de madera o de asta, terminada en gancho; y este propulsor daba a las azagayas un alcance mucho mayor que el arrojarlas con la mano.

En aquel primer momento los Enanos Rojos llevaban la peor parte: varios de ellos yacían sobre la hierba; mas los refuerzos les llegaban sin cesar. Los rostros triangulares salían de todos lados, incluso del parapeto opuesto a Naóh y a sus compañeros. Un furor frenético agitaba a los Enanos. Corrían en línea recta a la lucha, lanzando fuertes aullidos; y toda la prudencia que habían mostrado ante los Ulhamr había desaparecido, quizá porque los Hombres del Pantano les eran conocidos y no temían la lucha cuerpo a cuerpo con ellos, quizá también porque un odio antiguo les sobreexcitaba.

Naóh dejaba que poco a poco se desguarneciera el atrincheramiento del enemigo. Su resolución estaba tomada desde el principio del combate, y ni siquiera tuvo que meditarla, pues desde lo más hondo de su alma se sentía impelido por el rencor, el disgusto de una larga inacción y sobre todo por el convencimiento de que el triunfo de los Enanos Rojos significaría su propia pérdida.

No tuvo más que una sola vacilación: ¿había que abandonar el Fuego? Las jaulas en que lo conservaban estorbarían para el combate y durante él se romperían sin duda alguna. Por otra parte, después de la victoria no faltaría el fuego, y en caso de derrota, sólo había que pensar en la muerte.

Cuando juzgó favorable el momento, Naóh dió sus órdenes con rapidez; y a la carrera, aullando su grito de combate, los



Ulhamr salieron de su refugio. Algunas azagayas les rozaron; mas ya ellos corrían saltando por encima del parapeto de sus adversarios. Fué una embestida rápida y feroz. Había allí una docena de combatientes, apretados unos contra otros, asestando sus venablos. Naóh lanzó contra ellos su azagaya y su harpón y luego dió un salto haciendo voltear la maza. Tres Enanos Rojos sucumbieron en el instante en que Nam y Gau entraban en la pelea. Los venablos zumbaban por todas partes. Cada uno de los Ulhamr recibía una herida, aunque ligera, pues los golpes eran débiles y lanzados de demasiado lejos. Pero tres mazas contestaron a la vez; y viendo caer nuevos guerreros, y que también surgía el hombre salvado por Naóh, los Enanos huyeron; Naóh derribó todavía a dos de ellos; los demás consiguieron deslizarse entre las cañas, y el nómada no



perdió el tiempo en perseguirles, impaciente por reunirse con los Hombres del Pantano.

Entre los sauces, el combate cuerpo a cuerpo había empezado. Solamente algunos de los guerreros armados de propulsores habían conseguido refugiarse en una charca, desde donde hostilizaban a los Enanos Rojos. Mas éstos tenían la ventaja del número y del encarnizamiento. Su victoria parecía cierta: no era posible arrancársela sino por una intervención aplastante. Nam y Gau lo comprendían tan bien como el jefe, y corrían dando saltos, a toda la velocidad de sus piernas. Al llegar cerca del sitio donde se combatía, doce Enanos Rojos y diez Hombres y Mujeres del Pantano yacían en el suelo.

La voz de Naóh, elevándose como la del león, se desplomó sobre sus enemigos. Todo su cuerpo era un puro furor. La enorme maza aplastaba cráneos y vértebras, y hundía los aterrorizados pechos. Aunque de antemano temían la fuerza del coloso, los Enanos Rojos no la habían imaginado tan formidable; y antes de que hubiesen podido recobrase, Nam y Gau se precipitaron al combate, mientras los Hombres del Pantano, algo distantes del enemigo, lanzaban sus azagayas.

El desorden cundió. El pánico arrancó del campo de batalla a algunos Enanos Rojos; mas, a los gritos de su jefe, se juntaron en una sola masa erizada de venablos. Y hubo entonces una especie de tregua.

Un instinto contrario al de los Enanos, dispersaba a los Hombres del Pantano. Como éstos manejaban con preferencia el arma arrojadiza, hallaban mejor ventaja en luchar separados; y así vagaban a distancia, lentos y tristes.

Otra vez silbaron las azagayas; los que carecían de municiones, recogían delgadas piedras y las adaptaban a sus propulsores. Naóh, aprobando esta táctica, lanzó también sus azagayas y su harpón, que había recogido después del primer ataque, y a su vez se sirvió de piedras. Los Enanos Rojos juzgaron que su derrota era segura si no volvían al cuerpo a cuerpo, y precipitaron la carga. Pero encontraron el vacío. Los Hombres del Pantano habían refluído sobre los flancos enemigos, mientras Naóh, Nam y Gau, mucho más ágiles, alcanzaban a los rezagados y a los heridos, y hacían en ellos gran matanza.

Si sus aliados hubiesen sido tan rápidos en la carrera como



Todo su cuerpo era un puro furor. La enorme maza aplastaba cráneos y vértebras,...

los Ulhamr, el contacto hubiera sido imposible; pero las largas zancadas de los Hombres del Pantano eran inciertas y tardas. En cuanto los Enanos Rojos se decidieron a perseguirlos individualmente, la ventaja fué suya. Pasó el soplo del desastre. De todas partes los venablos se hundían en las entrañas de los Hombres del Pantano. Entonces Naóh dirigió una ancha mirada sobre el campo de batalla, y divisó al Enano cuya voz guiaba a los suyos: un hombre achaparrado, de pelo canoso y dientes enormes. Era preciso llegar a él, a pesar de los quince pechos que le rodeaban... Un furor más terrible que la muerte hizo erguir la gran estatura de Naóh, y lanzando un bramido de auroch, emprendió la carrera. Todo se desplomaba bajo su maza; pero en torno del anciano jefe se erizaron los venablos, cerrando el paso e hiriendo al coloso en sus flancos. Arrollólos a todos, y otros Enanos acudieron. Entonces, llamando a sus compañeros, Naóh, con un esfuerzo supremo, derribó la barrera de torsos y de armas, y aplastó como una cáscara la dura testa del jefe.

En el mismo instante, Nam y Gau saltaban en ayuda de Naóh.

Entonces cundió el pánico. Los Enanos Rojos se sintieron dominados por una energía nefasta, y así como hubieran peleado hasta morir todos, a la voz de su jefe, se consideraron perdidos cuando cesó aquella voz. Y huyeron en desbandada, sin volver la vista atrás, hacia las tierras natales, hacia sus lagos y riberas, hacia las Hordas de donde sacaban su valor y a donde iban para recobrarlo.

V

UNA RAZA QUE MUERE

Treinta hombres y diez mujeres yacían sobre la tierra. La mayoría no habían muerto. Corría la sangre a grandes ondas; había muchos miembros rotos y muchos cráneos abiertos. Algunos heridos acabarían de morir durante la noche; otros podrían vivir aún varios días, muchos eran sanables. Pero los Enanos Rojos debían sufrir la ley de la guerra: Naóh mismo, que tantas veces había infringido esta ley, reconocióla necesaria con aquellos implacables enemigos.

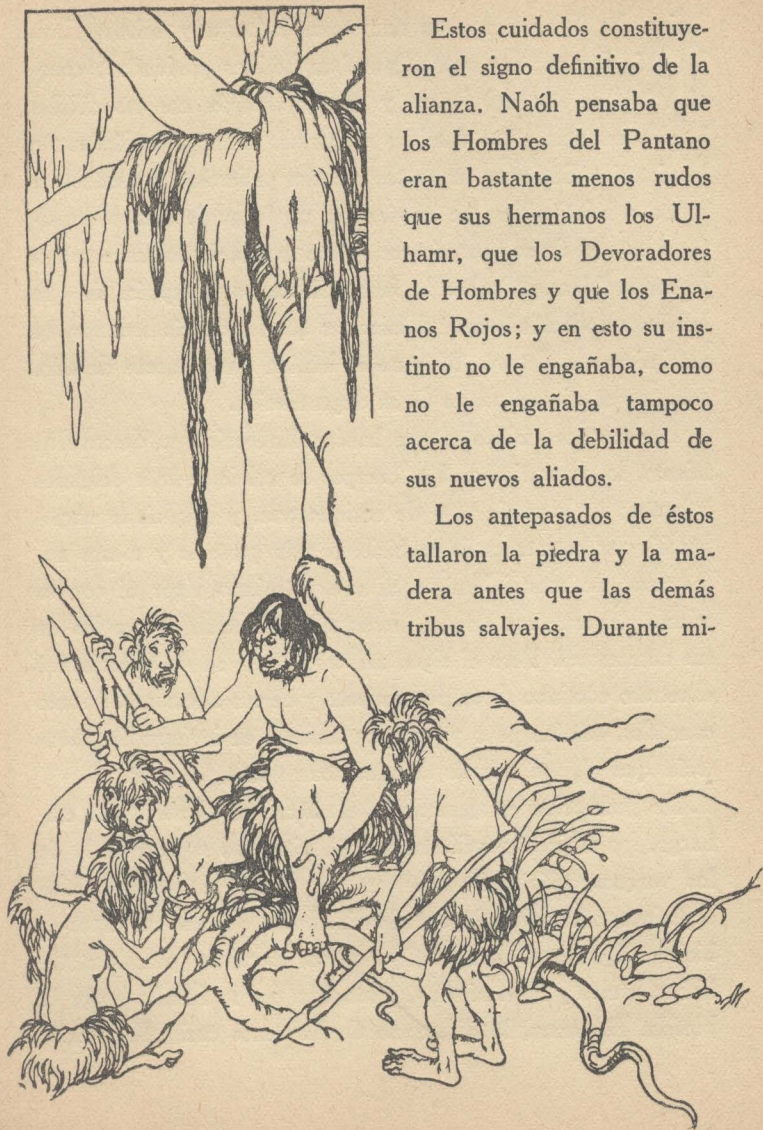
Dejó que sus compañeros y los Hombres del Pantano acabaran su obra. La matanza fué rápida: Nam y Gau se apresuraban; los demás obraban según milenarios métodos, despacio, casi sin ferocidad.

Después hubo una pausa de modorra y silencio. Los Hombres del Pantano curaban a sus heridos; y lo hacían de una manera más minuciosa y segura que los Ulhamr. Naóh tenía la impresión de que conocían más cosas que los de su tribu, pero que su existencia debía ser miserable. Sus movimientos eran flexibles y tardos; se necesitaban dos y a veces tres de aquellos hombres para levantar a un herido. A intervalos, como acometidos de una extraña somnolencia, permanecían con los ojos fijos y los brazos caídos como ramas muertas.

Hasta las mujeres se mostraban menos lentas. Parecían también más diestras y desplegaban más recursos. Incluso Naóh advirtió, al cabo de algún tiempo, que una de ellas era la que mandaba la tribu. Sin embargo, tenían los mismos ojos oscuros que los hombres, el mismo semblante triste, y su cabellera



era pobre, plantada en matojos, como islotes sobre la piel escamosa. El Hijo del Leopardo recordó las abundantes cabelleras de las mujeres de su raza, la hierba magnífica que centelleaba sobre la cabeza de Gamla... Algunas de aquellas tristes mujeres fueron a examinar, acompañadas de dos hombres, las heridas de los Ulhamr. Una tranquila dulzura emanaba de sus movimientos. Limpiaban la sangre con hojas aromáticas, cubrían las llagas con hierbas machacadas, y las mantenían sujetas con ligaduras de junco.



Estos cuidados constituyeron el signo definitivo de la alianza. Naóh pensaba que los Hombres del Pantano eran bastante menos rudos que sus hermanos los Ulhamr, que los Devoradores de Hombres y que los Enanos Rojos; y en esto su instinto no le engañaba, como no le engañaba tampoco acerca de la debilidad de sus nuevos aliados.

Los antepasados de éstos tallaron la piedra y la madera antes que las demás tribus salvajes. Durante mi-

lenios, los Wah ocuparon numerosas llanuras y selvas. Eran los más fuertes; sus armas causaban heridas profundas; conocían los secretos del fuego, y en sus choques con las débiles hordas errantes o las familias solitarias, conseguían fácilmente la victoria. Entonces su contextura era poderosa, sus músculos rudos e infatigables; se servían de un lenguaje menos imperfecto que el de sus congéneres, y sus generaciones aumentaban incomparablemente sobre la faz de la tierra. Después, sin que hubieran padecido otras calamidades que los demás hombres, su crecimiento se detuvo. Mas no se habían dado cuenta de ello, como no se dieron cuenta de su degeneración.

Los mismos ambientes que habían favorecido su desenvolvimiento, lo contrariaron. Los cuerpos se volvieron más delgados y lentos; su lenguaje cesó de enriquecerse, y después se empobreció; sus estratagemas se hicieron más groseras y menos numerosas; no manejaban ya ni con el mismo vigor ni con la misma destreza sus armas, menos bien construídas que las de sus antecesores. Pero el signo más seguro de su decadencia fué el retraso continuo de su pensamiento y de sus ademanes. Pronto cansados, comían poco y dormían mucho: en invierno les acontecía que alguna vez se amodorraban como los osos.

De generación en generación, decrecía su número. Sin embargo, las mujeres manifestaban una vitalidad superior a la de los varones, más resistencia también, y sus músculos habían experimentado menos la decadencia. Poco a poco, sus actos se hicieron iguales a los de los guerreros: cazaban, pescaban, tallaban armas y herramientas, combatían por la familia o por la Horda. En suma, la diferencia de los sexos casi desaparecía.

Y la raza entera se encontró, paso a paso, rechazada hacia el Sudoeste por rivales más activos, más numerosos y más rudos.

Los Enanos Rojos habían aniquilado hordas enteras de Hombres del Pantano; los Devoradores de Hombres les habían causado grandes matanzas. Y ellos vagaban como en un ensueño, con los vestigios de una industria más fina que la de sus rivales, con los restos de una inteligencia menos sumaria. Se habían adaptado a las tierras donde desbordan los ríos, donde se acumulan los turbales y los pantanos, entre los grandes lagos y también en algunos subterráneos parajes.

En las vastas cavernas abiertas por las aguas y unidas unas a otras por medio de sinuosas gargantas, hallaban admirablemente su ruta y sabían abrirse salidas. Aunque no tuviesen ninguna idea precisa sobre su decadencia, se reconocían lentos, débiles, pronto agobiados por la fatiga, y se valían de toda suerte de estratagemas para evitar la lucha. Se escondían en la tierra con una habilidad capaz de desconcertar el olfato de los perros y los lobos, cuanto más el tan grosero de los hombres. No había bestia alguna que borrara mejor sus huellas.

Aquellos tímidos seres, sólo en una cosa se mostraban imprudentes y aun temerarios: lo arriesgaban todo para salvar a uno de los suyos que estuviese preso, cercado o hubiese caído en celada. Esta solidaridad, semejante a la de los saínos, y que antes había aumentado inmensamente su poder, los conducía a veces a siniestras aventuras, y era lo que les había arrastrado a socorrer al hombre recogido por Naóh. Como los Enanos velaban y ellos habían tenido que recorrer terrenos áridos, los Wah se habían dejado descubrir y aun sorprender,

Sin la intervención de los nómadas, hubieran sucumbido en la lucha, aunque también su presencia había salvado a los tres Ulhamr.

Entretanto, Naóh después de la cura de sus heridas, volvió a la arista granítica con objeto de llevarse las jaulas del Fuego. Las halló intactas: los pequeños braseros estaban rojos aún.



Al verlos, su victoria le pareció más completa y más dulce, no porque temiese la carencia del fuego, pues los Hombres del Pantano se lo habrían dado indudablemente, sino porque una oscura superstición le guiaba: se sentía personalmente ligado a aquellas tres llamitas conquistadas, y el porvenir le hubiera parecido amenazador,

de haberlas hallado muertas. Las llevó gloriosamente al campamento de los Wah.

Estos le observaban con curiosidad; y una mujer, la que guiaba la Horda, meneó la cabeza. El gran nómada quiso darles a entender, por medio de signos y ademanes, que los suyos habían perdido el fuego y que él había sabido conquistarlo. Nadie pareció comprenderle, y Naóh se preguntaba, indeciso, si se trataría de alguna de las miserables razas que no saben calentarse en los días fríos, ni alejar la noche, ni cocer los alimentos. Y Naóh, compadecido, iba a enseñarles a los Hombres del Pantano la manera de avivar la llama, cuando advirtió

entre los sauces a una mujer que golpeaba una con otra dos piedras. Del choque saltaban chispas casi continuas; después, un puntito rojo bailó a lo largo de una hierba muy fina y muy seca; ardieron otras briznas que la mujer mantenía encendidas soplando suavemente: y el fuego se puso a devorar hojas y tallos.

El Hijo del Leopardo permaneció inmóvil. Y pensó, acometido de un inmenso asombro:

— ¡Los Hombres del Pantano ocultan el fuego en las piedras!

Acercándose a la mujer, quiso ver lo que hacía; mas ella hizo un gesto de instintiva desconfianza. Luego, acordándose de que aquel hombre los había salvado, le alargó las piedras. Naóh las examinó ávidamente; y no pudiendo descubrir en ellas grieta alguna, su sorpresa fué aún mayor. Entonces las palpó y vió que estaban frías; y se preguntó con inquietud:

— ¿Cómo ha entrado el fuego en estas piedras... y cómo no las ha calentado?

Y devolvió las piedras, con ese temor y esa desconfianza que los misterios inspiran a los hombres.



VI

POR EL PAÍS DE LAS AGUAS

Los Wah y los Ulhamr atravesaban el País de las Aguas. Estas se extendían en sabanas estancadas y llenas de algas, nínfeas, nenúfares, sagitarias, lisimaquias, lentejas, juncos y cañas, formando espantosos y temibles turbales; seguían luego, convirtiéndose en lagos, ríos y canales, separados por fajas de piedra, arena o arcilla; brotaban del suelo o surgían en las pendientes de las colinas, y alguna vez, sorbidas por las quebrajas, se perdían en el fondo de parajes subterráneos. Los Wah comprendieron que Naóh quería seguir una ruta entre el Norte y el Occidente, y le abreviaban el viaje, guiándole hasta que hubiese llegado al extremo de las tierras húmedas. Sus recursos parecían inagotables. Tan pronto descubrían senderos que ninguna otra especie de hombres hubiera sospechado, como construían balsas, echaban un tronco de árbol atravesado sobre el abismo y con ayuda de bejucos unían las dos orillas. Nadaban con habilidad, aunque lentamente, con tal de que en las aguas no descubriesen ciertas hierbas que les inspiraban un temor supersticioso.

Sus actos parecían llenos de incertidumbre; a menudo obraban como criaturas que luchan contra el sueño o salen de una pesadilla; y, sin embargo, casi nunca se engañaban.

Abundaban los víveres. Los Wah conocían gran número de raíces comestibles, y su maestría se demostraba sobre todo en la pesca. Sabían ensartar los peces con el harpón, cogerlos con las manos, enredarlos con hierbas ligeras, atraerlos por la noche, con antorchas, y orientar bancos enteros de peces hacia las ensenadas. Al comenzar la noche, cuando el fuego resplandecía sobre un promontorio, en una isla o en una ribera, saboreaban un bienestar dulce y taciturno. Gustaban de sentarse en grupos, apretados unos contra otros, como si sus individualidades debilitadas se fortalecieran con el sentimiento de la raza, mientras los Ulhamr se separaban entre sí, y especialmente Naóh, que, durante largos ratos, se gozaba en la soledad. A menudo los Wah cantaban una melopea muy monótona, que repetían hasta lo infinito, celebrando antiguos hechos, cuyo recuerdo ninguno de ellos conservaba y que debían de referirse a generaciones desde largo tiempo desaparecidas.

Nada de esto interesaba al Hijo del Leopardo, a quien causaba un



cierto malestar y aun repugnancia; pero observaba con vehementemente curiosidad los ardidés en la caza, en la pesca, en la orientación, en el trabajo, y particularmente la manera como los Hombres del Pantano se servían del propulsor y sacaban el fuego de las piedras.

Pronto se inició en el manejo del propulsor. Como inspiraba a sus aliados una creciente simpatía, no le ocultaron ningún secreto: pudo manejar sus armas y herramientas, y aprender el arte de repararlas; y habiéndose perdido en el combate algunos propulsores, vió cómo construían otros. La misma mujer guía le dió uno, del cual se sirvió con tanta facilidad y mucha más fuerza que los Hombres del Pantano.

Tardó bastante más en comprender el misterio del fuego, porque seguía temiéndole. Miraba saltar las chispas, a distancia, y las preguntas que acerca de ello se hacía le dejaban perplejo. Sin embargo, cada vez se tranquilizaba un poco más. El lenguaje articulado y el de los ademanes le ayudaban lentamente, pues comenzaba a comprender mejor a los Wah, desde que había aprendido el significado de diez o doce palabras y una treintena de signos peculiares de la raza. Empezó por sospechar que los Wah no encerraban el fuego en las piedras, sino que el fuego estaba naturalmente escondido en ellas, brotando luego por efecto del choque y lanzándose contra las briznas de hierba seca; mas como así era entonces muy débil, no cogía de repente su presa. Naóh estuvo más seguro de haber acertado, cuando vió sacar chispas de guijarros que encontraban al paso. Desde que estuvo convencido de que el secreto estaba en las cosas, más bien que en el poder

de los Wah, desaparecieron sus últimas desconfianzas. Supo también que era necesario servirse de dos piedras diferentes: la piedra de sílex y la marcasita; y habiendo hecho saltar él mismo las chispas, probó de encender fuego. La fuerza y la rapidez de sus manos ayudaron a su inexperiencia. Producía

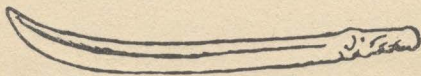


un intenso chisporroteo; pero durante muchos ensayos no pudo conseguir que ardiera ni la más débil hoja de césped.

Un día la Horda hizo alto antes del crepúsculo. En el extremo de un lago de verdes aguas, sobre una tierra arenosa y con tiempo extraordinariamente seco. Cruzaba el firmamento una bandada de grullas; las cercetas huían entre las cañas;

a lo lejos rugía un león. Los Wah encendieron grandes fogatas; y habiéndose procurado Naóh briznas de hierba muy delgadas y casi hechas yesca, hacía chocar las piedras una contra otra. El poderoso Ulhamr se dedicaba a su tarea apasionadamente. Mas, no obteniendo resultado, muy pronto le asaltaron las dudas, y Naóh se dijo que los Wah ocultaban todavía algún secreto. A punto de dejar la faena, dió algunos golpes tan fuertes que una de las piedras se partió. El pecho del Ulhamr se dilató de asombro y sus brazos se quedaron yertos: un fulgor persistía agarrado a una de las delgadas briznas. Entonces, soplando con prudencia, Naóh hizo aumentar la llama, que devoró la brizna y se propagó a las otras hierbas...

Y Naóh, inmóvil, jadeante, saltándole los ojos, conoció una alegría más honda aún que cuando hubo vencido a la hembra del tigre, robado el Fuego a los Kzams, hecho alianza con el gran mamut y derribado al jefe de los Enanos Rojos. Porque se daba cuenta de que acababa de conquistar sobre las cosas un poder que no había poseído ninguno de sus antepasados, y sentía que nadie podría ya volver nunca más a matar el Fuego entre los hombres de su raza.



VII

LOS "HOMBRES DEL PELO AZUL"

Los valles continuaban bajando. Atravesaron países donde el otoño era casi tan tibio como el verano, después se presentó una selva temible y profunda. Una muralla de bejucos, espinas y arbustos la cerraba, y los Wah debieron abrirse paso con ayuda de sus puñales de sílex y ágata. La mujer guía dió a entender a Naóh que los Wah sólo acompañarían a los Ulhamr hasta que volvieran a salir al campo libre, pues más allá de la selva desconocían el país. Sabían únicamente que había una llanura, y al fondo de ella una montaña partida en dos por un largo desfiladero. La mujer jefe creía que ni en la llanura ni en la montaña había hombres; pero la selva alimentaba algunas hordas de chimpancés gigantes. Ella los descubría como muy poderosos por la anchura del pecho y la longitud de los brazos, y dió a entender a Naóh que aquellos seres llamados los "Hombres del Pelo Azul", no conocían el Fuego ni se servían del lenguaje articulado, ni practicaban la guerra y la caza. Sólo eran feroces si se les atacaba, si se les cerraba el paso o si temían ser víctimas de una agresión.

Después de una mañana de esfuerzos, la selva se presentó menos salvaje. Las garras y los dientes de las plantas dismi-

nuían; aparecieron senderos trazados por los animales entre los árboles milenarios; la verde penumbra se aclaró. Pero la muchedumbre de los pájaros continuaba llenando el país de los árboles; se notaba la presencia de fieras, reptiles e insectos, y se advertía una palpitación inagotable, una lucha inmensa,

paciente, taimada, donde la carne de animales y plantas no cesaba de sucumbir y de crecer...



Un día, la mujer jefe señaló la maleza, con expresión enigmática. Entre las hojas de una higuera acababa de aparecer un bulto azulado, y Naóh

creyó que era un hombre. Acordándose de los Enanos Rojos, tembló de rabia y de ansiedad. El bulto desapareció. Se hizo un gran silencio. Los Wah, avisados, se detuvieron y se acercaron más unos a otros.

Entonces, el más viejo de la Horda habló.

Manifestó la fuerza del "Hombre del Pelo Azul" y su cólera espantosa; aseguró que por encima de todo había que desistir de pasar por su camino y atravesar su campamento; añadió que tales seres detestaban los gritos y gestos.

— Los padres de nuestros padres — acabó diciendo — vivieron en paz con ellos. Les cedían el camino dentro de la selva, y los “Hombres del Pelo Azul” a su vez, se apartaban de los Wah en la llanura y sobre las aguas.

La mujer jefe asintió a este discurso y levantó su vara de mando. La Horda, emprendiendo un nuevo rumbo, se deslizó por un oquedal de sicomoros y acabó por desembocar en un gran calvero del bosque: era obra del rayo y todavía se notaban cenizas de ramas y troncos de árboles. Apenas habían entrado allí los Wah y los Ulhamr, cuando Naóh distinguió otra vez, hacia la derecha, un cuerpo azulado semejante al que había visto entre las hojas de la higuera. Sucesivamente otros dos bultos se destacaron en la verdosa penumbra.

Las ramas se abrieron con estrépito y surgió una criatura ágil y poderosa. Nadie hubiera podido decir si había salido a cuatro patas, como las bestias de pelo y los reptiles, o a dos patas, como las aves y los hombres. Parecía agachada, con los miembros posteriores semi tendidos en el suelo y los anteriores encogidos, descansando sobre una gruesa raíz. El rostro era enorme, con mandíbulas de hiena, ojos redondos, rápidos y llenos de fuego, el cráneo largo y aplastado, el torso vigoroso como el del león, pero más ancho; y cada uno de sus miembros terminaba en una mano. El pelo, oscuro, con reflejos azules y leonados, le cubría todo el cuerpo. A juzgar por el pecho y los hombros, a Naóh le pareció que se trataba de un hombre, aunque las cuatro manos hacían de él un verdadero cuadrumano y la cabeza recordaba al búfalo, al oso y al perro. Después de haber vuelto a todas partes una mirada recelosa y colérica,

el "Hombre del Pelo Azul" se irguió sobre las piernas y lanzó un gruñido cavernoso.

Entonces salieron de la espesura, en desorden, otros seres semejantes. Había tres machos, una docena de hembras y algunos pequeños, que se ocultaban a medias entre las hierbas y



las raíces. Uno de los machos era colosal: con sus brazos rugosos como el tronco de los plátanos y el pecho dos veces más vasto que el de Naóh, podía derribar a un auroch o ahogar a un tigre. No llevaba arma alguna, y entre sus compañeros, dos o

tres tenían en las manos ramas todavía no deshojadas, con las cuales hurgaban la tierra.

El gigante avanzó hacia los Wah y los Ulhamr, mientras los demás gruñían todos a la vez. Se golpeaba el pecho, y entre sus gruesos labios temblorosos se veía brillar la masa blanca de los dientes.

Los Wah, a una señal de la mujer guía, se retiraron despacio; y, obedeciendo a una antigua tradición, se abstenían del menor ademán y de toda palabra. Naóh se dispuso a imitarles, fiando en aquella añeja experiencia; pero Nam y Gau, que seguían a la Horda, estuvieron un instante indecisos. Cuando quisieron imitar al jefe, hallaron cerrado el paso: los "Hombres del Pelo Azul" se habían desparramado por el calvero. Entonces Gau se lanzó a la espesura, mientras Nam intentaba franquear un paso libre. Se deslizó tan ligero y furtivo, que estuvo a punto de lograrlo; pero, de un salto, una hembra se irguió delante de él. Nam hurtó el cuerpo; acudieron dos machos; y, al ir a evitar su encuentro, el Ulhamr tropezó.

Unos brazos enormes lo cogieron: se hallaba en poder del gigante.

No había tenido ni tiempo de levantar sus armas; una presión irresistible paralizaba sus hombros, y se sentía tan indefenso como un saigá bajo el cuerpo de un tigre. Entonces, viendo la distancia que le separaba de Naóh, se quedó atontado, inmóviles los músculos, violáceas las pupilas, sintiendo que su juventud desfallecía ante la certidumbre de la muerte.

Naóh no pudo sufrir en paz el sacrificio de su compañero; y ya avanzaba blandiendo una azagaya y su enorme maza, cuando la mujer jefe le detuvo.

— ¡No le hieras! — gritó.

Y dió a entender que, al primer golpe que asestara, Nam moriría en el acto. Temblando entre la vehemencia que le empujaba a combatir y el miedo de ver destrozarse al Hijo del Alamo, Naóh lanzó un ronco suspiro y miró. El "Hombre del

Pelo Azul" había levantado en alto al nómada, rechinando los dientes y balanceándolo, pronto a aplastarle contra el tronco de un árbol... De repente, se detuvo. Miró el cuerpo inerte, luego el rostro; y al notar que no ofrecía resistencia alguna, sus feroces mandíbulas se distendieron, una vaga dulzura pasó por sus ojos leonados, y depositó a Nam en el suelo.

Si el joven hubiera hecho un solo movimiento de defensa o siquiera de espanto, la terrible mano hubiera vuelto a agarrarle. Nam tuvo el instinto de ello, y permaneció inmóvil...

La Horda entera, machos, hembras y pequeñuelos, había acudido. Todos reconocían confusamente en Nam una estructura análoga a la suya. Para los Enanos Rojos o para los Ulhamr, esto hubiera constituido un motivo mayor para matarle. Pero el alma de los "Hombres del Pelo Azul" era obscurísima; no conocían la guerra; no comían carne y vivían sin tradiciones. El instinto les irritaba contra las fieras que se llevan a los jóvenes o devoran a los heridos; pero jamás mataban a los animales que se alimentan de hierbas.

Ante el joven nómada quedaron llenos de incertidumbre. La inmovilidad de aquél y el repentino cambio del gran macho los apaciguaba a todos, pues éste era el jefe a quien los otros machos obedecían, el que les guiaba a través de la selva escogiendo los pasos y los descansos y haciendo retroceder a los leones.

Como él no había mordido aún, ni golpeado, todos se volvían menos capaces de hacerlo. Muy pronto, la imagen del combate se desvaneció en sus cerebros, y la vida de Nam se salvó: nadie era capaz de amenazarle, a no ser que el mismo Nam hiciera un movimiento de ataque o defensa.

Así como había sentido el soplo de la destrucción, Nam conoció también que el peligro había pasado; e incorporándose lentamente, esperó. Le observaron con fijeza, sin desconfiar demasiado. Luego una hembra, tentada por un tierno brote, sólo pensó en devorarlo; un macho se puso a desenterrar raíces; poco a poco obedecieron todos a la profunda necesidad de la comida: como sacaban toda su fuerza de los vegetales y su elección era más restringida que la de los grandes ciervos o los aurochs, la tarea era larga, minuciosa, continua.

El joven nómada quedó libre. Se reunió a Naóh, que había avanzado hacia la calvera, y los dos miraban a los "Hombres del Pelo Azul" vagando tranquilamente por la selva. Nam, palpitante aún de la terrible aventura, hubiera querido matarles; pero Naóh no aborrecía a aquellos seres extraños: admiraba su fuerza comparable a la de los osos, y pensaba que, si ellos quisieran, aniquilarían a los Wah, a los Enanos Rojos, a los Devoradores de Hombres y a los Ulhamr.



VIII

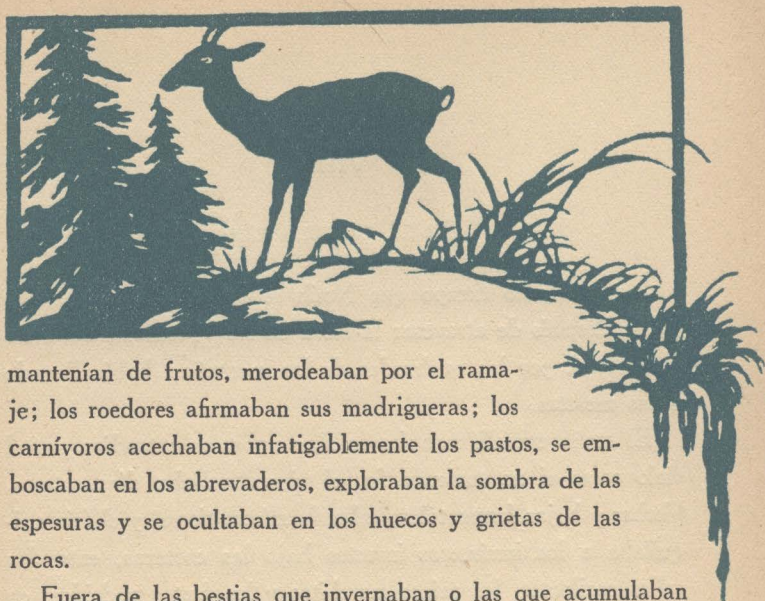
EN EL DESFILADERO

Hacía mucho tiempo que Naóh se había separado de los Wah, después de atravesar la selva de los "Hombres del Pelo Azul". Y, por las quebradas de las montañas, había llegado a las mesetas.

El otoño era allí más fresco. Las nubes se extendían por el cielo como si no tuvieran fin, el viento aullaba días enteros, hierbas y hojas fermentaban sobre la mísera tierra, y el frío aniquilaba a los innúmeros insectos bajo las cortezas, entre los tallos oscilantes, las raíces marchitas y los frutos podridos, en las grietas de la piedra y las hendiduras de la arcilla.

Cuando la nube se desgarraba, las estrellas parecían helar las tinieblas. Por la noche, los lobos aullaban sin descanso; los perros lanzaban insoportables clamores; se oía el grito agónico de algún ciervo, saigá o caballo, el maullido del tigre o el rugido del león. Y los Ulhamr divisaban flexibles perfiles o fosforescentes ojos, apareciendo de repente en el círculo que envolvía el fuego.

La vida se hacía más terrible. Tan cercano el invierno, la carne de las plantas comenzaba a escasear. Los herbívoros la buscaban desesperadamente, al ras del suelo, registraban hasta las raíces, arrancaban los brotes y las cortezas; los que se



mantenían de frutos, merodeaban por el ramaje; los roedores afirmaban sus madrigueras; los carnívoros acechaban infatigablemente los pastos, se emboscaban en los abrevaderos, exploraban la sombra de las espesuras y se ocultaban en los huecos y grietas de las rocas.

Fuera de las bestias que invernaban o las que acumulaban provisiones en sus refugios, todos los seres trabajaban rudamente, viendo aumentadas sus necesidades y disminuídos sus recursos.

Naóh, Gau y Nam apenas padecieron hambre. El viaje y las aventuras habían perfeccionado su instinto, su destreza y su sagacidad. Adivinaban de más lejos que antes la presa o el enemigo, y presentían mucho mejor el viento, la lluvia y la inundación. Cada una de sus acciones se adaptaba diestramente al objeto perseguido y economizaba la energía. De una ojeada discernían el camino más favorable para protegerse, el repaso seguro, el buen terreno de combate. Se orientaban con una certeza casi igual a la de las aves migratorias. A pesar

de las montañas, los lagos, las aguas estancadas, los bosques y las crecidas que cambian la figura de los lugares, se habían ido acercando día tras día al país de los Ulhamr; y antes de que transcurriera la mitad de una luna, esperaban reunirse con la Horda.

Un día llegaron a un país de altas colinas. Bajo un cielo pesado y amarillento, las nubes llenaban el espacio y se abalanzaban unas sobre otras, color de ocre, de arcilla o de hoja marchita, con abismos blancos, que descubrían su inmensidad. Parecían estar cobijando la tierra.

Entre tantas rutas, Naóh había escogido un largo desfiladero que le era conocido por haberlo pasado de joven, durante una partida de caza. Tan pronto excavado en terrenos calcáreos como abrién-



dose en barranco, terminaba en una angosta y rápida pendiente, donde a menudo había que trepar por rocas desmoronadas.

Recorriéronlo los nómadas sin percance alguno hasta los dos tercios de su longitud. Al mediar el día, se sentaron para comer. Estaban dentro de un semicírculo, encrucijada de grietas y cavernas, y desde él se oía el bramido de un torrente subterráneo y su caída en un precipicio; dos agujeros sombríos se abrían en la roca, donde aparecía la huella de cataclismos más antiguos que todas las generaciones de seres vivientes.

Cuando Naóh hubo tomado su parte de alimento, se dirigió a una de las cavernas y la examinó largo rato. Se acordaba de que allí Faúhm había enseñado a sus guerreros una salida por la cual se hallaba el sendero más corto para alcanzar la llanura. Esa angosta pendiente, sembrada de piedras movedizas, convenía mal a un grupo numeroso; pero como debía de ser más practicable para tres hombres ágiles, Naóh tuvo deseos de emprenderla.

Fué hasta el fondo de la caverna, reconoció la grieta y se aventuró por ella, hasta que una débil claridad le anunció una próxima salida. Al volver, encontró a Nam, quien le dijo:

— ¡El Oso Gigante está en el desfiladero!

Un grito gutural le interrumpió. Naóh, echándose a la entrada de la caverna, vió que Gau se ocultaba entre los pedruscos, en actitud de acecho. Y el jefe experimentó un hondo escalofrío.

Afuera, en el circo de rocas, se veían dos bestias monstruosas. Un pelo extraordinariamente tupido, color de encina, las defendía contra el crudo invierno, la dureza de las piedras y los

aguijones de las plantas. Una de las bestias tenía la corpulencia del auroch, con las patas más cortas, más musculosas y flexibles, y la frente abombada, como la piedra comida por el liquen; sus vastas fauces podían abarcar la cabeza entera de un hombre y triturarla de una sola dentellada. Este era el macho. La hembra tenía el cráneo aplastado, la mandíbula más corta, el andar de través. Y por sus movimientos y sus tórax, tenían cierta semejanza con los "Hombres del Pelo Azul".

— Sí — murmuró Naóh —; son osos gigantes.

Estos osos no temían a ninguna criatura; pero no eran peligrosos sino cuando se enfurecían o cuando les impulsaba con exceso el hambre, pues gustaban muy poco de la carne. La pareja gruñó. El macho, levantando el hocico, balanceó la cabeza de un modo violento.

— Está herido — murmuró Nam.

La sangre manaba entre el pelaje; y los nómadas temieron que hubiese recibido la herida de manos humanas, pues en tal caso, la bestia procuraría vengarse. En cuanto hubiese empezado el ataque, no lo abandonaría nunca, porque ningún ser viviente era más obstinado ni tenaz que él. Con su espeso pelaje y su piel resistente, podía desafiar la maza, la azagaya y el hacha. Era capaz de despanzurrar a un hombre de un solo zarpazo, ahogarle de un apretón y triturarle a bocados.

— ¿Cómo han venido? — preguntó el jefe.

— Entre esos árboles — respondió Gau, mostrando un grupo de abetos que salían de entre las duras rocas. El macho ha bajado por la derecha, y por la izquierda la hembra.

Fuese casualidad o táctica, habían conseguido cerrar las

salidas exteriores del desfiladero; y el ataque parecía inminente. Advertíase en el gruñido más ronco del macho, en la actitud encogida y taimada de la hembra. Si vacilaban todavía, era porque tenían la testa ruda y su instinto quería asegurarse: olfateaban, lanzando largos resoplidos cavernosos, para medir mejor la distancia que los separaba de los enemigos disimulados entre las grandes piedras.

Naóh dió sus órdenes bruscamente. Cuando los osos arremetieron, ya los Ulhamr se hallaban en el fondo de la caverna, metiéndose por la angosta grieta. El Hijo del Leopardo se hizo preceder por sus compañeros, y los tres se apresuraron tanto como lo permitían el suelo erizado de piedras y los tortuosos recodos.

Hallando vacía la caverna, los gigantescos osos perdieron tiempo en averiguar la pista de los Ulhamr, pues si bien no tenían la fuerza de ningún otro ser viviente, poseían una gran prudencia natural y el confuso temor de lo desconocido. Conocían la inseguridad de las rocas, de la caverna y de los precipicios; su tenaz memoria conservaba la imagen de los bloques que se hienden y se hunden, del suelo que se abre, del abismo abierto en el fondo de las tinieblas, del alud, y de las aguas que agrietan las duras peñas. En su ya larga existencia, ni el mamut ni el león ni el tigre les habían amenazado; pero las obscuras energías se levantaban a menudo contra ellos. Conservaban en su cuerpo las agudas marcas de la piedra; habían desaparecido, casi enterrados bajo la nieve; se habían visto arrastrados por los deshielos de la primavera y cautivos bajo la tierra desmoronada.

Así, en la mañana de aquel día, por vez primera, unos seres vivientes los habían atacado. Fué desde lo alto de una elevada roca, que únicamente los lagartos y los insectos podían escalar. Tres bestias verticales estaban en la cima, y a la vista de los osos gigantes lanzaron grandes clamores y arrojaron azagayas. Una de ellas había herido al macho. Entonces, trastornado por el dolor y desorientado por la rabia, perdió la claridad del instinto y probó de llegar directamente a la cima. Renunció pronto a ello; y, seguido de su compañera, buscó el rodeo accesible.

Mientras andaba, se arrancó la saeta y la olió: entonces surgieron sus recuerdos. No había encontrado muchas veces a los hombres,

y su aspecto no le asombraba más que el de los lobos o las hienas. Como ellos se apartaban siempre de su camino y no había conocido ni sus estratagemas ni sus celadas, no le inquietaban poco ni mucho. Así, la aventura había sido más imprevista y más desconcertante. Aquel incidente le trastornaba su obscura concepción de las cosas, le indicaba una amenaza insólita. Y el oso de las cavernas vagaba a través de las grietas, palpaba las pendientes y aspiraba con tiento los olores esparcidos. A la larga, se cansó. A no ser por la herida, no hubiera



conservado del suceso otro recuerdo que aquella vaga memoria dormida en el fondo de la carne y que sólo se despierta atizada por otras circunstancias semejantes. Pero las punzadas del dolor le sugerían, a intervalos, la imagen de tres hombres, de pie sobre la cumbre, y la de la aguda azagaya. Entonces, lamiéndose, el oso gruñía... Luego, el dolor mismo dejó de ser un recuerdo. Y la bestia gigante ya no pensaba en otra cosa que en la árdua rebusca de su sustento, cuando percibió de nuevo el olor de hombre. La cólera llenó su pecho. Avisó a su hembra, que había seguido otra ruta, pues no podían hallar alimento para ambos, cuando el tiempo era frío, en parajes demasiado cercanos. Y después de haberse asegurado de la situación del enemigo y de su distancia, se habían precipitado al ataque.

En el interior de la grieta tenebrosa, Naóh no tuvo al principio la impresión de ninguna otra presencia que la de sus compañeros. Después, el fuerte paso de los brutos empezó a dejarse oír; sonaron poderosos resoplidos: los osos ganaban terreno a los hombres. Tenían sobre éstos la ventaja del equilibrio, de poder apoyar los cuatro miembros en el suelo y de llevar el hocico casi rozando al rastro... A cada instante, alguno de los nómadas tropezaba en una piedra, caía en un hoyo, chocaba con un saliente de la peña, pues era preciso llevar las armas, las provisiones y aquellas jaulas guardadoras del fuego que Naóh no podía abandonar. Como las llamas eran tan pequeñas, no alumbraban la ruta: su débil fulgor rojizo se perdía hacia lo alto e indicaba apenas las inflexiones de la bóveda y los muros. En cambio, señalaba confusamente las siluetas fugitivas...

— ¡Aprisa, aprisa! — gritó el jefe.

No podían Nam y Gau emprender la carrera, y las gigantes bestias se acercaban. A cada paso, se percibía más claramente su aliento; y como su furor aumentaba a medida que sentían más cerca al enemigo, tan pronto la una como la otra lanzaban sordos gruñidos y sus tremendas voces repercutían en las rocas. Al oírlas, Naóh se daba más clara cuenta de la enormidad de los brutos, de su formidable abrazo, del crugido irresistible de sus mandíbulas...

Muy pronto los osos estuvieron solamente a algunos pasos. El suelo vibraba bajo las plantas de Naóh; un peso imponderable iba a caer sobre sus vértebras.

Entonces, hizo cara a la muerte; inclinando bruscamente la jaula que llevaba, dirigió el débil resplandor sobre una masa oscilante. El oso paró en seco. Cualquiera sorpresa despertaba en seguida su prudencia. Contempló la pequeña llama y tembló sobre sus patas, llamando con sordo gruñido a su hembra. Después, arrebatado de furor, se abalanzó sobre el hombre. Naóh había retrocedido, y con todas sus fuerzas arrojó la jaula contra la fiera. Tocado en la nariz y abrasado uno de sus párpados, el oso lanzó un doloroso rugido; y mientras se palpaba lleno de furor, el nómada ganaba terreno.

Una gris claridad se filtraba en las galerías. Los Ulhamr vieron entonces el suelo donde ponían los pies: no tropezaban ya y podían correr velozmente. Pero la persecución proseguía, las fieras redoblaban también su velocidad, y en tanto que la luz aumentaba, el Hijo del Leopardo pensó que una vez al aire libre, el peligro sería aún mayor.



Otra vez el oso gigante le estaba alcanzando. El vivo dolor del párpado redoblaba su ira; había abandonado toda prudencia, y cegado en sangre,

nada podía ya detener su arrebato. Naóh lo adivinaba en el aliento más cavernoso, en sus breves y roncós bramidos.

Iba a volverse de cara al oso, para combatir, cuando Nam lanzó un grito, llamándole. El jefe vió que un alto saliente rocoso estrechaba aún más el pasadizo subterráneo. Nam había pasado el obstáculo y Gau lo contorneaba. Las fauces del oso roncaban a tres pasos, cuando Naóh, a su vez, se deslizó por la estrecha cortadura, ladeando los hombros. Arrastrado por su ímpetu, el bruto embistió, y sólo el inmenso cráneo pudo pasar por la rendija, abierta la boca, mostrando las muelas y sierras de sus mandíbulas y lanzando grandes y siniestros bramidos. Pero Naóh no le temía ya; en un abrir y cerrar de ojos se había colocado a una distancia infranqueable; y la piedra, más poderosa que cien mamuts, más duradera que la vida de mil generaciones, contenía al oso tan seguramente como la muerte misma.

El nómada se rió burlonamente:

— Naóh es ahora más fuerte que el Gran Oso — gritó —, pues tiene una maza, un hacha y azagayas. Puede herir al Oso, y el Oso no puede devolverle ninguno de sus golpes.

Había levantado la maza, cuando ya el oso, adivinando las asechanzas de la roca, contra las cuales luchaba desde su infancia, retiraba la cabeza antes de que el hombre le hiriera, y se ocultaba detrás del saliente. Su cólera subsistía, atormentaba su pecho y le batía a grandes golpes las sienes, impulsándole a la embestida impetuosa. Sin embargo, no se dejó arrastrar por la ira, pues le guiaba un sagaz instinto de lo peligroso e inútil. Desde aquella mañana, por dos veces, había reconocido que el hombre sabía causar el dolor, por medio de extraños golpes; y comenzaba a aceptar el hecho. Su experiencia le llevaría, en adelante, a considerar al ser vertical entre las cosas dañinas: le odiaría con tenacidad, se encarnizaría en su destrucción; pero no desplegaría solamente contra él la fuerza y la prudencia, sino que además le acecharía, le pondría añagazas y recurriría a la sorpresa para combatirlo.

La hembra gruñía, menos instruída por el acontecimiento, ya que ninguna herida había venido a aumentar su sagacidad. Mas como el grito del macho la invitaba a proceder con cautela, cesó en su avance, suponiendo que la piedra en sí misma encerraba un engaño, pues no podía imaginar que sobreviniese ningún peligro de las débiles criaturas escondidas detrás de la peña.

IX

LA ROCA

Durante un buen rato, Naóh estuvo deseando herir a las fieras. El rencor agitaba su corazón; y penetrando con la mirada en la penumbra, blandía una aguda azagaya. Después, viendo que el oso gigante permanecía invisible y la hembra alejada, se apaciguó, pensando que el día avanzaba y que era preciso llegar a la llanura. Entonces, no sin disgusto, caminó hacia la luz, que aumentaba a su paso. La galería se ensanchó y los nómadas lanzaron un grito, al ver las grandes nubes de otoño acumuladas en el firmamento, la ladera áspera, erizada, llena de obstáculos, y la tierra sin límites.

Fué un grito de júbilo, porque aquel territorio les era ya familiar. Desde su infancia habían recorrido aquellos bosques, aquellas sabanas, aquellas colinas, franqueado aquellos pantanos, y acampado al borde de aquel río o al pie de aquellas quebradas. Dos días más de camino, y llegarían al Gran Pantano, donde los Ulhamr se reunían al final de sus grandes excursiones de guerra y de caza, y donde la obscura leyenda vinculaba sus remotos orígenes.

Nam se echó a reír como un niño. Gau tendía los brazos en un impulso de alegría, y Naóh, inmóvil, sintió revivir tal abundancia de cosas, que él solo parecía encarnar varios seres.

— ¡Volveremos a ver la Horda! — gritó.

Y ya los tres percibían su presencia. La Horda, invisible todavía, andaba como mezclada a las frondas de otoño, se reflejaba en las aguas y transformaba los vastos celajes. Cada uno de los aspectos del panorama era extrañamente distinto de los lugares que habían dejado allá, detrás de las montañas, en el inmenso Oriente Meridional. No se acordaban ya sino de los días felices. Nam y Gau, que tantas veces habían experimentado la rudeza de los hombres maduros, los puños de Fauhm, el de gesto feroz, sentían ahora una seguridad sin límites. Miraban con orgullo las pequeñas llamas que habían conservado en medio de tantas luchas, fatigas y dolores. Naóh sentía el haber tenido que sacrificar la que él llevaba, y una vaga superstición se arrastraba en el fondo de su cerebro. Mas ¿acaso no traía consigo las piedras que encierran el fuego, con el secreto de hacerlo brotar? ¡No importa! Él hubiera querido conservar, como sus compañeros, un poco de aquella vida centelleante que había conquistado a los Kzams...

El descenso fué áspero y rudo. El otoño había multiplicado los desmoronamientos y las grietas; tuvieron que ayudarse con el hacha y el harpón. Al poner el pie en la llanura, el último obstáculo quedaba salvado; sólo les faltaba ir siguiendo por sendas abiertas y muy conocidas. Ebrios de esperanza, sus sentidos olvidaban los acontecimientos innúmeros que envuelven y acechan a los vivientes.

Anduvieron hasta el crepúsculo. Naóh buscaba una curva del río donde quería establecer su campamento. El día murió pesadamente en el fondo de los celajes, arrastrando un fulgor

rojo y siniestro, acompañado del aullido de los lobos y el largo lamento de los perros, que pasaban en manadas furtivas o acechaban en los linderos de los matorrales y bosques. Tantos eran, que su número tenía atónitos a los nómadas. Sin duda algún éxodo de herbívoros les había echado de las vecinas tierras y reunido en aquel suelo cubierto de caza. Mas debían de haberlo agotado, porque sus clamores demostraban la penuria



y sus movimientos una febril actividad. No ignoraba Naóh cuanto hay que temerles cuando se reúnen en gran número, y así apresuraba el camino. A la larga, se habían formado dos grandes hordas: a la derecha iban los perros y a la izquierda los lobos; y como ambas seguían el mismo rastro, se detenían algunas veces para amenazarse. Los lobos eran más corpulentos, de ancha y musculosa nuca; pero los perros eran más numerosos. A medida que las tinieblas se tragaban el crepúsculo, los ojos de aquellos animales brillaban más ardientemente en la obscuridad. Nam, Gau y Naóh divisaban multitud de pequeños fuegos verdes que mudaban de sitio, como luciérnagas. Frecuentemente, los nómadas respondían a los aullidos,

lanzando un largo grito de guerra; y entonces se veía refluir todas aquellas fosforescencias.

Al principio, las bestias se mantuvieron a la distancia de varios tiros de harpón; pero al aumentar las tinieblas se acercaron y se oía más claramente el blando ruido de sus pisadas. Los perros eran los más atrevidos. Algunos se habían adelantado a los hombres; y, de pronto, se detenían y saltaban, lanzando agudos ladridos, o bien se arrastraban taimadamente en la sombra. Entonces los lobos, inquietos al verse rezagados, llegaban todos en tropel, amenazando con sus desgarradores aullidos. A pique estuvieron de trabar combate; los perros, apretados unos con otros, conscientes del poder del número y exaltados por el sentimiento de su avance, de repente se volvían a dar la cara. Una furiosa impaciencia retorció las entrañas de los lobos; y a la última y cenicienta luz crepuscular, ambas hordas oscilaban en oleadas de carnes palpitantes y largas ráfagas de clamores.

Mas no llegaron a ensarzarse. Algunos de ellos, más independientes, continuaron cazando dispersos; y su ejemplo prevaleció. Las hileras de los perros y lobos hambrientos continuaron avanzando paralelamente; y su tenaz proximidad, a la larga, inquietó a los hombres. Ante el Occidente casi en tinieblas y entre tantos taimados seres, presentían la muerte en acecho.

Un grupo de perros se adelantó a Gau, que iba a la izquierda; y uno de ellos, corpulento como un lobo, se detuvo, enseñó los dientes brillantes y dió un salto. El joven, nerviosamente, le arrojó el harpón. Hundióse el arma en el costado de la

bestia, y ésta se puso a dar vueltas lanzando un largo aullido; Gau la remató de un mazazo.

Al grito de agonía, los perros afluyeron: una solidaridad más fuerte que la de los lobos les unía; y cuando uno estaba en peligro, llegaban incluso a desafiar a los grandes carnívoros. Naóh, temiendo el ataque de la manada entera, llamó a Nam y a Gau, a fin de intimidar a los brutos. Apretados unos contra otros, los nómadas formaban una masa; los perros, atónitos, se agruparon a su alrededor. Si uno solo se atrevía a precipitarse, le seguirían todos, y los huesos de los tres hombres blanquearían en la llanura...

De pronto, Naóh arrojó una azagaya y un perro se revolcó en el suelo, traspasado el pecho. Cogióle el jefe por las patas posteriores y lo arrojó entre un grupo de lobos. Exasperado su hambre por la fácil presa y el olor de la sangre, las fieras se pusieron a devorar la carne viva. Entonces los perros olvidaron a los hombres y se precipitaron todos a la vez sobre los lobos.

Mientras la lucha se encarnizaba, los nómadas echaron a correr. La bruma anunciaba la cercanía del río, y Naóh, a ratos, distinguía su pálida reverberación. Dos o tres veces se detuvo para orientarse. Al fin, señalando una masa grisácea que dominaba el río, exclamó:

— Naóh, Gau y Nam se reirán de los perros y los lobos.

Era un gran peñasco que formaba casi un cubo, tan alto como cinco veces la estatura de un hombre y sólo era accesible por un lado. Naóh lo escaló rápidamente, pues lo conocía desde muchas estaciones atrás; siguiéronle Nam y Gau, y se hallaron en una superficie llana, cubierta de maleza, y con un abeto



en medio, donde podían acampar cómodamente treinta hombres.

A lo lejos, en la cenicienta llanura, lobos y perros peleaban con furor. Y mientras se enroscaban en el aire húmedo feroces rumores y largos lamentos, los nómadas saboreaban el placer de la seguridad.

Gimió la leña, el fuego levantó sus rojas lenguas y sus humaredas leonadas, y un vasto resplandor se esparció sobre las aguas. De la solitaria roca se destacaban dos áridos segmentos de orilla; los sauces, los álamos y las cañas sólo crecían a cierta distancia, de modo que podían distinguirse todas las cosas a veinte tiros de harpón.

Mientras tanto, unos animales huían de la súbita claridad y se ocultaban, o bien acudían fascinados por ella. Dos lechuzas se levantaron sobre un álamo, lanzando un grito fúnebre; una nube de murciélagos orejudos voló en remolinos; una bandada de ánades, irritados por la luz, abandonó su escondite y se apresuró a refugiarse en la sombra; largos peces surgían del abismo, como vapores argentinos, flechas de nácar y

hélices doradas. Y el rojizo resplandor descubrió todavía un achaparrado jabalí, enfurecido y gruñendo, un gran ciervo asustado, con sus inmensas astas echadas hacia atrás, y la ladina cabeza de un lince, de triangulares orejas y ojos cobrizos, feroces, acechando entre dos ramas de fresno.

Los hombres tenían conciencia de su propia fuerza, y comían en silencio la carne asada, gozosos de vivir junto a la caricia y el calor del fuego. ¡La Horda estaba cerca! Antes de dos noches volverían a contemplar las aguas del Gran Pantano. Nam y Gau serían acogidos como guerreros: los Ulhamr, reconociendo su valor, su astucia y su larga paciencia, les temerían. Y Naóh tendría a Gamla en premio, y mandaría después de Faúhm...

La sangre de los tres hombres parecía hervir de esperanza. Su prodigioso instinto se llenaba de imágenes profundas y claras. Eran la juventud de un mundo que no volverá jamás. Todo era vasto y nuevo para ellos. La muerte misma les parecía una espantosa fábula, más bien que una realidad. La temían de pronto, en los momentos terribles; pero después se alejaba, se disipaba y perdía en el fondo de sus energías. Si las fatalidades eran formidables, si se abatían sobre ellos encarnadas en la fiera, en el hambre, en el frío, en los extraños males y en los cataclismos de la tierra, en cambio apenas pasaban no las temían ya. Con tal de que tuviesen seguros el abrigo y el alimento, la vida era para ellos fresca, ligera y alegre como el ancho río...

Un rugido rasgó las tinieblas. El jabalí se echó al campo, el gran ciervo dió un brinco, más inclinadas aún sobre la cerviz las

ramas de sus cuernos; y cien organismos vivientes palpitaron en secreto. Al principio, junto a la arboleda, no se vió más que una forma nebulosa; después, una silueta movediza, cuyo poder se descubría en cada movimiento. Y una vez más Naóh pudo ver al león gigante. Todo había huído. La soledad era sin límites. El colosal felino avanzaba con inquietud, porque conocía la ligereza, la vigilancia, el agudo olfato, la prudencia, los innumerables recursos de los animales que acecha. El león estaba triste. Su tierra de origen, la tierra de la cual casi había desaparecido su raza, era más caliente y más rica que ésta donde vivía a costa de grandes esfuerzos. Y el hambre roía continuamente su estómago. El león vagaba solo, en plena soledad. Las comarcas donde la caza basta para una pareja, se iban haciendo más raras, incluso allá lejos, hacia el sol, o en los cálidos valles. Y él, sobreviviente que merodeaba por el país del Gran Pantano, no dejaría descendencia.

A pesar de la altura y lo escarpado de la roca, Naóh sintió el horror en sus entrañas. Y asegurándose de que el fuego defendía el estrecho acceso, empuñó la maza y el venablo. Nam y Gau estaban prontos también a combatir; los tres, agazapados en la roca, eran invisibles.

El león gigante se detuvo; y recogido el cuerpo sobre sus musculosas patas, contemplaba aquella alta claridad turbando las tinieblas como un rojo crepúsculo. Mas no la confundía con el resplandor diurno ni menos aún con aquella luz fría que a veces le estorbaba de noche, para sus emboscadas. Confusamente comprendió que eran llamas de esas que devoran la llanura, quizá un árbol encendido por el rayo, o incluso los

fuegos del hombre, que a veces divisó de pasada, hacía largo tiempo, en los territorios de donde le desterraron sucesivamente el hambre, la crecida de las aguas o la asoladora sequía. Vacilando, gruñendo, se azotó furiosamente los costados con la cola; luego avanzó y venteó los efluvios. Eran débiles, pues más bien se elevan y desparraman, antes que descienden, y la ligera brisa los llevaba hacia el río. Apenas percibía el olor del humo, menos aún el de la carne asada, y nada en absoluto el de los hombres; no veía más que aquellos altos fulgores cuyos relámpagos rojos y amarillos crecían, decrecían, se desplegaban, corrían y se evaporaban en la repentina sombra de la humareda. No se asociaba a este espectáculo la memoria de ninguna presa ni de algún incidente de combate; y el bruto, acometido de un temor melancólico, abrió las inmensas fauces, la caverna mortal donde ronca el rugido... Y Naóh vió alejarse el león gigante, hacia las tinieblas, en busca de un paraje donde preparar su celada.

— ¡Ningún animal puede ya combatirnos! — exclamó el jefe riendo.

La risa, fuerte y alegre, tenía el acento de una provocación.

Al poco rato, Nam se estremeció. Vuelto de espaldas al fuego, seguía con la mirada, a la otra orilla, un reflejo que palpitaba sobre el agua y se infiltraba entre los sauces y los sicomoros. Y con el brazo tendido, murmuró:

— ¡Hijo del Leopardo, allí hay hombres!

Un peso oprimió el pecho de Naóh, y los tres aunaron sus

sentidos. Pero las orillas estaban desiertas, y no oyeron otra cosa que el sordo rumor de las aguas, ni distinguieron más que animales, hierbas y árboles.

— ¿Se ha equivocado Nam? — interrogó Naóh.

El joven estaba seguro de lo que había visto.

— Nam no se ha equivocado — contestó —: ha visto cuerpos de hombre entre las ramas de los sauces... Eran dos.

El jefe no dudó ya. Su corazón se retorció entre la angustia y la esperanza. Y en voz muy baja, añadió:

— Este es el país de los Ulhamr. Los que tú has visto son cazadores o exploradores enviados por Faúhm.

Incorporóse en seguida, irguiéndose en toda su elevada estatura, pues de nada serviría ocultarse: amigos o enemigos, los hombres sabían demasiado la significación del Fuego. Por esto el jefe gritó con todas sus fuerzas:

— Yo soy Naóh, Hijo del Leopardo, que ha conquistado el Fuego para los Ulhamr. ¡Descúbranse los enviados de Faúhm!

La soledad permaneció impenetrable. La misma brisa y el rumor de las fieras se habían adormecido; únicamente parecían aumentar el rugido del fuego y la voz fresca del río.

— ¡Descúbranse los enviados de Faúhm! — repitió el jefe —. Si miran, reconocerán a Naóh, Nam y Gau. ¡Desde ahora les digo que serán bien venidos!

Los tres, de pie delante del fuego, mostraban sus siluetas tan visibles como en pleno día y lanzaban el grito de alerta de los Ulhamr.

Esperaron. La angustia mordía el corazón de los tres compañeros, con el presentimiento de todas las cosas terribles. Por

fin, Naóh no pudo menos que exclamar:

— ¡Son enemigos!

Nam y Gau lo sabían, y esta certeza apagó su dicha. El peligro era tanto más cruel cuanto que venía a amenazarles precisamente aquella noche en que la llegada a la Horda parecía tan próxima; y era más grave también, porque



procedía de los hombres. En aquel suelo lindante con el Gran Pantano, no podían explicarse ninguna otra vecindad que la de su Horda. ¿Acaso los vencedores de Faúhm habían vuelto a atacarle? ¿Quizás habrían desaparecido ya del mundo todos los Ulhamr?

Naóh imaginóse a Gamla apresada o muerta. Los dientes del jefe rechinaron y su maza amenazó la otra orilla. Después, abrumado, se agachó junto a la hoguera y se puso a meditar, en acecho...

El cielo se resquebrajó en Oriente; la luna, en su último

cuarto, erraba hacia el fondo de la sabana. Era roja y esfumada, enorme. Su resplandor, con ser muy débil, bastaba para iluminar las profundidades del paraje: la fuga que meditaba el jefe se haría casi imposible, si los hombres escondidos eran muchos y habían preparado emboscadas.

Mientras pensaba en esto, le sacudió un profundo estremecimiento. Río abajo, acababa de divisar un bulto achaparrado. Y a pesar de que desapareció velozmente entre los cañaverales, la certeza traspasó el corazón del jefe, como la punta de un venablo. Los que se ocultaban eran, realmente, Ulhamr; pero Naóh hubiera preferido que fuesen Devoradores de Hombres o Enanos Rojos, pues acababa de reconocer, a lo lejos, la sombra de Aghoo el Velludo.



X

EL SUPREMO COMBATE

El Hijo del Leopardo volvió a vivir entonces, por unos instantes, la escena en que Aghoo y sus hermanos se habían levantado, en presencia de Faúhm, y habían prometido conquistar el Fuego. La amenaza llameaba en sus redondos ojos; la fuerza y la ferocidad se traslucía en sus ademanes: la Horda les escuchaba temblando. Cada uno de los tres hubiera hecho frente al gran Faúhm. Con sus torsos tan velludos como los del oso gris, sus enormes manos, sus brazos duros como ramas de encina, valían por diez guerreros. Y pensando en todos aquellos a quienes los Velludos habían dado muerte o mutilado, un odio sin límites contraía los músculos de Naóh.

¿Cómo vencerlos? Él, el Hijo del Leopardo, se consideraba igual a Aghoo: después de tantas victorias, su confianza en sí mismo era cabal. Pero Nam y Gau ¡serían como lobos delante de leones!

La sorpresa y las mil impresiones que se agitaban en su entendimiento, no habían, sin embargo, retrasado la resolución de Naóh, que fué tan rápida como el salto del ciervo sorprendido en su yacija.

— Nam partirá en seguida — ordenó —; y después Gau. Se llevarán las azagayas y los harpones; yo les echaré las mazas cuando estén abajo. Yo sólo llevaré el Fuego.

No se podía resignar, no obstante las misteriosas piedras de los Wah, a abandonar la llama conquistada.

Nam y Gau comprendieron que era necesario vencer por medio de la carrera a Aghoo y sus hermanos, no solamente en el curso de aquella misma noche, sino hasta llegar a la Horda. A toda prisa recogieron sus armas arrojadizas; y ya Nam se descolgaba de la peña, seguido, a dos alturas de hombre, por Gau. Su tarea era más ruda y penosa de lo que fué en la subida, a causa de los falsos resplandores y de las brucas sombras y también porque habían de palpar en el vacío, descubrir las anfractuosidades invisibles y pegarse estrechamente a la roca.

Al hallarse Nam casi a punto de tocar el suelo, un grito de lechuzas salió de la orilla del río, luego se oyó un bramido y después el mugido del alcaraván. Naóh, inclinado al borde mismo de la roca, vió salir a Aghoo de entre los juncos, veloz como un rayo. Un instante después salían sus hermanos, el uno por el Sur y el otro por el Levante.

Nam acababa de saltar al llano.

Entonces, Naóh sintió que el corazón se le llenaba de dudas. No sabía si echarle a Nam la maza o llamarle. El joven era más ágil que los Hijos del Auroch; mas como los tres convergían hacia la roca, tendría él que pasar a tiro de azagaya o harpón... La incertidumbre del jefe fué brevísima, y gritó:

— ¡No echaré la maza a Nam... porque sin ella correrá mejor! ¡Huya Nam y vaya a advertir a los Ulhamr que nosotros les aguardamos aquí, con el Fuego!

Obedeció Nam temblando, pues se sentía demasiado débil

ante los tres formidables hermanos a quienes su corta pausa había permitido ganar terreno. Después de algunos saltos. Nam tropezó y tuvo que reemprender la carrera. Y Naóh, viendo aumentarse el peligro, le llamó en seguida.

Ya los Velludos estaban cerca. El más ágil lanzó una azagaya y atravesó el brazo de Nam, en el instante en que éste empezaba a escalar nuevamente la roca; y el otro, dando un grito de muerte, arremetió contra él para aplastarle. Naóh velaba. Su brazo terrible arrojó una gran piedra: el proyectil, trazando un arco en la penumbra, quebró el fémur del Velludo, que cayó al suelo. Y antes de que el Hijo del Leopardo hubiese cogido otro pedrusco, el herido, rugiendo de rabia, desapareció detrás de un matorral.

Después se hizo un gran silencio. Aghoo había acudido al sitio donde estaba su hermano y le examinaba la herida. Gau ayudaba a Nam a subir a la meseta; Naóh, de pie a la doble luz de la luna y de la hoguera, levantando con las dos manos un bloque de pórfido, estaba pronto a lapidar a los agresores. Su voz fué la primera que rompió el silencio:

— ¿No son ya de la misma Horda que Naóh, Gau y Nam los Hijos del Auroch? ¿Por qué nos atacan como enemigos?

Aghoo el Velludo se irguió a su vez; y lanzando su grito de guerra, respondió:

— Aghoo os tratará como amigos si queréis darle parte en el Fuego, y como ciervos y si se la negáis.

Una espantosa risa burlona dilataba sus mandíbulas; su pecho era tan ancho, que hubiera podido acostarse en él una pantera.

El Hijo del Leopardo gritó:

— Naóh ha conquistado el Fuego, tomándolo a los Devoradores de Hombres, y lo partirá cuando haya llegado a la Horda.

— Nosotros lo queremos ahora... Aghoo tendrá a Gamla, y Naóh recibirá doble parte en la caza y el botín.

El furor hizo temblar al Hijo del Leopardo:

— ¿Por qué Aghoo ha de tener a Gamla, si no ha sabido conquistar el Fuego? ¡Las hordas han hecho mofa de él!...

— Aghoo es más fuerte que Naóh.

Abrirá vuestras entrañas con el harpón y os romperá los huesos con la maza.

— Naóh ha muerto al Oso Gris y a la Hembra del Tigre. Ha derribado a diez Devoradores de Hombres y veinte Enanos Rojos. ¡Naóh es quien matará a Aghoo!

— ¡Baje al llano Naóh!

— Si Aghoo viniera solo, Naóh hubiera ido ya a combatirle.



La carcajada de Aghoo estalló, vasta como un rugido:

— ¡Ninguno de vosotros volverá a ver el Gran Pantano!

Callaron los dos. Naóh comparaba, estremeciéndose, los delgados torsos de Nam y Gau con las espantosas contexturas de los Hijos del Auroch. Sin embargo, ¿no llevaba ya la primera ventaja? Porque si Nam estaba herido, en cambio uno de los tres hermanos estaba incapacitado para perseguir a un enemigo.

La sangre manaba del brazo de Nam. El jefe le aplicó ceniza caliente y la recubrió con hierbas. Después, mientras vigilaba, se preguntó cómo iba a combatir. No había que esperar en sorprender la vigilancia de Aghoo y sus hermanos, cuyos sentidos eran perfectos y sus cuerpos infatigables. Tenían fuerza, astucia, destreza y agilidad; y un poco menos veloces que Nam y Gau, les aventajaban en aliento. Sólo él, el Hijo del Leopardo, era más ligero que ellos y les igualaba en resistencia.

Naóh se representaba fragmentariamente los diversos aspectos de la situación; mas, uniéndolos unos con otros, su instinto les daba coherencia. Así, se imaginaba las peripecias de la fuga y del combate, y era ya todo acción mientras permanecía agachado y envuelto por el resplandor cobrizo de la hoguera. Por fin, se levantó: una sonrisa astuta vagó por sus labios y con un pie escarbaba la tierra, como la pezuña de un toro. Lo más urgente era apagar la hoguera, a fin de que, en el caso de vencer, los Hijos del Auroch no pudiesen lograr ni a Gamla ni el rescate. Naóh arrojó al río los tizones más grandes y, ayudado de sus compañeros, mató el Fuego con piedras y arcilla. No conservó con vida más que la débil llama de una de las jaulas, y luego volvió a organizar el descenso. Esta vez, Gau

debía abrir la marcha. Al encontrarse a dos alturas de hombre, antes de saltar al llano, se detendría sobre un saliente de la roca bastante ancho para mantener el equilibrio y poder desde allí arrojar azagayas.

El joven Ulhamr obedeció rápidamente.

Al llegar al punto designado, lanzó un ligero grito, para advertir al jefe. Los Hijos del Auroch se habían ya desplegado en batalla. Aghoo hacía frente a la roca, empuñando un venablo; el que había sido herido, de pie, apoyándose en un arbusto, tenía prontas las armas, y el otro hermano, Rukh, el de los Brazos Rojos, situado un poco más lejos, daba vueltas alrededor de la peña. Erguido en lo alto de ella, Naóh, tan pronto se inclinaba para escudriñar la llanura, como blandía el venablo. De repente, aprovechó el momento en que Rukh estaba más cerca, para lanzar una azagaya. El arma franqueó una distancia que asombró al Hijo del Auroch, pues faltaron cinco tallas de hombre para alcanzarle. Naóh arrojó en seguida una piedra, que cayó a menor distancia todavía. Rukh lanzó una exclamación de sarcasmo:

— ¡El Hijo del Leopardo es estúpido y ciego!

Y lleno de desdén, se acercó más aún, levantando el brazo derecho armado de la maza. Entonces Naóh, furtivamente, cogió un arma preparada de antemano: uno de los propulsores cuyo manejo había aprendido en la Horda de los Wah. Le imprimió una rápida rotación y Rukh, seguro de que se trataba de un simple ademán amenazador, siguió avanzando y riendo burlonamente; y como andaba pegado al peñasco y la claridad era incierta, no vió llegar el proyectil. Cuando lo advirtió,

era demasiado tarde: un golpe seco, formidable, le rompió la mano en el sitio donde el pulgar se arraiga con los otros dedos; y lanzando un grito de dolor, tuvo que soltar la maza...

Aghoo y sus hermanos quedaron yertos de asombro. La distancia alcanzada por Naóh sobrepasaba con mucho la que ellos habían previsto para ponerse fuera de tiro; y sintiendo disminuída su fuerza ante un artificio misterioso, retrocedieron los tres: Rukh sólo podía emplear la maza con la mano izquierda.

Entretanto, Naóh aprovechaba su sorpresa para ayudar a descender a Nam, y en un instante los seis hombres se hallaron en la llanura, acechándose llenos de rencor. Inmediatamente, el Hijo del Leopardo tomó hacia la derecha, por donde el paso que dejaban los tres hermanos era más ancho y seguro. Aghoo le salió al encuentro. Sus redondos ojos espiaban cada ademán de Naóh; y como era maravillosamente hábil en esquivar la azagaya y el harpón, avanzaba con la esperanza de que los adversarios agotarían contra él sus proyectiles, mientras Rukh llegaba a todo el correr de sus piernas. Pero Naóh retrocedió, dando un brusco rodeo, y amenazó al otro hermano herido, que aguardaba apoyado en su harpón. Este movimiento forzó a Rukh y a Aghoo a evolucionar hacia la izquierda; el espacio que guardaban se ensanchó más, y por él se precipitaron Nam, Gau y Naóh, quienes podían ahora huir sin temor de verse cercados.

— ¡Los Hijos del Auroch no lograrán ya el Fuego! — gritó el jefe con voz atronadora —. ¡Y Naóh tomará a Gamla!

Los tres huían por la abierta llanura, y quizá hubieran podido llegar a la tribu, sin combatir. Pero Naóh comprendía que

aquella noche era preciso arriesgar la muerte contra la muerte. Dos de los Velludos estaban heridos, y rehuir la lucha era darles tiempo para sanar y hacer que el peligro renaciera luego, más terrible.

En esta primera fase de la persecución, Nam mismo, no obstante su herida, tomó ventaja. Los tres compañeros adelantaron a sus enemigos más de mil pasos. Entonces Naóh se detuvo, entregó a Gau la caja del Fuego, y le dijo:

— ¡Corred sin deteneros hacia Poniente... hasta que yo os alcance!

Gau y Nam obedecieron, conservando su velocidad, mientras el jefe les seguía más lentamente. De pronto se volvió, haciendo frente a los dos Velludos que le perseguían, y amenazándoles con el propulsor. Cuando les juzgó bastante cerca, dió un rodeo hacia el Norte y se dirigió volando hacia el río... Aghoo adivinó su intento, pues en seguida lanzó un rugido espantoso y retrocedió con Rukh al socorro de su hermano herido. En su desesperación, Aghoo alcanzó una velocidad igual a la de Naóh; pero esta velocidad era excesiva para su estructura. El Hijo del Leopardo, mejor conformado para la carrera, volvió a adelantarle. Llegó junto a la roca, con trescientos pasos de ventaja, y se encontró cara a cara con el otro Velludo, el de la pierna rota.

Este le aguardaba con ademán formidable. Lanzó una azagaya; pero, mal aplomado sobre sus plantas, falló el blanco, y ya Naóh arremetía contra él. La fuerza y la destreza del Velludo eran tales, que no obstante su pierna entumecida, hubiera dado cuenta de Nam o Gau. Mas, para combatir al gran



...no restó de él ya más que la carne, cuyos últimos estremecimientos la maza de Naóh iba extinguendo. (Pág. 285.)

Naóh, no debía exagerar tanto su empuje: el mazazo que descargó fué tan terrible, que hubiera necesitado sus dos piernas para soportar la sacudida. Al esquivar Naóh el golpe, su fuerza misma y la debilidad de una pierna, le hicieron vacilar. Entonces, la maza de su adversario le cogió en pleno pescuezo y le derribó como un tronco. Otro mazazo hizo crugir sus vértebras.

Aghoo sólo estaba a cien pasos de distancia. Rukh, debilitado por la sangre que manaba de su mano, y menos ágil, estaba otros cien metros más atrás. Los dos llevaban una arremetida semejante a la del rinoceronte, arrastrados por un tan profundo instinto de raza, que habían llegado a olvidar la astucia.

Con un pie sobre el vencido y la terrible maza en alto, el Hijo del Leopardo les aguardaba. Cuando Aghoo estuvo a tres pasos de él, dió un salto para el ataque... Naóh ya no estaba allí, sino que corría hacia Rukh con la velocidad del gamo. De un golpe supremo, dado con las dos manos, apartó el arma que Rukh levantaba, falto de destreza, con la izquierda, y dándole luego en el cráneo, tendió en el suelo al segundo enemigo.

Después, rehuyendo todavía el combate con Aghoo, le gritaba:

— ¿Dónde están tus hermanos, Hijo del Auroch? ¿No los he derribado como lo hice con el Oso Gris, con la Hembra del Tigre y los Devoradores de Hombres? Y ahora, mírame: soy más libre que el viento. ¡Mis pies son más ligeros que los tuyos, mi aliento es tan largo como el del megaceros!

Cuando hubo tomado otra ventaja, se detuvo, miró acercarse a Aghoo y volvió a hablarle:

— Naóh no quiere huir más. Esta noche misma tomará tu vida o perderá la suya...

Y apuntaba al Hijo del Auroch. Pero éste había recobrado ya su astucia: amenguó su carrera y puso toda su atención en el adversario. La azagaya de Naóh hendió el aire. Aghoo se había agachado y el arma pasó silbando.

— ¡Es Naóh el que va a morir! — aulló.

No se apresuraba ya. Como sabía que el adversario era dueño de aceptar o rehusar la lucha, su paso era furtivo y temible. Cada uno de sus movimientos descubría a la bestia de combate; llevaba la muerte en el harpón o en la maza. A despecho del vencimiento de sus hermanos, no temía al alto y flexible guerrero de brazos ágiles y rudos hombros, pues él era más fuerte que sus hermanos e ignoraba la derrota. Ningún hombre ni bestia alguna habían resistido a su maza.

Cuando estuvo a tiro, arrojó el harpón contra su adversario. Lo hizo porque había que hacerlo; mas no se asombró viendo a Naóh zafar el cuerpo. Él había evitado también el arma de su contrario.

Sólo quedaban las mazas. Las dos se levantaron a la vez: eran de roble, y la de Aghoo tenía tres nudos; estaba pulida por el uso, y a la luz de la luna, relucía. La de Naóh era más redonda, menos vieja y más clara.

Aghoo dió el primer golpe y no con todo su vigor, pues que no había de hallar desprevenido al Hijo del Leopardo. Así, Naóh pudo zafarse sin esfuerzo y pegó de través. La maza

enemiga salió a su encuentro, y los dos troncos de roble entrecorrieron rudamente. Entonces, Aghoo, dando un salto hacia la derecha y atacando de flanco, descargó el inmenso mazazo que había roto tantos cráneos de hombres y fieras; mas encontró el vacío, mientras la maza de Naóh rebatía la suya. El choque fué tan fuerte, que Faúhm mismo hubiera vacilado: los pies de Aghoo se asentaban en el suelo como raíces. Fallado el golpe, pudo echarse hacia atrás.

Volvieron a encontrarse cara a cara, sin herida alguna, como antes de empezar el combate. ¡Pero en ellos todo había luchado! Cada uno conocía ya mejor la formidable criatura que tenía enfrente; los dos sabían que el que desfalleciera sólo el tiempo necesario para abrir y cerrar los ojos, caería muerto, con una muerte más deshonrosa que si fuese dada por el tigre, el oso o el león: pues ambos, movidos de un oscuro instinto, combatían para hacer triunfar, a través de innumerables siglos, una raza nacida de Gamla.



Aghoo reanudó el combate, lanzando un ronco aullido; toda la fuerza de su ser se concentró en su brazo, y descargó la porra sin artificio alguno, recta y vertical, resuelto a aplastarlo todo. Naóh, retrocediendo, opuso al choque su arma terrible; mas si desvió el golpe, no pudo evitar que uno de los nudos abriera en su hombro un ancho surco. Brotó la sangre, enrojeciendo el brazo del guerrero; Aghoo, seguro entonces de destruir una vida que él había condenado, volvió a levantar la maza y la descargó espantosamente.

El rival no había aguardado el golpe; su mismo ímpetu supremo, al no hallar resistencia, hizo inclinar al Hijo del Auroch. Entonces, lanzando un grito siniestro, respondió Naóh: el cráneo del Velludo resonó como un tronco de encina; y su cuerpo se tambaleaba, cuando otro golpe le derribó en el suelo.

— ¡Tú no tendrás a Gamla! — bramó el vencedor —. ¡No volverás a ver la Horda, ni el Pantano; y el Fuego que yo he conquistado, no volverá a calentar tu cuerpo!

Aghoo se enderezó. Su duro cráneo estaba rojo de sangre, su brazo derecho pendía como una rama desgajada del tronco, sus piernas carecían de vigor; pero el obstinado instinto relucía en sus ojos y había vuelto a coger la maza con la mano izquierda. Blandióla por última vez; mas antes de abatirla, Naóh la hizo caer a diez pasos de distancia.

Aghoo esperó la muerte; mas la muerte estaba ya en él, y aun así no comprendía la derrota. Se acordó con orgullo de todo cuanto había derribado y muerto entre las criaturas, antes de sucumbir él también.

— ¡Aghoo ha aplastado la cabeza y el corazón de sus ene-

migos! — murmuró —. Jamás ha dejado con vida a los que le han disputado la presa o el botín. Todos los Ulhamr temblaban delante de él.

Este era el grito de su oscura inteligencia; y si hubiera podido regocijarse, en medio de su vencimiento se hubiera aún regocijado. Por lo menos sentía la virtud de no haber perdonado jamás, de haber aniquilado siempre y para siempre el peligro que



permanece con el rencor del vencido. Así sus días le parecían sin reproche... Y cuando el primer golpe de muerte resonó sobre su cráneo, no lanzó ni una queja; no exhaló ninguna, sino cuando, desvanecido ya su pensamiento, no restó de él ya más que la carne, cuyos últimos estremecimientos la maza de Naóh iba extinguiendo.

Después, el vencedor fué a rematar a los demás Velludos.

Le pareció que todo el poder de los Hijos del Auroch había entrado en él. Y se volvió hacia el río, mientras escuchaba el rugido de su corazón... El tiempo, para siempre jamás, era suyo.

XI

EN LA NOCHE DE LAS EDADES

Todos los días, al declinar la tarde, los Ulhamr esperaban con angustia la puesta del sol. Cuando las estrellas quedaban solas en el firmamento, o la luna se envolvía en las nubes, se consideraban extrañamente débiles y miserables. Amontonados en la obscuridad de una caverna o debajo de un acantilado, ante el frío y las tinieblas, pensaban en el Fuego que los alimentaba con su calor y ahuyentaba las fieras. Los centinelas no dejaban las armas de la mano; la atención y el temor abrumbaban sus cuerpos: sabían que podían verse cogidos de improviso, antes de poder defenderse. El oso había devorado un guerrero y dos mujeres; los lobos y los leopardos les habían arrebatado algunos niños; muchos hombres ostentaban las cicatrices de nocturnos combates.

El invierno se acercaba. El viento del Norte lanzaba sus azagayas. En los días de cielo sereno, el hielo mordía con agudos dientes, y una noche Faúhm, el jefe, en lucha con el león, perdió el uso de su brazo derecho. Así, se quedó demasiado débil para imponer su mando; y el desorden aumentó en la Horda. Naúm no quiso obedecer más; Moúh pretendió ser el primero entre los Ulhamr. Ambos tenían sus partidarios, mientras un pequeño grupo permanecía fiel a Faúhm. Sin embargo,



no hubo lucha violenta, porque todos estaban exhaustos. El viejo Goún les hablaba de su debilidad y del peligro que representa para la Horda matarse unos a otros. Y lo comprendían muy bien: a la hora de las tinieblas, echaban amargamente de menos a los guerreros desaparecidos.

Desesperaban, pasadas ya tantas lunas, de volver a ver a Naóh, Gau y Nam o a los Hijos del Auroch. Varias veces enviaron exploradores: todos volvían sin haber descubierto rastro alguno. Entonces la desconfianza abrumó a la Horda; los seis guerreros habrían perecido bajo la garra de las fieras, bajo las hachas de los hombres o a manos del hambre. ¡Los Ulhamr no volverían a ver el Fuego bienhechor!

A pesar de sus padecimientos, más vivos que los de los varones, solamente las mujeres conservaban una vaga confianza. La paciente resistencia, que salva las razas, subsistía en ellas; y entre las más enérgicas figuraba Gamla. Ni el frío ni el hambre

habían menoscabado su juventud. El invierno hacía crecer su cabellera, que flotaba sobre sus hombros como la melena del león. Gamla tenía un profundo sentido de los vegetales. En la pradera o entre la maleza, en el oquedal o entre las cañas, sabía descubrir la raíz, el fruto, el hongo comestible. Sin ella, el corpulento Faúhm hubiera perecido durante el tiempo que su herida le tuvo acostado en el fondo de una caverna, agotado por la pérdida de sangre...

Así llegó una noche más pavorosa que las otras. El viento había barrido las nubes, y pasaba por encima de las hierbas marchitas y sobre los negros árboles, lanzando largos aullidos. Un sol rojo, tan ancho como la colina que se levantaba a Poniente, alumbraba todavía el pasaje; y a la luz del crepúsculo que iba a perderse en el fondo de los tiempos insondables, la Horda se había reunido, temblando. Era débil y estaba triste.



¡Cuándo volverían los días en que la llama rugía al devorar el ramaje! Entonces un olor de carne asada subía en el aire

del crepúsculo, una cálida alegría entraba en los torsos, los lobos merodeaban lamentándose, y el oso, el león y el leopardo se alejaban de aquel fulgor palpitante.

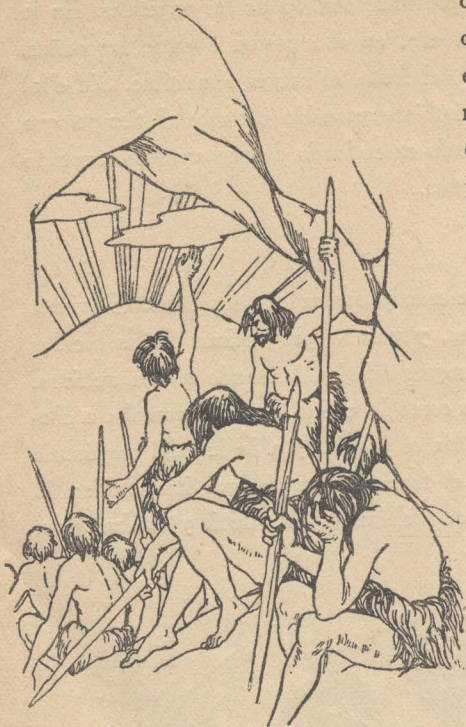
El sol se hundió; en el árido Occidente la luz murió, apagada; y las bestias que viven en las sombras comenzaron a vagar sobre la tierra.

El anciano Goún, envejecido aún más por la miseria, lanzó un siniestro gemido:

— Goún ha visto a

sus hijos y a los hijos de sus hijos; y jamás el Fuego estuvo ausente de los Ulhamr. He aquí que ya no hay Fuego y Goún morirá sin volver a verlo.

El hueco del peñasco donde se albergaba la tribu, era casi una caverna. En el buen tiempo hubiera sido un excelente refugio; pero ahora el cierzo flagelaba las carnes.



Goún añadió:

— Los lobos y los perros serán cada noche más atrevidos.

Esto diciendo, señalaba con la mano las furtivas siluetas que se multiplicaban a medida que las tinieblas caían. Los aullidos se volvían más largos y amenazadores; la noche empujaba sin cesar sus famélicas bestias. Sólo los últimos resplandores crepusculares las mantenían aún alejadas. Los centinelas, inquietos, paseaban azotados por el viento, bajo las frías estrellas...

De pronto, uno de ellos detuvo el paso y alargó el cuello. Otros dos le imitaron.

Luego, el primero declaró:

— ¡Hay hombres en la llanura!

Un vasto estremecimiento agitó a la Horda. En unos dominaba el temor, y la esperanza en los otros. Acordándose de que todavía era el jefe, Faúhm se levantó de la grieta donde descansaba:

— ¡Apronten sus armas los guerreros! — ordenó.

En aquella hora equívoca, los Ulhamr obedecieron silenciosamente; y el jefe añadió:

— Noúm tomará tres jóvenes e irá a espiar a los que se acercan.

Noúm vaciló, descontento de recibir órdenes de un hombre que había perdido la fuerza de su brazo. Pero el viejo Goún intervino:

— Noúm tiene los ojos del Leopardo, la oreja del Lobo y el olfato del Perro. Él sabrá si los que vienen son amigos o enemigos de los Ulhamr.

Entonces Noúm y tres jóvenes se pusieron en camino. A me-

dida que avanzaban, las fieras se reunían siguiendo sus huellas. Se perdieron de vista; y largo tiempo la Horda esperó. Al fin, un agudo clamor hendió las tinieblas.

Faúhm, saltando fuera de la cueva, exclamaba:

— ¡Los que vienen son los Ulhamr!

Una emoción terrible atravesó los corazones, y hasta los niños se levantaron; Goún expresó su pensamiento y el de los demás:

— ¿Son Aghoo y sus hermanos... o Naóh, Nam y Gau?

Nuevos gritos se oyeron bajo las estrellas.

— ¡Es el Hijo del Leopardo! — murmuró Faúhm, con sorda alegría, pues en secreto temía la ferocidad de Aghoo.

Pero la mayoría sólo pensaba en el Fuego. Si Naóh lo traía, prontos estaban a inclinarse ante él; si no lo traía, el odio y el desprecio se levantarían contra su fracaso.

Entretanto, una manada de lobos se dirigía hacia la Horda. El crepúsculo había muerto. El último rastro rojo acababa de extinguirse en el cielo, las estrellas centelleaban en un firmamento de hielo. ¡Ah, ver crecer la ardiente bestia roja, sentirla palpitar sobre el pecho y los miembros!

Finalmente, Naóh se dejó ver. Llegaba como una sombra negra, destacándose sobre la llanura gris; y Faúhm aullaba:

— ¡El Fuego!... ¡Naóh nos trae el Fuego!

Fué aquello un inmenso transporte. Algunos se detuvieron, como heridos de un hachazo. Otros saltaron, rugiendo frenéticamente... Y el Fuego estuvo allí.

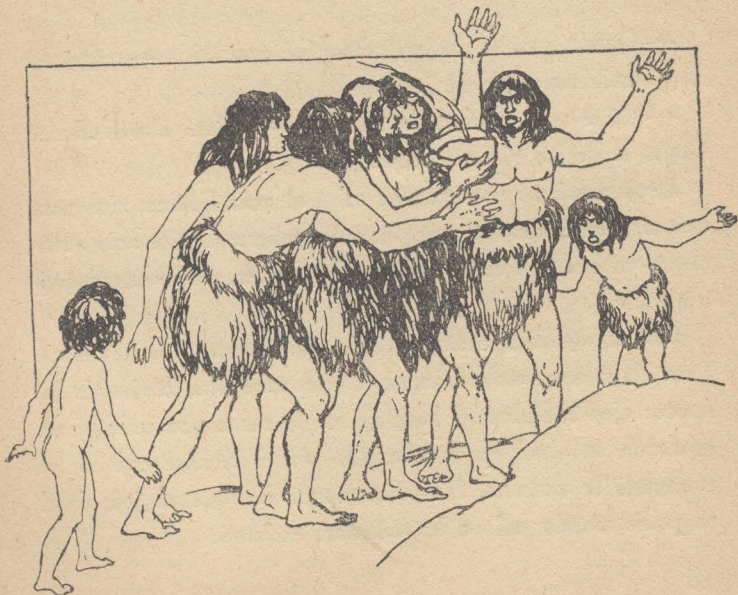
El Hijo del Leopardo lo tendía, encerrado en su jaula de piedras. Era un pequeño fulgor rojo, una vida humilde, que un

niño hubiera podido aplastar de una pedrada; pero todos sabían la fuerza inconmensurable que iba a brotar de aquella cosa tan débil. Jadeando, mudos, temerosos de verlo extinguirse, se hartaban las pupilas en su imagen...

Después, sonó un clamor tan alto, que los lobos y los perros se espantaron. Toda la Horda se apretaba alrededor de Naóh, con ademanes de humildad, de adoración y de convulsivo gozo.

— ¡No matéis el Fuego! — gritó el viejo Goún, cuando se apaciguó el arrebato.

Todos se apartaron. Naóh, Faúhm, Gamla, Nam, Gau, el viejo Goún, formando una piña dentro de la multitud, se dirigieron al cobijo del peñasco. La Horda acumulaba hierbas, hojarasca y ramas secas. Cuando la pira estuvo preparada,



el Hijo del Leopardo acercó a ella la débil llama. Primeramente se apoderó de algunas briznas; silbando suavemente, se puso luego a morder tallos y hojas; y después, gruñendo, comenzó a devorar las ramas, mientras que al borde de las rechazadas tinieblas los lobos y los perros retrocedían, dominados por un misterioso temor.

Entonces, Naóh, dirigiéndose al corpulento Faúhm, le dijo:

— El Hijo del Leopardo ha cumplido su promesa. ¿Cumplirá la suya el jefe de los Ulhamr?

Diciendo esto, señalaba a Gamla, que estaba de pie, alumbrada de lleno por la roja claridad, y que al oír a Naóh, sacudió su densa cabellera. Palpitante de orgullo, sentíase arrebatada por la admiración en la cual toda la Horda envolvía a Naóh.

— Gamla será tu mujer, como fué prometido — respondió casi humildemente Faúhm.

— ¡Y Naóh mandará la Horda! — declaró atrevidamente Goún, el de los Huesos Secos.

Decíalo así, no para menospreciar al gran Faúhm, sino para destruir las rivalidades que juzgaba peligrosas. En aquel momento en que el Fuego acababa de renacer, nadie osaría contradecirle.

Una aprobación exultante agitó las manos y las cabezas. Pero Naóh sólo veía a Gamla: la gran cabellera, la vida de los frescos ojos hablaban el lenguaje de la raza; una indulgencia profunda se elevó en su corazón, por el hombre que iba a entregarle la doncella. Mas, comprendiendo que un jefe débil no podía mandar solo a los Ulhamr, exclamó:

— ¡Naóh y Faúhm dirigirán la Horda!

En su sorpresa todos callaron, mientras por primera vez Faúhm, el hombre feroz, se sentía invadir por una confusa ternura hacia otro hombre.

Entretanto, el viejo Goún, muchísimo más curioso que todos los Ulhamr juntos, deseaba conocer las aventuras de los tres guerreros. Aquellas aventuras palpitaban en el cerebro de Naóh, tan recientes, como si todas las hubiera llevado a cabo la víspera. En aquel tiempo, las palabras eran escasas, débiles sus ligazones, su fuerza de evocación corta, brusca e intensa. El membrudo nómada habló del oso gris, del león gigante y de la hembra del tigre, de los Devoradores de Hombres, de los mamuts, de los Enanos Rojos, de los Hombres del Pantano, de los "Hombres del Pelo Azul" y del oso de las cavernas. Sin embargo, omitió por desconfianza y por artificio, revelar el secreto de las piedras de fuego que le habían enseñado los Wah.

El rugido de las llamas aprobaba el relato; Nam y Gau, por medio de rudos ademanes, subrayaban cada episodio. Y como se trataba del vencedor, sus palabras emocionaban hondamente y hacían jadear los pechos.

Y Goún exclamó:

— ¡No hay un guerrero comparable a Naóh entre nuestros padres... y no lo habrá entre nuestros hijos ni entre los hijos de nuestros hijos!

Al fin, Naóh pronunció el nombre de Aghoo; un escalofrío estremeció los torsos, como los árboles en la tempestad, pues todos temían al Hijo del Auroch.



— ¿Cuándo ha vuelto a ver el Hijo del Leopardo a Aghoo?
— interrumpió Faúhm, lanzando una mirada de desconfianza
hacia las tinieblas.

— Una noche y una noche han pasado — respondió el
guerrero —. Los Hijos del Auroch atravesaron el río, y se pre-
sentaron delante de la roca donde acampaban Naóh, Nam y
Gau... ¡Naóh combatió con ellos!

Entonces se hizo un silencio en que hasta la respiración se
extinguía. No se oía más que el Fuego, el cierzo y el lejano
grito de una fiera.

— ¡Y Naóh los ha destruído! — declaró orgullosamente
el nómada.

Hombres y mujeres se miraron. El entusiasmo y la duda chocaban en el fondo de los corazones. Moúh expresó el obscuro pensar de la Horda, preguntando:

— ¿Naóh los ha matado a los tres?

El Hijo del Leopardo no contestó. Hundió la mano en una bolsa de la piel de oso que le envolvía, y arrojó al suelo tres manos cortadas, sangrientas.

— ¡Aquí están las manos de los tres Hijos del Auroch!

Goún, Moúh y Faúhm las examinaron. Nadie podía desconocerlas. Enormes y gruesas, los dedos cubiertos de pelo leonado, evocaban invenciblemente la formidable estructura de los tres Velludos. Todos se acordaron de haber temblado delante de ellos. La rivalidad se extinguió en el corazón de los fuertes, y los débiles confundieron su vida con la de Naóh. Y Goún, el de los Huesos Secos, dijo:

— ¡Los Ulhamr no temerán ya más a sus enemigos!

Faúhm, cogiendo a Gamla por la cabellera, la prosternó a los pies del vencedor, gritando:

— Aquí la tienes. Ella será tu mujer... Mi protección no está ya sobre ella. Se inclinará ante su amo; irá a buscar la caza que tú hayas derribado y la llevará sobre sus hombros.

Naóh, poniendo una mano sobre Gamla, levantóla suavemente. Y el tiempo inagotable se abrió ante ellos.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

Págs.

PRIMERA PARTE

I. — La muerte del Fuego	5
II. — Un combate colosal	19
III. — En la caverna	41
IV. — La noche en la selva	51
V. — En la pradera	79
VI. — La fuga	93

SEGUNDA PARTE

I. — Las cenizas	101
II. — Al acecho.	105
III. — A orillas del Gran Río.	119
IV. — La alianza.	131
V. — El Fuego.	139
VI. — En busca de Gau	149
VII. — La vida entre los mamuts.	165

TERCERA PARTE

I. — Los Enanos Rojos	183
II. — La arista granítica	197
III. — La noche en el pantano	209
IV. — El combate	219
V. — Una raza que muere	227
VI. — Por el País de las Aguas	235
VII. — Los "Hombres del Pelo Azul"	241
VIII. — En el desfiladero	249
IX. — La roca	261
X. — El supremo combate	273
XI. — En la noche de las edades.	287

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

